

TESIS DE MAESTRIA EN CIENCIAS SOCIALES

TÍTULO: “Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda”

DIRECTOR: Dr. Alejandro Blanco

MAESTRANDA: Lic. Josefina Elizalde

FLACSO

Buenos Aires

Marzo de 2009

Abstract

La presente tesis analiza la relación entre intelectuales y política durante la transición a la democracia argentina desde 1983. En este marco general se estudia el caso del Grupo Esmeralda constituido por intelectuales y periodistas de izquierda, muchos de ellos recién llegados del exilio, que se vincularon con el presidente Alfonsín y que, desde 1984 hasta el final de su mandato, acompañaron y colaboraron con el presidente elaborando sus discursos.

Con este objetivo se hará referencia en primer lugar a los desplazamientos teóricos de la izquierda intelectual, marcados por el exilio mexicano y la relectura de los paradigmas que habían sostenido hasta ese momento; en segundo lugar a la reconfiguración del campo cultural en la transición democrática destacando la producción de los intelectuales vinculados a la izquierda que se nuclearon en torno a la revista *Punto de Vista*, al Club de Cultura Socialista y la revista *La Ciudad Futura*; en tercer lugar a la política del presidente Alfonsín de contactarse con intelectuales que luego poblaron diversas áreas de su gobierno y por último, a la formación del Grupo Esmeralda, su dinámica interna y la particular relación entre intelectuales y Estado que significó la experiencia.

Índice

<u>Introducción</u>	p. 4
<u>Primera Parte: Relaciones entre intelectuales y política en la Argentina</u>	
Capítulo 1: Relaciones entre intelectuales y política desde la caída del peronismo.	
Los años cincuenta y sesenta.	p. 18
La nueva izquierda	p. 22
El proceso modernizador	p. 26
Capítulo 2: La radicalización política a fines de los sesenta	p. 33
Los años setenta	p. 41
 <u>Segunda Parte: Intelectuales y participación política en los ochenta.</u>	
 <u>El Grupo Esmeralda</u>	
Capítulo 1: Los desplazamientos teóricos de la izquierda intelectual	p. 46
El campo cultural en la transición democrática	p. 53
Capítulo 2: La formación de Grupo Esmeralda	
El proceso político	p. 64
El surgimiento del Grupo Esmeralda	p. 72
Capítulo 3: Punto Final y la “democracia posible”.	p.99
<u>Conclusiones</u>	p.115
<u>Bibliografía</u>	p.120

Introducción

I

En las elecciones del 30 de octubre de 1983, el candidato del Partido Radical, Raúl R. Alfonsín, derrotaba al peronismo por primera vez en la historia. Atrás quedaba una peleada campaña electoral en donde un peronismo, que no lograba superar sus luchas internas, se enfrentó al destacado liderazgo de Alfonsín y a la renovación que había logrado, tanto en su mensaje como en las prácticas políticas internas del partido. Es cierto que la figura de Alfonsín se había ido fortaleciendo desde los años del Proceso cuando, frente a la descomposición del poder castrense y el fracaso de la guerra de Malvinas, logró rescatar la política en torno a un proyecto democrático, al mismo tiempo que, en la población, crecía un fuerte rechazo al autoritarismo.

Las tensiones entre “ruptura y continuidad”¹ marcaron las características propias de la transición argentina de 1982-1983 en la que los políticos reunidos en la Multipartidaria, no ejercieron presión para lograr la rápida salida de los militares sino más bien pretendieron que esta fuera manejada por los funcionarios del régimen. Es así como la transición argentina, que permitió ser calificada como “sui generis”- ya que, si bien “no hubo una caída del antiguo régimen” tampoco “es el producto de una negociación clara o de una pautada autodisolución del autoritarismo”²-, da cuenta de una transición negociada con un gobierno al borde del colapso y una población civil que lo repudiaba, no sólo ya por la derrota militar, sino por el tema de la represión ilegal, claramente instalado desde 1981 y por el que Alfonsín había criticado al gobierno.

Esto da cuenta del lugar privilegiado en el que se encontraba Raúl Alfonsín, no solamente por su negación a apoyar la ocupación militar de Malvinas, sino también por

¹ O'Donnell, G., P.Schmitter y L. Whitehead (comp.), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1989.

² Nun, José, Portantiero, Juan Carlos (comp.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987, p. 261.

su crítica al terrorismo de Estado y las violaciones a los derechos humanos a través de su pertenencia a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Esto le permitió proponer una ruptura que fue el sustento político moral de la construcción del nuevo estado de derecho³. La ruptura era doble, por un lado con el pasado que se pretendía dejar atrás y por otro con los actores de ese pasado en el momento presente.

Mientras el gobierno militar trataba de sobrevivir a las consecuencias internas de la derrota a mediados de 1982 comenzó lo que se conocería como el “show del horror”⁴ o sea la revelación pública de la masacre en la lucha contra la guerrilla. El descubrimiento de tumbas colectivas, las declaraciones de algunos partícipes directos y de arrepentidos instalaron en la sociedad el tema de la matanza. Y a un primer momento de incredulidad le siguió otro de repudio a la represión ilegal, cuyo discurso de reprobación moral provenía de los intelectuales del movimiento de los derechos humanos liderados por Ernesto Sábato. De allí se construirían dos lecturas del fenómeno propias de los años ochenta y propias del discurso del candidato radical, como fueron la de la inocencia de las víctimas y la “teoría de los dos demonios” que, si bien ofrecían una versión simplificada de problema, también ofrecían una vía exculpatoria a los que habían apoyado de un modo u otro al terror de Estado⁵.

La “neutralidad” de los políticos y diferentes actores sociales frente al horror fue lo que posicionó a Alfonsín como el político que representaba a una nueva generación de políticos radicales que había logrado avanzar frente a la desaparición de Balbín y otros importantes dirigentes. Su corriente, el Movimiento de Renovación y Cambio que había fundado en 1972 concitaba apoyos mayormente de la Juventud Radical y de la

³ Ver: Aboy Carlés, Gerardo, “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista” en Novaro, Marcos y Palermo Vicente (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004, p. 38.

⁴ González Bombal, Inés, “Nunca más: El Juicio más allá de los estrados”, en *Juicio, castigos y memorias. Derechos Humanos y justicia en la política argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1995.

⁵ Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p.486- 493.

Junta Coordinadora Nacional, agrupamiento juvenil que surgió en 1968 y cuyos planteos se vinculaban con la izquierda nacional-popular⁶. El crecimiento de la Juventud Radical en las universidades, que se desarrolló a lo largo del Proceso y especialmente luego de Malvinas, concluyó con la alianza de los miembros de la Coordinadora y el Movimiento de Renovación y Cambio de Alfonsín con el objetivo de convertirse en una fuerza reformista dentro del partido. Ya comenzada la transición, Alfonsín basó su campaña presidencial en la búsqueda de la institucionalidad democrática en donde “el recitado del Preámbulo de la *Constitución Nacional*, la invocación a la preeminencia de la ley sobre la fuerza, la contraposición de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos al autoritarismo militar, pero también al sindical, económico y cultural, serían los tópicos básicos de una estrategia que apuntaba, en esencia, a darle un alcance epocal al cambio de régimen”⁷. A esto sumó una serie de alianzas internas y la convocatoria a sucesivos actos multitudinarios que se contraponían a los violentos actos peronistas, que seguían sin definir un candidato, y al autoritarismo oficial. Poco después, en abril de 1983 denunció el pacto militar-sindical que planteaba el peligro corporativo frente a la esperanza democrática que se abría a la población, además de triunfar no sólo en la interna sino también en la dirección del partido, logrando un control total del aparato.

La última apuesta de su campaña tuvo que ver con la asunción de una clara posición en el tema de los derechos humanos que implicaba la decisión de juzgar a los altos mandos en una política que, a pesar de sus ambigüedades, se probaría como altamente exitosa. Es cierto que la fragmentación y la lucha interna del peronismo, sumado al hecho de que daban por descontada su victoria no contribuyó al éxito de la campaña peronista frente a un candidato radical que organizó la suya de una manera

⁶ Ver: Altamirano, Carlos, *La Coordinadora. Elementos para una interpretación*, en Nun y Portantiero, op.cit.

⁷ Novaro y Palermo, *La dictadura...*, op.cit, p.518

moderna y centralizada que utilizaba por primera vez asesoramiento calificado⁸. La campaña electoral terminó con concentraciones masivas que volverían a instalar a los ciudadanos en la calle. Alfonsín triunfó con el 52% de los votos y asumió el gobierno un mes después abriendo una nueva etapa en el proceso político argentino.

II

Los cambios no se dieron exclusivamente en el ámbito de lo político sino también en lo social y cultural. En este último campo, se produce la redefinición de las relaciones entre cultura y política que implica una relectura del proceso de los sesenta y setenta caracterizado por la hegemonía de la izquierda en el campo intelectual. Y ante la caída de expectativas puestas sobre la revolución, resurge la idea de la política y se produce la configuración de una nueva cultura política democratizante que va a replantear las relaciones entre el intelectual y la política. La discusión en torno al rol de los intelectuales va a ser uno de los temas que se instalará en el campo, en donde se discutirán también las tradiciones ideológicas y entrarán en crisis los paradigmas que habían movilizado a esos mismos intelectuales en las décadas anteriores⁹.

En un clima de revalorización republicana, surgieron nuevos espacios de debate en los cuales el tema de la democracia se instalaba en el centro. Y al tiempo que los partidos políticos se renovaban y los discursos invitaban a sostener la democracia, los intelectuales y militantes regresaban del exilio y se abría la posibilidad de expresar las opiniones políticas. Es así como “la palabra inunda y da sentido a un espacio que insiste en presentarse como común a todos, y el discurso se convierte en un género cultural y

⁸ Novaro y Palermo, *La dictadura...*, op.cit., p.536 y ss.

⁹ Patiño, Roxana, *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, en Cuadernos de Recienvenido/4 en: Web: <http://www.fflch.usp.br>.

principal de la política de la democracia”¹⁰. Como dice Lesgart, el vocabulario se exaltaba frente a la acción y la democracia como consigna política proponía una idea de democracia que iba más allá de la definición de funcionamiento de las instituciones. Sin embargo, para la mayoría de los intelectuales la idea de la democracia se centraba en las instituciones y en los procedimientos a pesar de que los caminos de los intelectuales que revalorizaron la democracia política fueron divergentes. Por un lado, estaban los que se dedicaron a tareas académicas y, por el otro, los que colaboraron con políticos de distintas tendencias tanto en la elaboración de discursos como realizando tareas de asesoramiento a ministros y funcionarios.

Cuando nos referimos al concepto de democracia en la Argentina de los años ochenta, seguimos en este caso a Guillermo O’Donnell en su definición de democracia política como poliarquía¹¹ categoría que encuentra apropiada por el hecho de que las elecciones están institucionalizadas. La poliarquía consiste en que todos los ciudadanos deben tener la oportunidad de formular sus preferencias, expresar sus preferencias a otros ciudadanos y al gobierno por medio de acciones individuales y colectivas y que sus preferencias tengan el mismo peso que las de los demás¹². Según el autor esta democracia puede coexistir con diversos grados de democratización en lo económico, social y cultural, y esa distinción es fundamental para ver las relaciones entre esos niveles y el político. Y si bien la definición de poliarquía no dice nada sobre las instituciones formales del régimen y el gobierno o con respecto al tema del

¹⁰ Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2003, p.206.

¹¹ O’Donnell sigue la definición de Robert Dahl en *Polyarchy. Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press, 1971. Los atributos que caracterizan a la poliarquía son: 1) autoridades públicas electas 2) elecciones libres y limpias 3) sufragio universal 4) derecho a competir por los cargos públicos 5) libertad de expresión 6) información alternativa y 7) libertad de asociación como Dahl señala en *Democracy and its critics*, New Haven, Yale University Press, 1989.

¹² O’Donnell, Guillermo, *Contrapuntos, Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Paidós, Buenos Aires, 1987, p.221.

accountability de los gobernantes frente a los ciudadanos, sirve como línea divisoria para separar los casos en que estas condiciones mínimas no se cumplen.

El principal tema de reflexión de los intelectuales que retornaron del exilio fue el de la democracia política, que se constituyó oponiéndose a los regímenes militares. La adopción de esta categoría por una parte de la izquierda argentina les permitió no sólo realizar un corte simbólico y teórico con el pasado y abrirse a un futuro distinto¹³, sino también delimitar una nueva identidad de izquierda diferente a la que tenían antes de los golpes de estado y separarse de aquellas izquierdas que seguían oponiéndose a la democracia liberal. Pero además, esto iba acompañado de la redefinición del rol del intelectual, que también permitirá a un grupo de estos intelectuales la colaboración y el acompañamiento de los primeros gobiernos constitucionales como es el caso del Grupo Esmeralda con el proyecto alfonsinista.

La mayoría de los intelectuales que colaboraron con el presidente se exiliaron en México, junto con emigrados de varios países latinoamericanos. México fue un lugar que convocó a intelectuales latinoamericanos y también europeos logrando ser un espacio de debate y de eventos organizados por estos mismos intelectuales. Ellos, a diferencia de otras tendencias de izquierda ponían “un énfasis especial sobre lo que está más cerca (la recusación de la ortodoxia anterior a los golpes), desacentuando las múltiples causas que condujeron a la instalación de los regímenes militares y desatendiendo la crítica a las emergentes versiones teóricas y políticas neoconservadoras”¹⁴. Estos intelectuales revalorizaron la democracia, encontraron al pensamiento marxista depreciado y reconocieron la aparición de nuevos movimientos sociales que descartan un sujeto universal en la historia.

¹³ Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición...*, op.cit., p.150.

¹⁴ Lesgart, *ibid.*, pag. 154

Para algunos de ellos los debates internos del marxismo no eran nuevos. Juan Carlos Portantiero y José Aricó fueron expulsados del Partido Comunista a principios de los sesenta, fundaron *Pasado y Presente* y formaron parte de lo que se conoció como la nueva izquierda en los sesenta y setenta¹⁵. Ya en México colaboraron con otros intelectuales en la fundación del periódico *Controversia*¹⁶ en donde varios de los problemas teóricos mencionados anteriormente se discutían. También conformaron el Grupo de Discusión Socialista¹⁷ y cuando llegaron finalmente a la Argentina, junto con los intelectuales de *Punto de Vista* fundaron el Club de Cultura Socialista. Para el grupo del exilio mexicano la reflexión en torno al socialismo y la posibilidad de pensarlo en clave democrática se da gracias a la lectura de Antonio Gramsci, lectura que Portantiero y Aricó ya habían realizado en los sesenta pero que otro de los asesores de Alfonsín como fue Emilio de Ipola realizó más tarde y con la mirada de su formación dentro del marxismo francés. Gramsci les permitió no sólo la revalorización de la democracia sino también la posibilidad de restituir el primado de la política por sobre la economía.

Ya de vuelta en la Argentina un grupo de estos intelectuales se reunieron en lo que se conocería como el “Grupo Esmeralda” elaborando los discursos de Alfonsín y apoyando el proyecto político del presidente radical como se mencionó anteriormente. Cabe destacar que estos intelectuales provenían de las ciencias sociales y esto marcaría una diferencia respecto de anteriores colaboraciones entre intelectuales y política. La labor intelectual que desarrollaron en el período de la transición tiene una impronta académica ya que colaboraron con la universidad además de intervenir en el espacio público a través de la revista *La Ciudad Futura* que comenzó a publicarse en agosto de

¹⁵ Sobre los antecedentes del grupo ver: Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, Buenos Aires, 2004.

¹⁶ Periódico que apareció en México entre octubre de 1979 y agosto de 1981. Su director es Jorge Tula y su Consejo de Redacción está formado por: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler y Oscar Terán.

¹⁷ Sus integrantes eran: Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Horacio Crespo, Néstor García Canclini, Oscar González, Emilio de Ipola, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Horacio Rodríguez, Nora Rosenfeld, Oscar Terán, Jorge Tula y Gregorio Klimovsky.

1986 y continuará a lo largo de la gestión de Alfonsín. Es en la revista en donde pueden verse los debates sobre la actitud frente al nuevo gobierno, la compatibilidad del paradigma democrático y el socialismo y el nuevo rol del intelectual en la democracia además de discusiones sobre temas de coyuntura política.

El objetivo de la presente investigación es estudiar la producción de los intelectuales que colaboraron con el presidente Alfonsín durante los primeros años de su gobierno. ¿Quiénes eran esos intelectuales?, ¿Qué razones tuvieron para apoyar esa empresa política? ¿Qué cambios se produjeron en la cultura de estos intelectuales de izquierda para producir un cambio en su pauta de acción?

Si bien existe bibliografía general sobre el tema de la transición democrática, los cambios culturales, las transformaciones del campo intelectual y el nuevo rol de los intelectuales que se utiliza en la siguiente tesis, sobre el tema aquí propuesto no hay bibliografía específica, con la excepción de la tesis de Licenciatura de Cristina Basombrío que aporta información relevante para la comprensión de asunto y está basada en entrevistas y discursos. Sin embargo, este trabajo no avanza en una interrogación de la relación misma entre intelectuales y política a partir del caso estudiado. En este sentido, la presente tesis pretende ser sólo una primera contribución al estudio de este problema.

Ante una lectura preliminar de las fuentes se optó por realizar un recorte de la época que comienza en a fines de 1984 y principios de 1985, cuando el presidente Alfonsín comienza a tener reuniones con intelectuales organizadas por sus asesores, y concluye en 1987, cuando luego de los sucesos de Semana Santa y ante la demanda del los grupos rebeldes el presidente Alfonsín remitió al Congreso la ley de Obediencia Debida con el objetivo de terminar con el problema militar y esta decisión implicó el alejamiento de muchos intelectuales que habían apoyado el gobierno de Alfonsín.

La hipótesis que inicia esta tesis es que la colaboración de intelectuales provenientes de la izquierda con el gobierno del presidente Alfonsín, tenía como objetivo la creación de un moderno partido socialdemócrata. Esto implica indagar no sólo en el discurso de los intelectuales sobre la producción de la idea democrática o de la compatibilidad entre la democracia y el socialismo, sino también en la construcción de sentido en torno a un personaje político y en torno a un partido.

III.

A partir de los objetivos planteados más arriba, se observa que la mirada de la política desde los intelectuales da la posibilidad de iluminar las relaciones entre intelectuales y política en un período breve de la historia argentina. Esta investigación no se introducirá en este debate de larga data en la historia y la sociología, sino que intentará dar cuenta de las vinculaciones entre ese discurso de los intelectuales y el campo político. Por otra parte, y si bien el concepto de intelectual citando a Carlos Altamirano es “multívoco, polémico y de límites imprecisos”, se tomará como intelectuales a “aquellos que en estas sociedades tienen el monopolio de la producción de los bienes pertenecientes al orden de la cultura legítima”¹⁸ y que legitiman su acción en nombre de su saber sobre el mundo social.

En el presente trabajo se adoptará como marco teórico, fundamentalmente, la perspectiva de Pierre Bourdieu. Es la distinción entre un campo intelectual y un campo político tomada de su “teoría de los campos” la que se utilizará para comprender las relaciones entre la esfera cultural y la esfera política. La teoría organiza el espacio social en distintos campos que presentan elementos comunes como las luchas internas y las relaciones de fuerza, los intereses y mecanismos de reproducción, las instancias de

¹⁸ Altamirano, Carlos, *Intelectuales: notas de investigación*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2006, p.85.

consagración propias, los dominantes y los dominados. En todos los campos se busca la acumulación de un capital específico propio y se lucha por la apropiación de ese capital. El espacio social sería también un campo de fuerzas o un conjunto de relaciones de fuerzas objetivas que se imponen a todos los que entran en el mismo y participan en la lucha¹⁹.

El campo de producción cultural, que es la noción que le permite a Bourdieu romper con las referencias vagas al mundo social que utiliza tradicionalmente la historia social de la literatura y el arte, presenta homologías con el campo social y político. Pero la especificidad del campo de producción cultural se encuentra en su capital especial que es el capital simbólico que los agentes o instituciones acumularon en luchas anteriores con una estrategia específica. Uno de los temas centrales de estas luchas es la definición misma de los límites del campo o sea la participación legítima en esas luchas por la cual se excluye del juego a una corriente o grupo. Esta es, según Bourdieu, una exclusión simbólica cuyo objetivo no es otro que querer imponer una determinada definición de la práctica legítima que es, a su vez, la definición que corresponde a los que detentan un determinado capital específico. Este es precisamente el carácter de la lucha por la dominación simbólica, es decir “por el poder sobre un uso particular de una categoría particular de signos y, por allí, sobre una visión del mundo natural y social. Esta definición dominante se impone a todos, y en particular a los recién llegados, como un derecho de entrada más o menos absoluto”²⁰.

Ahora bien, el campo de producción cultural, a pesar de que puede tener una gran autonomía, está determinado por el lugar que tiene en el campo del poder que es siempre un lugar de dominado. Los miembros de este campo tienen en realidad un papel doble de dominantes en tanto poseen el capital cultural y, en algunos casos, el suficiente

¹⁹ Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte*, Anagrama, Buenos Aires, 1995, p.99 y ss.

²⁰ Bourdieu, Pierre, “El campo intelectual: un mundo aparte”, en *Cosas Dichas*, Gedisa, Barcelona, 2000, p.147.

como para ejercer el poder sobre el capital cultural pero son, a su vez, dominados por los que ejercen el poder político y económico. Son una “fracción dominada de la clase dominante”. Esta dominación se ejerce, en la actualidad a través de mecanismos como los del mercado. A medida que el campo de producción cultural logra su autonomía y se desarrolla el mercado de los bienes simbólicos, se hace más patente el poder específico que tienen los productores culturales que es, el poder simbólico de hacer ver, de objetivar las experiencias del mundo natural y social y, de esta manera, hacerlas existir. Este poder pueden ponerlo al servicio de los dominantes o al servicio de los dominados. Pero esta posición de dominantes-dominados puede dar la clave para comprender la ambigüedad de las tomas de posición de los productores culturales, que dependen también, de la autonomía del campo de producción en un determinado momento. En el seno mismo del campo se le asignan al intelectual dos roles diferentes, por un lado, el de técnico que ofrece sus servicios simbólicos a los dominados y por el otro, el de pensador libre y crítico, que sería el intelectual que, con su capital específico y gracias a la autonomía del campo, interviene en el campo de la política.

Bourdieu presenta la figura del intelectual como un personaje bidimensional ya que, por un lado, pertenece a un campo intelectual autónomo, con los valores que se asocian a esa autonomía como el desinterés o la competencia y, por el otro, se compromete en las luchas políticas. Es precisamente del lado de profundizar en la autonomía como el intelectual profundiza la eficacia de su acción política que desarrolla con la lógica propia de los campos de producción cultural.

En aquel primigenio acto de ruptura que produjo Zola en donde puso todo su prestigio de hombre de letras al servicio de una causa política, se produjo esta nueva figura en la que se destacan dos de las características constitutivas del intelectual que son la pureza y el compromiso y que afirman el derecho de transgredir valores

importantes para la comunidad, en aras de la defensa de valores universales y en medio de un “combate ético” destinado a promover esos valores²¹.

Teniendo en cuenta que la producción y las prácticas de los intelectuales no están determinadas exclusivamente por las lógicas del campo sino también por las relaciones del contexto social y del campo de poder, es que se intentará ver en la producción de los intelectuales a estudiar no exclusivamente lo que postulan como grupo sino cómo se articula esta producción con las cuestiones propias del contexto social y político de la época. Pero también cómo esta intervención en la lucha simbólica tiene como objetivo la imposición de la visión legítima del mundo social y la producción de un cambio en las categorías de percepción.

Es dentro de este marco teórico en que se analizará la construcción de sentido de los intelectuales de izquierda en torno al personaje político de Alfonsín, con la idea de la construcción de un moderno partido socialdemócrata. Al mismo tiempo, se estudiarán los debates entre los mismos intelectuales en la época y la discusión en torno al tema del rol que ellos mismos debían tener en la sociedad como parte de las luchas simbólicas

Sin embargo, la aplicación del modelo bourdesiano para el estudio de las sociedades latinoamericanas presenta limitaciones de acuerdo a los análisis de Sarlo y Altamirano y Silvia Sigal. La principal limitación con la que se encuentra el modelo de Bourdieu es el hecho de que “un sector decisivo de sus sistemas de referencia está radicado en centros externos que tienen el papel de metrópolis o polos culturales”²². O como bien explica Silva Sigal, la dependencia cultural en las sociedades periféricas se manifiesta en que sus instancias de consagración remiten al exterior, al mismo tiempo que se interiorizan criterios externos de valorización. Este proceso de retroalimentación

²¹ Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte*, op.cit., pag.197

²² Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Literatura y Sociedad*, Hachette, Buenos Aires, 1983, p.85.

limita la legitimidad de las instituciones culturales haciéndolas más vulnerables a las intervenciones del poder político²³.

La otra consecuencia de esta dependencia es la adopción de tendencias, estilos o corrientes de pensamiento de los países centrales y, la constitución de los grupos intelectuales que se alimentan con el aporte de temas y estilos de los referentes exteriores. Esta permanente vinculación con los centros metropolitanos, ya sea para rechazarlos o apoyarse en ellos, restringe la autonomía de los campos culturales de las sociedades periféricas de la misma manera que lo hace las intervenciones del poder político²⁴.

Estas dos limitaciones son las que hacen difícil la aplicación de las teorías de Pierre Bourdieu, que, como se mencionó anteriormente, otorga una importancia fundamental a la preservación de la autonomía del campo cultural. Pero esas mismas distorsiones “son en cambio los lugares privilegiados de constitución de los intelectuales como tales, es decir como mediadores entre las instancias que la autonomización de los campos separa. En este sentido, la experiencia argentina sugiere que una menor autonomía del campo cultural respecto del político puede ser signo del fortalecimiento del papel del intelectual”²⁵.

Las diferentes mediaciones de los intelectuales argentinos se manifiestan en distintas configuraciones históricas que van desde las elites nacionalistas hasta la inteligencia contestataria que no sobrevivió a la dictadura²⁶. Pero estas diferentes configuraciones históricas dependen también de concepciones muy distintas acerca del rol del intelectual y se manifestaron en momentos políticos e históricos diferentes. Sin

²³ Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, 2002, p.15.

²⁴ Sigal, Silvia, *Intelectuales...*, op.cit., p.15

²⁵ Ibid, p.16

²⁶ Ibid, p.17

embargo, es esa misma complejidad la que ayuda a dar cuenta de las relaciones entre cultura y política en la Argentina.

Primera parte: Relaciones entre intelectuales y política en la Argentina.

Capítulo 1: Relaciones entre intelectuales y política desde la caída del peronismo. Los años cincuenta y sesenta.

La caída del gobierno peronista en 1955 y la posterior toma del poder de las fracciones militares más fuertemente antiperonistas de la Revolución Libertadora lideradas por Pedro E. Aramburu, que alejarían del poder a los círculos nacionalistas, generaron una controversia entre los intelectuales de izquierda y liberales que rompería el consenso antiperonista y unánime rechazo al régimen que primaba hasta entonces en el campo cultural. Para la revista *Sur*, que dedicó, a fines de 1955, un número al tema del peronismo titulado *Para la reconstrucción nacional* el tema no era el análisis del peronismo al que consideraban producto de una década oprobiosa. Una mirada monolítica sobre el peronismo hacía afirmar a Victoria Ocampo, directora de la publicación, que bajo el caído régimen sólo en la cárcel se vivía en la verdad o a Borges que el período constaba de dos historias:” una de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra de carácter escénico, hecha de necedades y fábulas para consumo de patanes” reflejando así el engaño y la inverosimilitud de la experiencia peronista²⁷.

El quiebre, consecuencia de la política represiva que los miembros de Revolución Libertadora habían implementado con el objetivo de desperonizar la sociedad argentina, se podía observar cuando voces disidentes como las de Ezequiel Martínez Estrada, Ernesto Sábato en el frente liberal o Mario Amadeo desde el nacionalismo, intentaron acercarse al fenómeno peronista sin dejar de realizar juicios condenatorios contra Perón. Sábato afirmaba que “no todo lo que sucedió en esa década fue negativo o destructor”, de la misma manera que Amadeo en su obra *Ayer, hoy y*

²⁷ Sigal, Silvia, *Intelectuales...*, op.cit.,p.100.

mañana consideraba que “el hecho es muy complejo y que incluye elementos positivos y negativos que resulta indispensable discriminar” separando así al peronismo como acontecimiento social y a su jefe al que se calificaba como un demagogo carente de escrúpulos. Esta mirada, que liberaba de culpa a las masas que lo habían seguido por la ausencia entre los adversarios políticos de Perón de propuestas de defensa de la justicia social, tenía un fuerte componente populista pero, como bien explica Terán, era un discurso dispuesto a problematizar el fenómeno y a rever el pasado inmediato²⁸. Martínez Estrada señalaba también la naturaleza doble del peronismo y por ello entró en polémica con Borges para quien el gobierno que había derrocado al abominable régimen merecía la amistad y la gratitud de todos los argentinos. La polémica la cerraría Sábato diciendo que el peronismo no debía ser entendido como una aberración sino “como un movimiento de masas que articuló de modo confuso genuinas necesidades”²⁹.

Otro grupo de intelectuales se encontraban en una posición más compleja debido a su apoyo al peronismo en años anteriores. Desde 1957 resurgió la figura de Arturo Jauretche, antiguo animador del FORJA en un fuerte reclamo a los intelectuales argentinos por su separación de la realidad nacional y el pueblo. La *intelligentsia*, decía Jauretche, miraba la experiencia nacional con categorías extranjeras al mismo tiempo que tenía un marcado espíritu elitista. Sin embargo, no todo estaba perdido para Jauretche, ya que podía ver surgir el país profundo y los signos de un movimiento nacional en donde se unían la clase media y la clase proletaria³⁰. Por su parte, autores como Jorge Abelardo Ramos, Juan José Real, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui, que forman parte de lo que más tarde dio en llamarse la izquierda nacional, desde una mirada marxista y nacionalista, veían al peronismo como algo propio de la

²⁸ Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993, p.42

²⁹ *Ibid*, pag.44

³⁰ Sarlo, Beatriz, “Estudio preliminar” a *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII, Buenos Aires, 2001, pag. 35

historia popular proveniente de Rosas, para los nacionalistas, o como un eslabón dentro del proceso histórico revolucionario. Sin embargo, le reprochaban también el hecho de no haber tenido una ideología propia que, precisamente, confería una importancia particular al rol de los intelectuales que estaban llamados como proveedores de ideas³¹. Pensaban que la contrarrevolución que significó el derrocamiento de Perón era el regreso a la “década infame” que detuvo el movimiento de liberación nacional que representaba el peronismo. Este discurso de Puiggrós y Ramos encontraría gran difusión durante la década posterior a la caída del peronismo, pero no entre los trabajadores que defendían en su discurso sino, en las clases medias universitarias que comenzaban a estar disconformes con la política del Gobierno Provisional. Y, por otra parte, “el discurso del nacionalismo marxista adelantó y, simultáneamente, contribuyó a la orientación que tomaría el conjunto de la cultura política de izquierda en la Argentina: ruptura con el legado ideológico del liberalismo, componente de lo que se consideraba la “tradición progresista” hasta los años cincuenta, y búsqueda de una fusión entre socialismo y nacionalismo”³².

Sin embargo, a finales de la década del cincuenta fue el discurso del desarrollismo el que estaba a la orden del día en la política argentina. El desarrollismo, que se asocia tradicionalmente al gobierno de Arturo Frondizi, remitía, como explica Altamirano, a diversos focos de incitación como por ejemplo la CEPAL, o la Alianza para el progreso, propuesta por la administración del presidente Kennedy o las encíclicas del papa Juan XXIII. La década da cuenta no sólo de la expansión de la idea del desarrollo desde la literatura erudita, sino también desde la universidad donde las carreras de Economía y Sociología funcionarían como ámbitos de transmisión de la temática desarrollista. ¿Cuáles eran, entonces, las ideas defendidas por el desarrollismo?

³¹ Sigal, *Intelectuales...*, op.cit., pag.102.

³² Sarlo, *Intelectuales...*, op.cit, pag.38.

Principalmente la construcción de una estructura industrial integrada, que permitiera abandonar el rango de país especializado en la producción de bienes primarios, promovida por el Estado. Y si bien las ideas no eran nuevas porque ya habían sido formuladas bajo el peronismo, lo que era nuevo era el discurso y los tiempos urgentes que exigía el desarrollo como medida gradualista y asociada a la democracia representativa, frente a la vía revolucionaria cubana.³³

Ahora bien, si como se mencionó la temática del desarrollo comenzó a expandirse luego de la caída del peronismo, es con Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio que en Argentina se convirtió en movimiento ideológico y empresa política. En *Industria argentina y desarrollo nacional*, aparecido en febrero de 1957 y editado por la revista *Qué*, Frondizi presentaba los objetivos del desarrollismo y al Estado como agente de ese desarrollo. El discurso nacionalista e industrialista de Frondizi y Frigerio se asoció desde 1957 a la promoción de Frondizi a la presidencia en un proyecto paralelo al del radicalismo intransigente del que provenía, que con un discurso “nacional y popular” buscaba captar al electorado peronista, proscrito por las políticas del gobierno³⁴.

La crisis del régimen, reforzada con los fusilamientos de junio de 1956, relatados por Rodolfo Walsh en *Operación masacre*, y las elecciones para congresales de 1957 con la importante cantidad de votos en blanco originada por la proscripción del peronismo, aumentó la distancia entre el grupo de intelectuales liberales y los críticos que vieron con simpatía las propuestas de Frondizi. Por otra parte, durante la campaña electoral de 1957, Frigerio logró nuclear en torno a Frondizi a elementos heterogéneos que iban desde jóvenes radicales y peronistas, universitarios o empresarios que veían en el “integracionismo” del discurso frigerista la única opción válida. Por supuesto, la

³³ Altamirano, Carlos, “Estudio preliminar” a *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino VI, Buenos Aires, 2001, p.54 y ss.

³⁴ Altamirano, Carlos, “Estudio preliminar”, op.cit., pag.58 y 59.

propuesta del desarrollismo de integración también incluía la integración legal del peronismo. El acuerdo entre Frondizi y Perón, además del amplio apoyo de posiciones ajenas al radicalismo, llevaron a Frondizi al poder en mayo de 1958 poniendo fin al gobierno de la Revolución Libertadora³⁵.

La nueva izquierda.

Es en este marco de la reinserción de la Argentina en el proceso constitucional que se desarrollan los debates que darán lugar a lo que se conoce como la nueva izquierda argentina. Los cuestionamientos generados por el fenómeno peronista llevaron a “la nueva inteligencia” a interrogarse sobre su identidad y esto va a conformar, como explica Terán, “uno de los rasgos centrales del nacimiento de la nueva izquierda argentina en el campo intelectual”³⁶. Por su parte Sigal explica que “al descubrir la dimensión popular del peronismo, su oposición pasada al régimen fue vivida como un error y, peor aún, como un fracaso.” Es aquí entonces, luego de 1955 en que se gestó una nueva intelectualidad, de clase media y poco insertada en partidos políticos. Dos de los grupos más representativos fueron los que se reunieron en torno a *Contorno* y a *Pasado y Presente*.

Contorno surgió a partir de un grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires que comenzó a publicar la revista en noviembre de 1953 orientada a un círculo universitario³⁷. Los primeros números de la revista fueron exclusivamente literarios y en ellos se establecía la separación tanto de los escritores liberales como de los que realizaban ensayo sobre tema nacional como Martínez Estrada. La crítica estaba sobre todo dirigida contra la cultura liberal que

³⁵ Altamirano, Carlos, “Estudio preliminar”, op.cit., p..62 y 63.

³⁶ Terán, Oscar, *Nuestros años...*, op.cit, p.45.

³⁷ Sigal, Silvia, *Intelectuales...*, op.cit., p.109 y ss.

representaba la revista *Sur* y el suplemento literario del diario *La Nación* y para ello utilizarán escritores como Arlt para oponer a escritores como Mallea³⁸. Los primeros números fueron dirigidos por los hermanos Viñas, y en septiembre de 1955 se incorporaron Noé Jitrik, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde y León Rozitchner. En los últimos números colaboraron también Tulio Halperín Donghi, Oscar Masotta, Juan José Sebreli y Eliseo Verón.

Lo ejemplar de los escritores de *Contorno* es la doble ruptura que realizan; por un lado desde lo literario, se oponían a la generación liberal dominante y por el otro lado, desde lo político “se separaban del liberalismo más firmemente antiperonista pero también de los partidos de la izquierda tradicional, particularmente de un Partido Comunista que seguía ejerciendo una influencia nada despreciable en los medios intelectuales”³⁹. Partiendo de la toma de conciencia de la ineficacia de los intelectuales durante el régimen peronista por su alejamiento del pueblo y por la incapacidad de ver la novedad del peronismo, el grupo de *Contorno* fue el primero en intentar la búsqueda de una alternativa que fuera inclusiva de la dicotomía peronismo y antiperonismo. Al mismo tiempo, buscaban un nuevo lugar para los intelectuales frente a esta dicotomía.

Es en el proyecto frondizista donde las inquietudes del grupo de *Contorno* encuentran formas políticas, sumándose así al proyecto de inclusión del peronismo del candidato presidencial. La proscripción del peronismo, por otra parte, alentaba a la intelectualidad progresista a alinearse con el peronismo proscripto y se fue pasando de la resistencia del rechazo del antiperonismo gubernamental al rechazo de todo antiperonismo⁴⁰.

Por otra parte, el grupo que se reunía en torno a la revista *Pasado y Presente*, representaba la renovación cultural e ideológica que se venía desarrollando en el interior

³⁸ Terán, Oscar, *Nuestros años...*, op.cit, pag.48.

³⁹ Sigal, Silvia, *Intelectuales...*, op.cit, pag.110.

⁴⁰ Sigal, Silvia, *Intelectuales...*, op.cit, pag.115

del partido Comunista argentino de la mano de Héctor Agosti. Pensador y miembro del círculo dirigente del partido, su empresa teórica había comenzado a principios de los años cincuenta cuando, en un intento de superar la lectura revisionista de la historia argentina junto con la interpretación liberal, introdujo el pensamiento gramsciano⁴¹. Agosti dirigió además la publicación de los *Cuadernos de la Cárcel*, en 1958. Tanto en esta empresa como en la publicación de la revista cultural del partido, *Cuadernos de Cultura*, lo secundaban jóvenes intelectuales como José María Aricó y Juan Carlos Portantiero. La revista *Pasado y Presente*, surgió en abril de 1963 como expresión política y cultural de la izquierda cordobesa frente al dogmatismo del partido, y representó la renovación dentro de la izquierda política vinculada al crecimiento social cordobés. Córdoba se había convertido en un importante centro de industria automotriz y mecánica luego de la instalación de industrias militares y de empresas extranjeras y fue allí también donde surgió el peronismo “clasista” o “combativo” que acercaría al peronismo y la izquierda marxista. Aricó describía así a la Córdoba de la época en la que surge la revista:

“Esa era la ciudad en la que nació *Pasado y Presente* y en estos sectores sociales encontró su mundo de lectores. ¿Por qué éramos gramscianos al publicar la revista nos imaginábamos vivir en una Turín latinoamericana, o accedimos a Gramsci porque de algún modo Córdoba lo era? Tal vez, simplemente, estábamos predestinados a serlo. En los incandescentes años, y desde una perspectiva que fue por mucho tiempo leninista, leíamos a Gramsci con pasión; aún más, aprendimos el idioma para leerlo en sus fuentes originales. Pudimos conocer sus escritos anteriores a los *Cuadernos* y toda una abundante literatura interpretativa que nos llegaba de Italia. Pero leímos también a Togliatti, Luporini, Banfi, Della Volpe, Colletti; traducíamos sus escritos y los hacíamos circular. Nuestro debate los incorporaba. De algún modo, lo que estaba germinando en Córdoba era un movimiento social y político de características nuevas y en ese grupo en fusión pugnamos por que las ideas de Gramsci circularan como si fueran propias”⁴².

⁴¹ Aricó, José M., *La cola del diablo, itinerario de Gramsci en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 2005, pag. 6.

⁴² Aricó, *La cola...*, op.cit, p.98 y 99.

Con la idea de crear una revista de crítica cultural y política en la cual participaran tanto comunistas como no comunistas, Oscar del Barco, Samuel Kieszkovsky, Héctor Schmucler y José Aricó -secretario de la Organización de la Federación Juvenil Comunista de la provincia del Córdoba- desarrollaron el proyecto que Juan Carlos Portantiero apoyaba en Buenos Aires. La idea de la transformación interna del partido que tenían los jóvenes comunistas implicaba una crítica al stalinismo, el cuestionamiento de los dogmatismos y todo esto, citando a Aricó, “reconociendo la potencialidad revolucionaria de los movimientos tercermundistas, castristas, fanonianos, guevaristas, etcétera, tratábamos de establecer un nexo con los procesos de recomposición del marxismo occidental que para nosotros tenía un centro en Italia”⁴³.

Parte de la renovación que impulsaba *Pasado y Presente* implicaba una lectura diferente del fenómeno peronista y para eso “era necesario un rearme ideológico del partido y una modernización del instrumental que permitiera ponerse en condiciones de establecer un diálogo productivo con las ciencias sociales como parte del proceso de conquista de los nuevos intelectuales”⁴⁴. Sin embargo, los conflictos se hicieron patentes desde el editorial de Aricó en el primer número⁴⁵ y culminarían con la expulsión de este grupo del PCA acusados por la dirección del partido de pertenecer a una revista “antimarxista y anticomunista”. La apertura que el grupo crítico buscaba fue uno de los problemas que el partido tuvo con el grupo que, además, colocaba a la intervención de la revista como un problema generacional y se reivindicaba como parte

⁴³ Aricó, citado en Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos, Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo veintiuno de argentina editores, Buenos Aires, 2004, p.102.

⁴⁴ Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos, Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo veintiuno de argentina editores, Buenos Aires, 2004, p.71

⁴⁵ Aricó decía allí que: “La autonomía y la originalidad absoluta del marxismo se expresa también en su capacidad de comprender las exigencias a las que responden otras concepciones del mundo. No es abroquelándose en la defensa de las posiciones preconstituidas como se avanza en la búsqueda de la verdad, sino partiendo del criterio dialéctico de que las posiciones adversarias, cuando no son meras construcciones derivan de la realidad, forman parte de ella y deben ser consideradas por una teoría que las totalice”, en Aricó, *La cola...*, op.cit., p.90.

de una generación emergente “sin maestros locales” y que encontrará su referente más inmediato en la revista *Contorno* a la que calificaba como la revista más de avanzada de lo que ha dado en llamarse la “izquierda independiente argentina”.

El grupo expulsado contaba con la simpatía del sector universitario que se alejó de la organización como consecuencia de este hecho y se reunió en torno a la figura política de José Aricó. En ese mismo año también se separó del partido Juan Carlos Portantiero y el grupo liderado por él pero, debido al distanciamiento entre la Unión Soviética y la China comunista. Portantiero, no tenía vínculos orgánicos con la revista cordobesa a pesar de que colaboraba con ella. Esta primera etapa de *Pasado y Presente* que se extendería hasta 1965, representó entonces la renovación dentro de la izquierda política y, a pesar de ser una revista marxista con influencia gramsciana, la publicación de una amplia diversidad de autores le daba un carácter plural basado en la idea de que la cultura de izquierda sólo podía realizarse a través del debate y la discusión⁴⁶.

El proceso modernizador

Estas ideas se desarrollaron a fines de la década del cincuenta y principios de los sesenta en una Argentina marcada por un movimiento modernizador que se expandía por la toda la sociedad. Cabe destacar que la renovación intelectual no era un proceso limitado a la Argentina sino que formaba parte de un proceso de cambio que se expandió por todo el Cono Sur, donde nuevas elites intelectuales desarrollarán diferentes operaciones culturales que renovarían el campo cultural⁴⁷. Desde los nuevos espacios generados tanto por la sociedad civil como por editoriales, asociaciones o

⁴⁶ Burgos, *Los gramscianos...*, op.cit., p.82.

⁴⁷ Sobre la génesis de la élite intelectual en el Cono Sur cf: Blanco, Alejandro, “Ciencias sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1965)”, *Tempo Social. Revista de sociologia da USP*, vol.19 (1), Universidade de Sao Paulo, pp.89-114, 2007.

grupos de estudio hasta la fundación de instituciones estatales y privadas que tendrían gran importancia en el campo cultural argentino como el Conicet o la editorial Eudeba, comenzaron su tarea las elites modernizadoras.

A pesar de que durante el siglo XX la principal fuente de status para los intelectuales latinoamericanos estaba dada por su vinculación con el Estado, ya que hasta los años sesenta no hay un público lector lo suficientemente amplio como para proveer una audiencia comercial para sus producciones, la mayoría de los Estados aplicó políticas de coerción, contención o coopción con el objetivo de limitar la influencia potencial de los intelectuales⁴⁸. Lo usual en la Argentina era que la actividad intelectual acompañara a otro tipo de desarrollo profesional, así como en Brasil la temprana incorporación de intelectuales a la administración central llevó a que el Estado se transformara “en la instancia suprema de legitimación de las competencias ligadas al trabajo cultural técnico y científico”⁴⁹.

Pero la renovación que se produjo en la universidad desde los años cincuenta llevó a una mayor institucionalización de las ciencias sociales que permitió, entre otras cosas, que la carrera intelectual se autonomizara, por ejemplo, de la carrera política.⁵⁰. Asimismo, la demanda de una renovación radical en el campo de las ciencias sociales pretendía no sólo la autonomización, sino también la constitución de las mismas como ciencias empíricas. Los pioneros en este tema fueron José Medina Echavarría en México y Gino Germani en la Argentina. Germani, italiano radicado en Argentina alrededor de los años treinta, no fue impulsor de esta renovación exclusivamente desde la universidad de Buenos Aires, sino también por medio de una intensa actividad como

⁴⁸ Miller, Nicola, “The anxiety of ambivalence: intellectuals and the State in twentieth- century Argentina, Chile and México”, en Mariano Plotkin y Ricardo González Leandri (editores), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, 2000, 134 y 135.

⁴⁹ Miceli, Sergio, *Intelectuais à brasileira*, San Pablo, Companhia das Letras, 2001, p.203.

⁵⁰ Blanco, Alejandro, “Ciencias sociais...”, op.cit., p. 92.

editor y traductor. Desde 1944 Germani dirigió la colección “Ciencia y Sociedad” en la editorial Abril y la “Biblioteca de Psicología y Sociología” en Paidós a través de las cuales se realizó una difusión de las nuevas disciplinas como la psicología y la sociología a la vez que se introducían nuevos autores y conceptos⁵¹. Esta empresa editorial de Germani iba dirigida a un público de profesionales en el contexto de un mundo editorial en expansión, que se venía desarrollando desde la segunda mitad de la década del treinta como consecuencia de la Guerra Civil Española y la emigración de intelectuales republicanos importantes. El principal ejemplo es la editorial Losada, fundada en 1938, tal vez la mayor difusora de temas vinculados a humanidades y ciencias sociales. A esto se le sumó la llegada del peronismo por el cual, muchos de los protagonistas de estos emprendimientos fueron expulsados de la universidad y esto dará lugar a que el mundo editorial proveyera de una red de asociaciones entre los intelectuales que colaboraban con los emprendimientos o hiciera las veces de una “comunidad intelectual alternativa al mundo oficial”⁵². La aparición de estas colecciones fue de la mano del proceso de gestación de las nuevas disciplinas como puede observarse con la creación de la carrera de Psicología en 1956 en Rosario y la de Sociología en Buenos Aires en 1957 dirigida, precisamente por Germani.

A pesar de que el material editado por Germani presentaba una gran heterogeneidad desde lo disciplinario y lo ideológico, su intervención editorial tenía por objeto conectar las ciencias sociales con el debate en torno a la sociedad de masas y el fenómeno del totalitarismo y el futuro de la democracia. Este viraje se puede observar también en la introducción de la lengua inglesa que conectaba a los lectores con nuevas tradiciones de pensamiento vinculadas al mundo anglosajón en un ámbito dominado por la cultura alemana.

⁵¹ Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 2006, p.84 y ss.

⁵² *Ibid*, p.101 y 102

Germani introdujo además en la universidad reformada luego de 1955 la nueva sociología, enfrentando a la “sociología de cátedra” con una nueva visión empírico-analítica de la disciplina, “de acuerdo con el modelo que tenía su foco en la academia norteamericana”⁵³ y que llamaba “sociología científica” en un intento de separarse de la filosofía social y del ensayismo. Esto implicaba no solamente la actualización bibliográfica con literatura norteamericana, sino también la importancia que se le daba a las tareas de investigación en una universidad que no tenía tradición en investigación social. En pocos años dotó al Instituto de Sociología de investigadores y una estructura organizativa que permitía el estudio de una serie nueva de objetos como la urbanización, la industrialización o la incorporación de las masas a las sociedades industriales de la que no podía dar cuenta la sociología “tradicional”⁵⁴. Germani tuvo también un temprano interés por la problemática del peronismo y elaboró una interpretación sobre los orígenes del movimiento, aplicando las nuevas técnicas de investigación, que fue clave en el debate político posterior sobre el tema.

La renovación no vino solamente del lado de la sociología, sino también dentro de la historia y la crítica literaria en un proceso de cambio en los conceptos para pensar la sociedad y la cultura. En la universidad normalizada de 1956 se importaban teorías modernizadoras y los intercambios entre disciplinas como la sociología y la historia van a dar cuenta de la consolidación de las ciencias sociales de la mano de Germani y José Luis Romero y Tulio Halperín Donghi.

Obras como *Argentina, sociedad de masas* de Torcuato Di Tella, Gino Germani y Jorge Graciarena, editado en 1965 en la que colaboran historiadores y científicos sociales, o *Los fragmentos del poder* de Torcuato Di Tella y Tulio Halperín Donghi dan cuenta de este acuerdo para analizar temas comunes con perspectivas diferentes y que se

⁵³ Sarlo, Beatriz, “Estudio preliminar”, op.cit., pag.80.

⁵⁴ Blanco, Alejandro, *Razón...*, op.cit, pag.199y ss.

realizaban desde distintas instituciones como el Centro de Estudios de Historia Social, los centros de Investigaciones Económicas y de Sociología Comparada del Instituto Di Tella, el Instituto de Desarrollo Económico y Social y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad del Litoral.

Ahora bien, esta renovación que implicaba la sociología propuesta por Germani va a ser jaqueada desde dos frentes. Por un lado, por la intervención de Onganía a la universidad luego del golpe de 1966 y por otro, desde dentro del campo por aquellos que consideraban que representaba la sociología oficial norteamericana hostil al conflicto y dependiente de los intereses del imperialismo norteamericano. La crítica que viene del lado de la teoría de la dependencia va a provocar que muchos jóvenes formados en la sociología de Germani, encuentren al modelo germaniano como poco adecuado para pensar el conflicto de clases y el marxismo que son los temas que estarán a la orden del día a medida que se radicalizaba el clima político del fin de la década.

El otro campo fuertemente renovado fue el de la historia, como se mencionó previamente, y en este caso la nota está dada por la colaboración entre la historia y las ciencias sociales. El principal impulsor de los cambios fue José Luis Romero desde la cátedra y el Centro de Historia Social de la UBA defensor de la historia cultural desde la revista *Imago Mundi* fundada en 1953. Con su historia cultural Romero consideraba que “frente a una historia política, económica, diplomática, dinástica o militar – que atomiza el sentido en esas perspectivas particulares-, la historia de la cultura debe buscar una síntesis relacional entre hechos inscriptos en un horizonte que es necesario *comprender*”⁵⁵. Esta mirada de la historia como ciencia interpretativa, que busca alejarse del positivismo y ocuparse del nivel simbólico al mismo tiempo que del fáctico, está presente en la obra de Di Tella y Halperín mencionada, y muestra esa colaboración

⁵⁵ Sarlo, Beatriz, “Estudio...”, op.cit., pag.87.

entre científicos sociales que estudian con perspectivas históricas e historiadores que reflejan la influencia de las ciencias sociales, de manera tal que aparecen temas como “el estudio de los sectores dominantes no como estudio de personalidades sobresalientes a la manera de la vieja historia política, sino a partir de la nueva noción sociológica de las élites donde se entrecruzan perspectivas económicas, culturales y políticas”⁵⁶.

Desde el campo literario, la ruptura con el ensayismo que representaban Martínez Estrada y Murena realizada por los jóvenes de *Contorno*, si bien significó una renovación, como se explicó anteriormente, no se apartó completamente de este modelo pero, sin embargo, realizaba otro corte que los colocaba en el marco de modernización de la época. La “desacralización de la literatura por el modo en que se habla de ella: un modo politizado, con una novedosa mezcla semántica y léxica, donde las metáforas sobre el cuerpo y la sexualidad indican un corrimiento respecto del tono de la crítica académica ‘respetable’; un estilo que combina –aunque no siempre logra sintetizar- la dimensión política y la dimensión literaria, la dimensión ética y la dimensión material”⁵⁷. El hecho de encontrar en Arlt su referencia muestra la manera de enfrentarse a la literatura tradicional y proponer un nuevo modelo. A su vez la incorporación del pensamiento sartreano da cuenta, no solamente de la renovación ideológica sino también de una teoría del compromiso que va a estar dada por el rol del escritor de izquierda en la sociedad capitalista. Y la renovación tiene que ver con una lectura social e histórica de la literatura.

El otro referente en el área de las ciencias sociales fue Eliseo Verón que en 1961 introdujo a Lévi Strauss en Argentina con su traducción de la *Antropología estructural* en donde se destacaba la noción de estructura fundamental como herramienta para el trabajo en las ciencias sociales. Pero no era sólo el estructuralismo, sino también la

⁵⁶ Ibid., pag.88.

⁵⁷ Ibid., pag.91.

semiología, la introducción de Lacan en la psicología y, por supuesto, el marxismo lo que renovaba el campo intelectual. La otra personalidad que marcó la época y que fue a la vez representativa de la década es Oscar Masotta “sensibilidad prototípica de la década del sesenta: de la Facultad de Filosofía y Letras al Instituto Di Tella, del sartrismo al estructuralismo, de la historia y el sujeto a la estructura, de Merleau-Ponty a Jacques Lacan”⁵⁸.

La adhesión de vastos sectores de la intelectualidad, ya mencionada previamente, al proyecto liderado por Arturo Frondizi, en el cual veían no sólo el mejor proyecto progresista con la posibilidad de ser un movimiento nacional unificador sino también un lugar para los intelectuales en el gobierno de un político diferente a los otros culminó en lo que se conoció como “la traición” de Frondizi. Desde el anuncio de los contratos para la explotación de petróleo, como la importancia otorgada al capital extranjero, hasta la ley que permitía la creación de universidades privadas⁵⁹, lo que el presidente demostraba es que lo que iba a realizar era lo contrario de lo que esperaban los intelectuales y las clases medias progresistas que habían apoyado su candidatura. Los miembros de *Contorno* y de la nueva izquierda con cargos en el gobierno se retiraron. Las críticas unían a intelectuales de izquierda y nacionalistas frente a las manifestaciones de realismo político del presidente.

Pero más allá de las promesas incumplidas y las constantes presiones militares que culminaron con el gobierno de Frondizi antes de que cumpliera cuatro años en el gobierno, dos cuestiones de orden político influyeron en el desenlace final. Por un lado, la cuestión peronista que continuó generando hostilidad en el seno de la sociedad argentina. Y si la política integracionista era atacada por ser vista como una política

⁵⁸ Sarlo, Beatriz, “Estudio...”, op.cit, pag.94.

⁵⁹ Según Terán “el enfrentamiento en torno de esta última cuestión fue el que determinó la ruptura más espectacular entre el gobierno y los intelectuales progresistas que lo habían apoyado”, en Terán, Oscar, *Nuestros años...*, op.cit, pag, 121.

orientada al regreso del peronismo, el peronismo, por su parte, presionaría para impedir la normalización del proceso político. Por otro lado, la cuestión cubana, tema instalado en la política nacional desde 1959. Frente a la radicalización del proceso cubano y su inscripción en la lucha entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el contexto de la Guerra Fría, Frondizi fue objeto de críticas por parte de medios conservadores de permitir la infiltración marxista. Cuba mostraba la proximidad del peligro y esto sirvió, no sólo para la crítica a la política exterior del presidente basada más en el desarrollo que en la seguridad, sino también para la renovación de la doctrina del Ejército donde la nueva guerra de tipo comunista revolucionario, con un enemigo que actuaba en todos los órdenes de la vida nacional estableciendo un nuevo “frente interno”, marcaría la historia nacional y el rol tutelar de las Fuerzas Armadas en el sistema político⁶⁰.

Por su parte, la universidad modernizada fue eco de las tensiones como lo demuestran el debate que se produjo en torno a los subsidios extranjeros. Los universitarios progresistas, como dice Sigal, con un proyecto nacionalista y modernizador, no escaparon al dislocamiento de los discursos inducidos por las políticas frondizistas y escindieron “su comportamiento en el campo cultural y su opciones en el plano político”⁶¹.

Capítulo 2: La radicalización política a fines de los sesenta.

Una de las consecuencias del derrumbe del proyecto político de Frondizi fue el fortalecimiento de la izquierda peronista que, al ver que el peronismo no podía triunfar por medios legales y que iba a ser nuevamente proscrito para las elecciones de 1963, comenzó a ver la acción directa como opción válida. Esta no es por cierto la única razón

⁶⁰ Altamirano, Carlos, “Estudio preliminar”, op.cit, pag.74 y 75.

⁶¹ Sigal, Silvia, *Intelectuales...*, op.cit., p.146.

ya que el enfrentamiento con el vanguardismo y la burocracia sindical o la influencia de la revolución cubana, que llevó en algunos casos a identificar peronismo con fidelismo, fueron también factores determinantes de su surgimiento⁶². Ya cuando en 1966 asumió Juan Carlos Onganía en un nuevo golpe militar denominado Revolución Argentina, la idea de que la única manera de derrotar al régimen era la lucha armada estaba ampliamente instalada entre los grupos de izquierda. Durante los años sesenta y de la mano de ideólogos como John William Cooke, se fueron unificando los objetivos de liberación nacional y revolución social que iba a representar más tarde lo más revolucionario del pensamiento de la izquierda peronista. Con la idea de que la base proletaria del peronismo era la que iba a proveer del potencial revolucionario al Movimiento, Cooke proponía la acción directa como única manera de enfrentar al régimen instalado en 1966. Pero es cierto también que las actitudes y afirmaciones de Perón ayudaron al afianzamiento de la izquierda peronista ya que el líder “reformuló su Tercera Posición para asociarla con las luchas de liberación contra el colonialismo y el neocolonialismo del Tercer Mundo, y pretendió que él y el justicialismo eran los heraldos de tales afanes”⁶³. Perón usó ambigüamente la idea de “socialismo nacional”, autorizó la guerra revolucionaria y halagó a sus combatientes de manera tal que casi todos los peronistas de izquierda le garantizaron su lealtad. La radicalización de la tendencia izquierdista peronista llevó a la creación de organizaciones militantes de base y a la constitución de un amplio movimiento que llegaría a ser dirigido por los Montoneros.

Los Montoneros surgieron a dos años de que las fuerzas armadas tomaran el poder en 1966. Cabe señalar que la génesis del este grupo tan importante para principios de los setenta no provenía de la izquierda peronista sino más bien de la evolución

⁶² Gillespie, Richard, *Soldados de Perón, Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1987, p.59 y 60.

⁶³ *Ibid.*, p.64.

interna del nacionalismo y catolicismo argentinos. Jóvenes militantes de Tacuara, fascinados por el falangismo español y la acción directa, mostraron que “la aceptación de la lucha armada y el florecimiento de las expresiones de nacionalismo izquierdistas y populares no habrían ocurrido nunca en la medida en que lo hicieron sin el fuerte viento de cambio que sopló a través de la Iglesia Católica durante la misma década”⁶⁴. La preocupación por el tema de la pobreza a fines de los años cincuenta durante los papados de Juan XXIII y Pablo VI llevaron a una renovación de las ideas de la institución a través del Concilio Vaticano II y los documentos derivados de él como la encíclica *Populorum Progressio*. Pero si bien el Vaticano, desencadenó el debate ideológico⁶⁵ los sacerdotes obreros se anticiparon a algunas ideas de los documentos del Concilio. Su tarea de trabajo entre los pobres se manifestó políticamente con la creación en 1967 del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo y que, ante el apoyo de miles de sacerdotes en América Latina, presentaron el documento en la Conferencia de Medellín del Episcopado Latinoamericano en Colombia en 1968. El tema que se había instalado era la relación o la compatibilidad entre cristianismo y marxismo y la liberación “no ya del pecado sino de la injusticia, la desigualdad y la miseria”⁶⁶. Esta era la teología radical donde la opción por los pobres y la opción por la liberación era parte del discurso de los sacerdotes radicalizados que se vincularon con los fundadores de Montoneros y vincularon las ideas de la Iglesia con las de Camilo Torres y Guevara.

Y si bien la evolución interna del catolicismo permite comprender la radicalización de este grupo, también hay que tener en cuenta que no fue el único grupo guerrillero surgido a fines de los años sesenta. También aparecieron las Fuerzas Armadas Peronistas, el Ejército Revolucionario del Pueblo y otros grupos armados de

⁶⁴ Gillespie, Richard, *Soldados...*, op.cit., p.79.

⁶⁵ Sarlo, Beatriz, “Estudio...”, op.cit, p.59.

⁶⁶ Ibid, pag. 55

jóvenes que daban cuenta del desencanto producido por el gobierno de Onganía y su ataque a las libertades públicas, la universidad y el mundo de la cultura.

Lo cierto es que desde la revolución cubana las posiciones en el campo cultural se radicalizaron y su influencia es tal en el proceso argentino, que la intelectualidad de izquierda concluyó que había ingresado en una nueva época donde no había lugar para las soluciones de tipo reformista “anunciando la apertura de una típica situación revolucionaria”⁶⁷. Se fortalecía también la idea de que en este proceso valía la pena ser actor y la concepción de que “política y actividad intelectual debían marchar estrechamente unidas”. Esta politización de la cultura que llevó a la valoración de la lucha armada fue quebrada por el golpe de Estado de 1966 que con su ataque a los sectores progresistas de la cultura argentina va a dar lugar a una nueva problematización sobre el rol de los intelectuales, la política y la violencia y la vía armada con una fuerza aún mayor. En lo que se refiere al tema de la violencia, para estos militantes y también para los intelectuales que los acompañaban, la convicción “de que sólo una revolución *violenta* podía conducir a un socialismo auténtico”⁶⁸ se basaba tanto en el descrédito a los sistemas políticos democráticos como a los partidos comunistas. Por otra parte, la idea de que el mismo orden social estaba “fundado en la violencia permitió contraponer la violencia de los opresores contra la violencia revolucionaria”⁶⁹, idea justificada incluso por la Iglesia en casos de tiranía. Gilman agrega que “la noción de revolución iba a llenar toda la capacidad semántica de la palabra ‘política’; revolución iba a ser sinónimo de lucha armada y violencia revolucionaria”⁷⁰.

Y si desde principios de los sesenta se van conformando las distintas organizaciones armadas, el golpe aceleró el proceso de izquierdización de los sectores

⁶⁷ Terán, Oscar, *Nuestros...*, op.cit, p.127.

⁶⁸ Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 2003, p.50.

⁶⁹ Gilman, Claudia, *Entre la pluma...*, op.cit., p.51.

⁷⁰ *Ibid.*, p.51

juveniles vinculados a la universidad ya que, como consecuencia del golpe, la universidad fue intervenida poniendo así fin a las corrientes reformistas y modernizantes y dando lugar a nuevas lecturas de la realidad política por parte de los intelectuales. Pocos años después, el marxismo será la única vía de análisis viable en las ciencias sociales “porque proporciona la única matriz que hace posible plantear adecuadamente la cuestión del método y de la objetividad en las ciencias sociales y sus repercusiones políticas” además de que sólo el marxismo proporcionaría los instrumentos para captar la dominación en el interior de las instituciones intelectuales y académicas y que debe ser defendido de quienes lo vulgarizan y diluyen su potencial de práctica teórica revolucionaria⁷¹.

Estos cambios políticos afectaron también al grupo que había estado vinculado a *Pasado y Presente*, cuya primera etapa concluye en septiembre de 1965, pero que siguió influyendo en la universidad. La Federación Universitaria de Córdoba, centro de la rebeldía estudiantil, era el espacio de mayor influencia del grupo. A pesar de que Onganía decretó la abolición de las organizaciones estudiantiles, los estudiantes organizados en asambleas se constituyeron en importantes instrumentos de movilización y llegarían a ser centrales durante los sucesos del Cordobazo en 1969. Varios de los miembros del grupo de *Pasado y Presente* organizaron la edición de los Cuadernos de Pasado y Presente, que, con las ideas que difundían, fueron parte central del proceso de radicalización masiva⁷². Es a través de la cultura como este grupo interviene en política, es un “proveedor de ideología” que permite la circulación entre los estudiantes de textos como el discurso del Che Guevara en Argelia en 1965 que marcó su ruptura con los dirigentes soviéticos. La edición de los Cuadernos fue el mayor aporte a la difusión de la literatura marxista crítica con el agregado de su amplia difusión por América Latina.

⁷¹ Sarlo, Beatriz, “Estudio...”, op.cit. pag.101.

⁷² Burgos, Raúl, *Los gramscianos...*, op.cit.,p.138.

Sin embargo, no fue éste el único emprendimiento editorial al que estuvieron vinculados ya que estuvieron detrás de la revista *Los Libros* y de la editorial Signos que en 1971 se fusiona con Siglo XXI surgiendo así Siglo XXI Argentina Editores SA y que fue clausurada en 1977. De la mano de Aricó se publicó una nueva traducción de *El Capital* y la primera traducción al español de *Elementos fundamentales de la crítica de la economía política*. Esto, sumado a la edición de obras fundamentales de la tradición socialista y a los propios trabajos de los intelectuales vinculados al grupo, da cuenta de la contribución de los intelectuales vinculados a *Pasado y Presente* a la reconstrucción del patrimonio cultural del marxismo⁷³.

En este proceso, las definiciones en torno al rol del intelectual adquirieron nuevas connotaciones. En primer lugar, la figura del intelectual se acerca tanto a la del intelectual *progresista*, que “el solo contenido de la palabra *intelectual* arrastraba hacia sí ese adjetivo”⁷⁴. Pero no sólo el hecho de pertenecer a la izquierda era un elemento central de la práctica intelectual sino que, además, el intelectual era uno de los principales responsables de la transformación radical de la sociedad abriendo un nuevo panorama en la relación con la *politización* de los intelectuales.⁷⁵ Tanto para los escritores de *Contorno* o para la izquierda de la época, no había dudas sobre la necesidad moral del compromiso y cabe destacar que la influencia de la Revolución Cubana, que no es privativa de la Argentina sino que se extiende por América Latina, afecta también a la politización del intelectual por la importancia que le otorgaba a las vanguardias políticas y la colaboración que ellos podían prestar en el surgimiento de las “condiciones subjetivas de la revolución”. Los intelectuales de la época que visitaban Cuba, daban cuenta del vínculo particular que se estaba creando entre intelectuales y

⁷³ Ibid, p.164.

⁷⁴ Gilman, Claudia, *Entre la pluma...*, op.cit., p.57.

⁷⁵ Ibid., p.61

política. “Intelectual e intelectual comprometido comienzan a acercarse hasta llegar a ser sinónimos”⁷⁶.

Como explica Terán, la débil inserción de los intelectuales en el Estado o en un proyecto político o social los tornó disponibles para poder comunicar su tarea intelectual con la política y unir la revolución a sus proyectos culturales⁷⁷. Luego de experiencias frustradas se abren nuevas zonas culturales segregadas del sector político y “autolegitimada ideológicamente en dicha marginalidad por el hecho de que sus miembros no se solidarizan con el pasado liberal de sus antecesores pero tampoco se sienten parte de la cultura peronista”⁷⁸. Esta doctrina del compromiso que articulaba la participación política con la práctica intelectual o la concepción gramsciana del intelectual orgánico, dan cuenta de un campo donde lo cultural está atravesado por lo político siguiendo los lineamientos de politización de la cultura propios de la década. Y si política y actividad intelectual debían marchar juntas, todas las actividades del quehacer cultural iban a ser impregnadas de política, desde la revista *Pasado y Presente* que reivindicaba la política como la más elevada forma de actividad del hombre⁷⁹ hasta las actividades organizadas en el Instituto Di Tella, que vanamente había intentado separar vanguardia artística y política⁸⁰.

En la misma tónica la idea de que “toda obra de arte es siempre política” defendida por Abelardo Castillo marca el tono de la época en donde todo hecho artístico es medido por su utilidad en relación a la revolución. El lugar distante del pueblo que los intelectuales habían tenido con el peronismo deja lugar al intelectual que se coloca

⁷⁶ Sarlo, Beatriz, “Estudio...”, op.cit., p.102.

⁷⁷ Terán, Oscar, *Nuestros años...*, op.cit., pag.139.

⁷⁸ Ibid, p.141

⁷⁹ Citado por Terán, Oscar, op.cit, pag.143

⁸⁰ Cfr. King, John, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, Asunto Impreso Ediciones, Buenos Aires, 2007. Allí Romero Brest en una entrevista señala: “En el Di Tella yo no permití nunca que se hiciera política. (...) Yo no tengo esa cosa estúpida de creer que la política está encima de todo. De ningún modo, (...). Por culpa de eso es que estamos donde estamos, precisamente.” p.342.

junto al proletariado. La nueva discusión gira en torno del populismo, el acercamiento radicalizado al peronismo, la revolución cubana y la revolución cultural china. Los intelectuales de la época tienden a abrirse de su espacio corporativo para intentar articularse con el proletariado, relativizando en un punto el propio quehacer intelectual. Ya no es el tema el compromiso porque ese es el lugar del que habían partido los intelectuales sino que “se trata más bien del reconocimiento de una dirección general de lo social a cargo del proletariado- o, eventualmente, del Pueblo, en el caso de los nacionalismos radicalizados- que, en sus luchas políticas, producen nuevas formas de cultura”⁸¹. En el campo artístico la unión de la práctica estética y la práctica política alejó de la pintura a los que pusieron al arte al servicio de la revolución. La cuestión intelectual se había disuelto en la cuestión política.

Ahora bien, ante la inminencia de la revolución, el proceso de politización del intelectual lo lleva a un enfrentamiento con el hombre de acción. Es ahí donde se da el pasaje del intelectual comprometido al intelectual revolucionario ya que, como explica Gilman, “las exigencias crecientes de participación revolucionaria devaluaron la noción de compromiso, bajo la cual una gran parte de los intelectuales encontraron sombra y protección durante algún tiempo. Fue manifiesto el intento de redefinición del rol y la función social del intelectual, que, al poner el acento en los requerimientos ‘revolucionarios’ (y no simplemente críticos, estéticos o científicos) de la práctica intelectual, afectó sus criterios de legitimidad y validez. La creciente oposición entre palabra y acción desnudó los límites de la idea de compromiso”⁸². Esto llevó incluso a una serie de valoraciones negativas sobre la identidad del intelectual denominada *antiintelectualismo* que da cuenta de una apuesta por la acción más que por la palabra⁸³.

⁸¹ Sarlo, Beatriz, “Estudio...”, op.cit., pag.104.

⁸² Gilman, Claudia, *Entre la pluma...*, op.cit., p.160.

⁸³ Ibid., p.164 y ss.

Frente a los intentos modernizadores y críticos se levantó lo que Terán llama el “bloqueo tradicionalista” representado por el tradicionalismo argentino que salió en defensa de los valores tradicionalistas y nacionalistas que se veían amenazados por la ola modernizadora. Y es en este quiebre donde los intelectuales ven que los caminos institucionales de la cultura se habían cerrado para siempre y la propia identidad de intelectual se modificaba llevando al vaciamiento de la legitimidad de la propia práctica intelectual.

Los años setenta.

Desde las grandes luchas urbanas del Cordobazo en 1969 hasta el golpe de marzo de 1976, el país vivió un ciclo de movilizaciones sociales y violencia política marcada por un lado por el avance de las organizaciones armadas y por el otro por un Perón que, vuelto del exilio, se reencontraba con su pueblo.

Durante la transición comandada por el general Lanusse, Perón no dudó en incentivar la violencia guerrillera en su intento de vencer al poder militar. Con su llamado a la juventud y sus planteos de “trasvasamiento generacional” y “actualización doctrinaria” no hacía más que justificar la violencia popular instalada ya en amplios sectores de la sociedad. Desde el exilio, Perón alentaba a ese movimiento que convertía en peronistas no solamente a sectores del sindicalismo sino también a la intelectualidad, los jóvenes y grupos social cristianos, que veían el retorno del líder como la única alternativa para salvar al país. Por otra parte, hacia 1972 ya era notable la articulación política entre la Juventud Peronista y la organización Montoneros, en una época de fuerte compromiso militante juvenil que se enfrentaba a la dictadura y a la vieja dirigencia sindical burocrática. La culminación de esto hechos se dio cuando Perón

nombró como secretario general del Movimiento Justicialista a Juan Manuel Abal Medina, hecho que podía interpretarse como un aval de Perón a la acción de los Montoneros.

El breve gobierno de Cámpora en 1973 significó el apogeo de esa Juventud que de a poco se vería relegada de los lugares de poder a pesar del dominio claro que poseía en otros sectores de la sociedad como en el campo de la cultura o la universidad, hegemonizada por la Tendencia. La demanda de institucionalización generaría un punto de conflicto con las organizaciones armadas en un clima caldeado por hechos de acción directa propios del momento, como las tomas de instituciones como hospitales, universidades, fábricas o medios de comunicación que, si bien rápidamente fueron desactivadas, dan cuenta del clima de la época⁸⁴.

En medio de negociaciones para la aceptación del pacto social del nuevo gobierno populista, se comenzó a organizar el retorno de Perón, creando al efecto una comisión en donde predominaba la derecha peronista. La marginada JP y Montoneros movilizaron sus bases para recibir al líder en Ezeiza en lo que sería la mayor concentración de la historia política argentina. Los hechos de Ezeiza terminaron en una masacre cuando los grupos de extrema derecha comenzaron a disparar a la multitud. Comenzaba aquí el camino de separación entre Perón y la Juventud, y para cuando asumiera nuevamente el gobierno, el viejo líder estaría rodeado por grupos de la derecha peronista liderados por el Ministro de Bienestar Social, José López Rega. El propio Perón se ocuparía de excluir la corriente interna que representaba a la Tendencia en un trabajo de redefinición política ideológica en el cual colocaba en el campo enemigo a la izquierda peronista, a lo cual la Tendencia respondería con la “teoría del cerco”, tratando de justificar de manera conspirativa las palabras del líder. Las decisiones no

⁸⁴ Maristella Svampa, “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”, en James Daniel, *Violencia, proscripción y autoritarismo, 1955-1976*, Nueva Historia Argentina, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007, p.400 y ss.

pertenecían al propio Perón sino a su entorno y específicamente a López Rega, empeñado en distanciar al líder de su pueblo. Y si bien la Juventud intentó romper el cerco, pronto se hizo claro el viraje de Perón y el comienzo de la purga ideológica que marcaría la retirada de la Tendencia y el avance de la derecha peronista.

La purga comenzó en la política pero llegó rápidamente a la Universidad de Buenos Aires, lugar clave de la izquierda peronista. Luego de la intervención de Lanusse para controlar las “Cátedras Nacionales”, de la cual se beneficiaron los sectores de izquierda que apoyaban las cátedras marxistas, la izquierda dominaba la universidad. En octubre de 1973, el ministro de Educación Jorge Taiana le pidió la renuncia a Puiggrós, dando cuenta del desplazamiento de la izquierda que estaba siendo operado.

Los intelectuales que se habían nucleado en torno al proyecto de *Pasado y Presente*, volvieron a organizarse en 1973 editando un nuevo número de la segunda fase de la revista. En esta nueva fase se publicaron dos números, en los que colaboraron José Aricó, Oscar del Barco, Jorge Feldman, José Nun, Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre y Jorge Tula, con la pretensión de discutir la posibilidad de constitución de una fuerza revolucionaria socialista desde la posición del “intelectual orgánico”. En el primer número se incluía un análisis político que destacaba la importancia del movimiento popular cordobés. En diciembre de ese mismo año, luego de la fusión de FAR y Montoneros, señalaban la importancia del hecho marcando el momento de mayor simpatía con las organizaciones armadas, sin manifestar expresamente vínculos con las organizaciones. Las relaciones de *Pasado y Presente* con Montoneros se establecieron a través de las relaciones de miembros del grupo con Roberto Quieto, compañero de Portantiero en su escisión del PC. La nueva etapa de la revista va a estar

marcada por una participación en la acción política inmediata, a pesar de que no forma parte de ningún grupo político organizado.

La revista instaba a la izquierda a permanecer dentro del peronismo para la construcción de un movimiento de masas e insistía que el movimiento social debía estar hegemonizado por los obreros de la fábrica ya que allí podía fusionarse la lucha antiimperialista con la socialista. Esta breve fase de la revista terminó cuando el proceso se radicalizó y se agotaron las posibilidades de ser consejeros en el proceso. De esta forma demostraban que nunca se decidieron a abandonar la intervención cultural e ideológica y en los años que siguen, la actividad del grupo estará vinculada al trabajo editorial en siglo XXI que fue cerrada en abril de 1976 luego del golpe con el cual varios de los miembros del grupo partieron al exilio.

Con la llegada de Perón al poder se hizo cada vez más clara su intención de excluir a la corriente interna de izquierda. Este dramático desencuentro con el pueblo terminó en una ruptura final en la histórica plaza el 1° de mayo y en un avance de la derecha en los diferentes campos con su avance de procedimientos autoritarios que presagiaban épocas futuras. Cuando Perón murió el 1° de julio de 1974, además de cerrarse una etapa en la historia argentina, comenzó otra marcada por una violencia política cada vez más acentuada. Isabel Perón asumió la jefatura del gobierno con el proyecto de la eliminación total del ala izquierdista y, utilizando para ello metodologías del terrorismo de Estado. Con su principal asesor, López Rega, crearon la triple A, organización clandestina formada para eliminar adversarios políticos, que dejó un tendal de víctimas en su camino. La política represiva también se desarrolló en el orden sindical y cultural. En medio de una situación política y económica cada vez más degradada, el ministro de economía Celestino Rodrigo aplicó drásticas medidas de ajuste que impactaron fuertemente en la opinión pública y provocaron la reacción de los

sindicalistas que paralizaron el país. Esto provocó la renuncia de López Rega pero esto no impediría el aumento de la violencia entre la izquierda y los grupos de extrema derecha. Las organizaciones armadas subordinaron su lucha a la lógica militar y esto dio pie a que el Ejército recuperara su papel de salvador de la patria y su posterior toma del poder en marzo de 1976. Una época marcada por el terror y la represión en donde muchos de los militantes comprometidos en los sesenta terminaron muertos o en el exilio.

Segunda Parte: Intelectuales y participación política en los ochenta. El Grupo Esmeralda

Capítulo 1: El campo cultural en la década del ochenta.

Los desplazamientos teóricos de la izquierda intelectual.

La caída de la última dictadura militar inició, en la sociedad argentina, el pasaje de una cultura política de matriz autoritaria a otra de tipo democrática. Es cierto que la cultura política autoritaria no se limitaba a los regímenes militares sino también a configuraciones político-culturales de sectores del peronismo y la izquierda⁸⁵.

Este proceso incluye también la reforma de las relaciones entre cultura y política en donde el cambio que empieza a visualizarse tiene que ver con los cuestionamientos dentro de los sectores de izquierda, que habían hegemonizado el campo intelectual desde mediados de los cincuenta, como se explicó anteriormente. Porque si bien la hegemonía del autoritarismo está en retirada, también lo están los principios que habían legitimado las prácticas culturales durante los años sesenta y setenta. Es el abandono del fundamento revolucionario lo que va a dejar lugar a una nueva cultura política democratizante que va a implicar la redefinición del rol de intelectual y de sus relaciones con la política.

Como explica Roxana Patiño, el sector del campo cultural que realizó el viraje más importante fue una fracción de la izquierda intelectual y del peronismo tomando una problemática tradicionalmente ajena a su agenda y generando un intenso debate sobre la construcción de un consenso en torno a un orden institucional plural y estable que rompiera con la maldición de la historia política argentina⁸⁶. Tanto los intelectuales de izquierda como los del peronismo se habían acercado en los sesentas al modelo del

⁸⁵ Patiño, Roxana, *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, Cuadernos de Recienvenido/4, en www.fflch.usp.br

⁸⁶ Patiño, Roxana, "Culturas en transición: reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta", en *Revista Interamericana de Bibliografía*, XLVIII, 2, 1998.

intelectual “comprometido” que perseguía el ideal revolucionario como forma principal de solucionar los conflictos sociales, siguiendo el influjo de la Revolución Cubana a partir de la cual se considera a la guerrilla urbana como el medio más eficaz para la reforma revolucionaria de la sociedad. Como explica Patiño “la revolución como fundamento de toda práctica intelectual, social y política, llevó a la conciencia de que la primera estaba subordinada necesariamente a las otras, al punto de generar en el intelectual y el escritor “contestatario”-hijo del escritor comprometido- un “antiintelectualismo” en el que toda instancia reflexiva y creativa se concebía fuera de los espacios aislados tradicionalmente para estas tareas y fuertemente vinculada a todas las expresiones de la esfera política”⁸⁷. Esta apertura no implicaba el abandono total del intelectual de su campo específico sino la ampliación a los otros campos de la sociedad y especialmente los sectores populares. En este proceso que va de “la politización de la cultura hasta la militarización de la política” se encontraba por un lado esa autoculpabilización en relación a su cultura política tradicional y la redención que venía a darse por la opción revolucionaria. Pero esta operación no implicó la anulación de la cultura en la política sino que la opción de dar el primado a la política fue expresión de la autonomía del campo intelectual.

Estas tendencias de la izquierda revolucionaria y del peronismo son las que comienzan a ser reprimidas en el 75, como explicamos más arriba. La derrota de los ochenta coincide con las desapariciones y el exilio pero también con el final de la hegemonía del socialismo revolucionario a nivel internacional y el fracaso de relatos como el marxismo para la explicación de la sociedad. Esto llevó a los intelectuales a la búsqueda de otras claves que por un lado explicaran el fracaso de las opciones pasadas y el avance de las dictaduras y el autoritarismo instaurados en América Latina. Esta

⁸⁷ Patiño, Roxana, “Culturas...”, op.cit., p.2.

reflexión está acompañada por la revisión de la teoría marxista en sectores de la izquierda intelectual que van a llevar al abandono del concepto de la lucha de clases y de la idea de que la clase obrera era el único sujeto histórico del cambio y también al abandono de la idea de revolución como medio de pasaje al socialismo y que conlleva a la revalorización de la democracia.

Esta revisión de las ideas marxistas que avalaron la lucha armada van precedidas de la idea de la derrota⁸⁸, que fue analizada en detalle por el grupo de intelectuales de la ‘nueva izquierda’ que se exiliaron en el México culturalmente floreciente de la década del ochenta y que anteriormente se habían agrupado en torno a *Pasado y Presente*. En México editaron los catorce números del periódico *Controversia. Para el análisis de la realidad argentina* entre los años 1979 y 1981. La dirección estuvo a cargo de Jorge Tula y su consejo de redacción estuvo formado por Sergio Bufano, Carlos Abalo, José M. Aricó, Ricardo Nudelman, Rubén Caletti, Nicolás Casullo, Oscar Terán, Héctor Schmucler y Juan Carlos Portantiero, grupo que se reunía también en el Grupo de Discusión Socialista. La revista entonces se constituye en un espacio de debate en donde se tomaba el tema de la derrota de los proyectos populares como tema central. En su primer número señalaban que “muchos de nosotros pensamos, y lo decimos, que sufrimos una derrota atroz. Derrota que no sólo es consecuencia de la superioridad del enemigo, sino de nuestra capacidad para valorarlo; de la valoración de nuestras fuerzas, de nuestra manera de entender el país, de nuestra concepción de la política”⁸⁹. Ahora bien, si esta derrota implicaba una autocrítica y una revisión de los supuestos intelectuales que habían llevado a ella y una revalorización de la democracia representativa, es interesante destacar que el referente intelectual principal para este

⁸⁸ Aricó, José, *La cola...*, op.cit, p.40.

⁸⁹ Citado en Casco, José, *Política y cultura en la transición democrática. Un análisis del mundo cultural argentino a través de la revista Controversia*, Jornadas de Jóvenes Investigadores, IIGG, www.iigg.fsoc.uba.ar, acceso sep.2007, p.3.

pasaje conceptual fue Antonio Gramsci⁹⁰. Como bien explica Lesgart, Gramsci fue útil no solamente por el papel que les otorga a los intelectuales, que permite dejar de lado el modelo de intelectual antagonista del poder por un modelo que le permite participar en los gobiernos y asuntos de Estado, sino también por la construcción de la idea de la democracia como reforma intelectual y moral⁹¹.

Como se mencionó más arriba, en los años ochenta la vía revolucionaria al socialismo entraba en crisis. No solamente la Unión Soviética dejaba de ser una alternativa como modelo de sociedad, sino que ante los fracasos del “foquismo” en América del Sur y de los gobiernos de Vietnam, Camboya y la evolución de China luego de la muerte de Mao y el descrédito de la revolución cultural comenzaron a buscarse otros modelos conceptuales para redefinir del marxismo y la izquierda y sus maneras de entender y la política⁹². Como explica Lesgart, “de aquí en más, las reflexiones sobre los sentidos y significados de la política provocan una serie de desplazamientos que van desde el primado de la economía hacia la valoración de la política como dimensión autónoma; desde el acento en los conflictos de clase hasta la construcción de hegemonía; desde el énfasis en un sujeto motor de la historia hasta el descubrimiento de una multiplicidad de actores que se organizan en instituciones y/o espacios públicos hasta entonces no considerados, como los movimientos sociales; desde la centralidad del Estado hacia el discernimiento de una instancia política-pública no estatal pero a la que tampoco se la considera privada, la sociedad civil”⁹³.

Es a comienzos de los años setenta que se produjo la convergencia entre los partidos comunista francés e italiano en torno a un proyecto nuevo conocido como el

⁹⁰ El análisis del pasaje conceptual de la izquierda intelectual está tomado de Lesgart, Cecilia, *Los usos...*, op.cit.

⁹¹ Lesgart, Cecilia, *Los usos...*, op.cit, p.160.

⁹² Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin del siglo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1990, p. 147 y ss.

⁹³ Lesgart, Cecilia, *Los usos...*, op.cit., p.162.

eurocomunismo. Italia será en esto el principal referente intelectual por su reforma del Partido Comunista que realizó una revisión del marxismo. El inspirador del proyecto es el secretario del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, que “se define por descartar de forma explícita la vía revolucionaria en los países desarrollados de Occidente, y en particular en Europa, afirmando por el contrario la vigencia en estos países de la *democracia formal* a lo largo de todo el proceso de transición al socialismo”⁹⁴. Basado en la doble crítica a los socialismos reales del este europeo y a la URSS, el eurocomunismo rechaza la vía revolucionaria y adopta las reglas del liberalismo político que implicará la aceptación de la democracia parlamentaria y la admisión del pluralismo político y la democracia económica desarrollada para la construcción del socialismo. El eurocomunismo coincide también con nuevas corrientes ideológicas surgidas en el sur de Europa cuyo dilema es diferente de la disyuntiva revolución o democracia y que intenta encontrar una *tercera vía* entre la socialdemocracia y el comunismo soviético. El Partido Socialista Francés, el PSOE y el PASOK griego intentan por un lado romper con el capitalismo tratando de superar el modelo socialdemócrata pero evitando los problemas del modelo soviético. Estos intentos de “tercera vía” no fueron demasiado exitosos ni en Francia ni en Italia y los fines de los años setenta fueron los del comienzo de la crisis del marxismo y el eurocomunismo “fue el último intento de reconciliar marxismo y socialismo democrático en Occidente” y comenzaría la ofensiva de los filósofos contra el marxismo y el surgimiento de la nueva derecha⁹⁵.

La recuperación de Antonio Gramsci que se realizó en este proceso intelectual del marxismo latino, y al que no escapan los intelectuales del cono sur, permite la revalorización de la política frente a la determinación de lo económico pero también el

⁹⁴ Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio...*, op.cit, p.156.

⁹⁵ *Ibid.*, p.163 y 164.

reconocimiento del carácter plural de las luchas políticas, lo cual implicaba desplazar del lugar central a la clase obrera para dar lugar a diferentes actores sociales y políticos no tan fáciles de agrupar dentro de la categoría de alianzas o lucha de clases. El surgimiento de los nuevos movimientos sociales permite abandonar la idea de un sujeto único con una misión histórica. Con respecto a la relación entre el Estado y la sociedad civil el foco se colocaba críticamente sobre el rol del estado latinoamericano por su concentración de demandas políticas para poner en el centro a la sociedad civil como el lugar de resolución de los conflictos. Ella será el espacio de las nuevas formas organizativas,⁹⁶ frente a los errores del Estado del Bienestar. La construcción de la nueva política no puede basarse ya en el Estado sino en la construcción de una identidad política y simbólica común basada en reglas normas e instituciones. Las expectativas se colocan del lado de la producción de un orden y sujetos colectivos que se supone que pospondrían sus reivindicaciones e intereses para lograr la producción de ese nuevo orden democrático y sus instituciones, consideradas ahora mejores a la hora de resolver los conflictos.

Detrás de todas estas reflexiones estaba Gramsci, el intelectual que reflexionaba desde la derrota del fascismo y que iluminaba a los pensadores locales derrotados por las dictaduras y los exilios. Gramsci permitió la renovación de la izquierda en clave democrática y socialista, y esto no solamente para los intelectuales de la nueva izquierda en el Cono Sur, sino también a nivel internacional ya que su figura se destacó en seminarios y congresos de la época, como los de Morelia en México en 1980 y Ferrara en Italia en 1985, además de la publicación de varios de sus textos en los Cuadernos de Pasado y Presente. Como decía críticamente Aricó,

“El desengaño de los sesenta, la conciencia de haber sido parte de un movimiento cargado de esperanzas y de ceguera, llevó a muchos de nosotros a

⁹⁶ Lesgart, Cecilia, *Los usos...*, op.cit., p.166.

descubrir en Gramsci algo más que un hombre de cultura y un ciudadano virtuoso. Porque el reconocimiento de la derrota, y la constancia de los ideales, nos obligaba a pensar en otras formas de acción que fueran capaces de conjugar política y ética, realismo y firmeza moral, modificaciones presentes y anticipaciones futuras; porque no podíamos eludir la responsabilidad de medimos con los hechos; porque dejamos de estar soberbiamente seguros de lo que sosteníamos debimos reencontrar a Gramsci. Fueron esos años despiadados de muerte y de exilio, los años en que con heroico furor los intelectuales latinoamericanos frecuentaron sus escritos, difundieron sus interrogaciones desde la cátedra y los centros de enseñanza, se apropiaron de sus reflexiones para medirlas críticamente con una realidad que se aceptaba, ¡por fin!, mutante y diferenciada.”⁹⁷

Con la publicación de sus escritos y la reinterpretación de sus análisis se recuperó un término crucial para la intelectualidad de izquierda como es el de hegemonía y la categoría de construcción de hegemonía. Ellos contribuyeron a una nueva mirada sobre la política y al abandono de la primacía de lo económico y la reducción del análisis político al conflicto social, y ayudaría a focalizarse en los conflictos propiamente políticos que debían ser distintos de los sociales y también para dar la posibilidad a la idea de una “transformación política no insurreccional” que asalte el Estado. El debate tiene que ver con la adopción de una alternativa política democrática que lleva de suyo el abandono de la mirada de la política como guerra. Como dice Lesgart “esta operación de retorno gramsciana de los años ochenta, contribuye a pensar a la política como la creación de un espacio común en el que todos se reconozcan como partes, como cooperación para luchar por la dirección de la sociedad sin destruirse mutuamente, como creación de un campo común de conflictos entendido como combinación de consensos y disensos, como pluralismo conflictivo, como moderación de los comportamientos y reconocimiento del otro”⁹⁸.

Por otra parte, el concepto de hegemonía ayudó a acercar la distancia entre la práctica intelectual y la partidaria que, en el caso de los intelectuales argentinos, permitió salir de una tradición contestataria imposible de conciliar con una cultura del

⁹⁷ Aricó, José, *La cola...*, op.cit., p.40.

⁹⁸ Lesgart, Cecilia, *Los usos...*, op.cit, p.176.

orden político y que permitirá pensar un cambio en la cultura política para integrar una opción de gobierno dejando de lado las prácticas de permanente oposición al régimen político y al capitalismo para tener la posibilidad de ser una opción responsable de gobierno.

Además el término hegemonía acompaña la reflexión de los intelectuales y su relación con las clases subalternas. La nueva mirada sobre el papel de los intelectuales que deben intermediar con el pueblo conlleva una crítica al populismo y al socialismo clásico y propone un cambio histórico en donde el centro no está puesto en el Estado sino en el gramsciano Estado ampliado. Esta mirada sobre lo político como momento superior de la totalidad de las relaciones de las fuerzas sociales y sobre la sociedad civil, vista no como una instancia opuesta al Estado sino como categoría que permite pensar las transformaciones descentradas del Estado, va a llevar a la intelectualidad a participar en distintas instancias de gobierno intentando gestar una nueva relación con las masas y gestando un proyecto de reforma intelectual y moral.

El campo cultural en la transición democrática.

Los pasajes teóricos operados por este grupo de la izquierda intelectual dejarían su impronta en la Argentina de los ochenta con el retorno de estos intelectuales del exilio. Los debates en el interior del campo daban cuenta de los enfrentamientos entre los que se habían quedado y los que se habían ido, pero también de la nueva postura que debían tomar los intelectuales ante los nuevos escenarios que se les planteaban. Es a través del periodismo cultural y literario que se puede estudiar la redefinición de la identidad de los intelectuales pero también las tomas de posiciones, polémicas y debates internos del campo. Estas polémicas y debates por la recolocación de los intelectuales

de izquierda y del peronismo, comenzaron en el exilio –como es el caso de *Controversia*-, se instalaron en la Argentina de los ochenta, y se concretaron entre 1984 y 1987⁹⁹, en “un conjunto de revistas que conforman el entramado de la disidencia cultural al régimen: *Punto de Vista*, *Nova Arte* (1978-1980), *Brecha*, *El Ornitorrinco*(1977-1987), *El Porteño*(1982-1992), entre las principales”¹⁰⁰. Estas revistas funcionaron como instancias de recomposición del discurso de los años sesenta y setenta, interrumpido por el golpe.

La revista clave para la comprensión de este proceso es *Punto de Vista*, ya que desplegó las consecuencias de la reforma intelectual en torno a los paradigmas del marxismo y del nacionalismo populista continuando con la revisión comenzada por *Controversia*. *Punto de Vista* comenzó a publicarse en 1978, en plena dictadura militar, y fue el más exitoso de los proyectos encarados no sólo por su extensa duración, sino también por el rol que ocupó en la reconstitución del campo intelectual destruido por la dictadura y porque se constituyó en un punto de referencia dentro del campo intelectual y fue reconocida así en el extranjero¹⁰¹. La revista, cuyo grupo fundador estaba compuesto por los críticos literarios Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y María Teresa Gramuglio, el escritor Ricardo Piglia y el psicólogo e historiador Hugo Vezzetti, nació en contacto con una red de publicaciones internacionales y, citando a Roxana Patiño, se ocupó de “poner en circulación otros discursos –desde la crítica cultural y la teoría literaria hasta la reflexión sociológica y la historia cultural- que en sí mismos implican una opción intelectual refractaria a los discursos autoritarios, no sólo políticos sino propiamente culturales. Se torna posible tener una intervención política progresista y de

⁹⁹ Patiño, Roxana, *Intelectuales...*, op.cit.,p. 7

¹⁰⁰ Ibid, p.8

¹⁰¹ Sobre *Punto de Vista* ver: Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo, “El regreso de la democracia y la consolidación de nuevas élites intelectuales. El caso de “*Punto de Vista: Revista de Cultura*”. Buenos Aires (1978-1985)”, en Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo, *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Madrid, 2000,

resistencia en la esfera pública *desde* este tipo de discursos, no fuera de ellos”¹⁰². Este grupo cultural había formado parte de *Los Libros*, proyecto que quedó trunco a mediados de los setenta, y del que *Punto de Vista* fue una continuación. Con el objetivo de reemplazar los mecanismos institucionales bloqueados en el campo cultural, estos intelectuales y otros que se sumaron comenzaron a realizar reuniones informales de discusión de las que surgió la publicación a fines de 1977. Durante el primer período la revista circulaba de manera restringida y sus autores firmaban con seudónimos¹⁰³. En 1981 con la publicación del primer editorial y la constitución de un Consejo de Redacción¹⁰⁴, se inició una nueva etapa en la revista, paralela al aflojamiento de la censura, que permitió la posibilidad de explicitar su horizonte ideológico cultural, heredero de *Contorno*. La revista señalaba su propósito de revisar la cultura argentina y, de allí en adelante, va a realizar dos operaciones, primero la de puesta al día de la crítica y segundo una redefinición de las líneas de la tradición literaria argentina.

En la revisión de la crítica intentó avanzar respecto de las teorías dominantes de la década pasada hacia nuevos paradigmas que les permitieran realizar otras miradas sobre el funcionamiento de la cultura desde la tradición marxista. Para ello la revista introdujo el pensamiento inglés a través de los críticos Raymond Williams y Richard Hoggart, que le permitían leer zonas no estudiadas de la cultura argentina por la izquierda, pero también el pensamiento norteamericano y el de la escuela de Frankfurt. *Punto de Vista* se posicionó así como un puente entre lo global y lo nacional y como portavoz de la modernidad forjándose un lugar central en el espacio cultural argentino. Con la introducción de Williams, Hoggart y Pierre Bourdieu -con su enfoque de la importancia del orden simbólico dentro del análisis social y su reflexión sobre

¹⁰² Patiño, Roxana, *Intelectuales...*, op.cit., p.10

¹⁰³ Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo, “El regreso...”, op.cit., p.222.

¹⁰⁴ Esto sucede en el n° 12 de julio-octubre de 1981, cuando por primera vez se publica una Declaración de Principios y se constituye un Consejo de Redacción compuesto por Carlos Altamirano, María Teresa Gramuglio, Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo y Hugo Vezzetti.

intelectuales- entre otros, el grupo “hace un uso combinado de las ideas de estos autores como herramientas de análisis y como fundamentos programáticos”¹⁰⁵.

En cuanto a la redefinición de las líneas de la tradición literaria argentina realizaron un proceso de relectura de la literatura argentina que iba desde Sarmiento a *Contorno* y que alcanzó sobre Borges y la revista *Sur*, avanzando sobre temas que no habían sido abarcados por la izquierda intelectual. Como dice Roxana Patiño la revista “completa aquello que *Contorno* no había podido leer; revisa y reordena lo que un nuevo paradigma de lectura posibilita una vez reprocesadas claves político-ideológicas que operaron como barreras para una ampliación de la mirada crítica en las décadas anteriores”¹⁰⁶.

Durante la transición a la democracia, la revista aumentó su tamaño y mejoró su calidad de edición y comenzó a publicar separatas con traducciones de trabajos de autores como Habermas o Said. Por otra parte, los temas literarios y culturales dejaron lugar a otros, que definirían la agenda de los intelectuales del momento, vinculados a la búsqueda del nuevo lugar del intelectual que la revisión de los presupuestos ideológicos de la izquierda demandaba. *Punto de Vista* asumió esa tarea y la organizó en la revista a través de artículos de tipo histórico, en los que, Sarlo especialmente, buscaba en el pasado las claves de las posiciones del momento revisando los postulados ideológicos de la cultura de izquierda desde los años cincuenta hasta los ochenta destacando la visión dogmática y dicotómica de los procesos político sociales¹⁰⁷. Pero también daba cuenta del nuevo sentido común surgido del nuevo discurso cultural proveniente del peronismo que alimentó a la “nueva izquierda”. Sarlo avanzó así sobre la necesidad de una autocrítica diciendo que “nuestra autobiografía tiene un lugar abierto para nuestras responsabilidades: somos parte de lo ocurrido en la Argentina, y haber sufrido no es una

¹⁰⁵ Plotkin, Mariano y González Leandri, Ricardo, “El regreso...”, op.cit., p.226

¹⁰⁶ Patiño, *Intelectuales...*, op.cit., p.14

¹⁰⁷ Patiño, *Intelectuales...*, op.cit. p.14

razón para que en la reconstrucción del pasado nos olvidemos de nosotros, cuya soberbia nos hizo creer, en algunos momentos, que en la claridad de la revolución futura nos habíamos convertido en amos de la historia”¹⁰⁸. Esta autocrítica implicaría también el reconocimiento de la decadencia de la cultura política de izquierda que impedía dar cuenta de las transformaciones de la sociedad contemporánea y que reclamaba la necesidad de la reforma intelectual de la izquierda. Carlos Altamirano lo explicaba de esta manera: “¿Todo ello no torna necesario para la izquierda una reforma intelectual y política que la arranque de su posición subalterna, una reforma que la libere del doctrinarismo en la reformulación de los problemas y las alternativas que, a la vez, sustraiga a la cultura y la investigación crítica de su politización (su “facciosidad”) inmediata?”¹⁰⁹.

Las propuestas de búsqueda de nuevas alternativas para esa aspiración de una sociedad mejor se encontraban en otra serie de artículos de gran complejidad teórica presentes en la revista a lo largo de 1984, y que están a cargo de Juan Carlos Portantiero¹¹⁰, José Nun y Emilio de Ipola y que se ocupaban de una temática estructural de la transición democrática como era la relación entre socialismo y democracia y el análisis del posmarxismo y la organización de un orden democrático. La elaboración teórica de los intelectuales llevó a una recuperación de la idea de la sociedad como acción de los hombres, lo que implicaba una ruptura epistemológica con otro tipo de visiones “deterministas” sobre los comportamientos sociales, y era una opción hacia el subjetivismo en el contexto de una situación de crisis de los modelos dominantes de organización social. Asimismo la mirada peyorativa sobre la noción de

¹⁰⁸ Sarlo, Beatriz, “Una alucinación dispersa en agonía”, *Punto de Vista*, n° 21, 1984.

¹⁰⁹ Altamirano, Carlos, “Imágenes de la izquierda”, *Punto de Vista*, n° 21, 1984.

¹¹⁰ Juan Carlos Portantiero regresó a Buenos Aires del exilio mexicano en 1983. En 1985 ingresó como investigador del Conicet y concursó a la cátedra de Teoría Sociológica en la carrera de Sociología de la UBA, en la que fue profesor titular durante varios años. Fue decano de la misma facultad entre 1990 y 1998 de donde llegó a ser profesor emérito. Cf.: Tarcus, Horacio, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007, p. 520-523.

orden por su asociación con los proyectos conservadores, fue resignificada al considerar que “en tanto el orden es el resultado de la acción colectiva en un determinado estado de relación de fuerzas que es de por sí cambiante, éste no puede juzgarse *a priori* sino sólo en relación con las formas concretas que éste asuma”¹¹¹. Esto les permitió avanzar en la indagación sobre las formas de orden en las sociedades contemporáneas y la búsqueda de un orden que mantenga la posibilidad del disenso y allí se relocaliza la democracia como una forma de orden. En el primero de estos números de la revista titulado “La izquierda: crisis de una cultura política”, Juan Carlos Portantiero abordaba la discusión en torno a la “democracia formal” y “democracia real” diciendo que “la democracia es también necesariamente ‘formal’ y no podría ser de otra manera, pues remite a la construcción de un orden político”. Aquí entraba la idea de hegemonía pluralista, a partir de Gramsci, “que ve en el consenso una realización que no disuelve las diferencias, que reconoce la legitimidad de los disensos y que articula la posibilidad de procesarlos”¹¹². Y si bien la democracia no es identificable con el Estado liberal, lo que es claro es que el socialismo no podrá prescindir de elementos culturales y políticos del liberalismo ya que “a la teoría política del socialismo le ha sobrado Rousseau y le ha faltado Locke. Por ese exceso y por ese defecto le ha nacido la tentación de Hobbes”¹¹³.

Retomando debates internos del marxismo, José Nun en “La rebelión del coro” daba cuenta de cómo la vida cotidiana, el coro, que ha comenzado a rebelarse, lo que manifiesta no es, como afirman algunos apresurados, el fin del proletariado como sujeto revolucionario sino “el fracaso del discurso heroico sobre la clase obrera”. La crítica al reduccionismo de clase, que otorgaba a la clase obrera la misión de liberar a la

¹¹¹Baldón, Micaela, “Intelectuales, sociología y democracia. La perspectiva democrática de Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola durante los años ochenta”, V Jornadas de Sociología, Universidad Nacional de La Plata, Diciembre de 2008, p. 7.

¹¹² Portantiero, Juan Carlos, “Socialismo y democracia: una relación difícil”, *Punto de Vista*, n° 20, mayo de 1984, p. 4 y 5.

¹¹³ *Ibid.*, p.5.

humanidad en su conjunto, impedía ver el potencial transformador de los sectores populares. Lo cierto es que la recuperación de ese “mundo de la vida cotidiana de los oprimidos”, debía verse como “una decisión *estratégica*, a la que se liga estrechamente cualquier posibilidad de construir una genuina democracia socialista”¹¹⁴. También abordaba el autor la relación entre el socialismo y la democracia. Una moderna democracia socialista debía incluir, decía, formas representativas en la que se debe tratar de “democratizar los sistemas de autoridad en todas las áreas de la vida”. Ahora bien, los sectores de izquierda que han revalorizado el gobierno representativo se enfrentaban a la opción de aceptarlo y dejar el socialismo para después y de ahí el recurso a lo que llama el “etapismo”¹¹⁵. Sin embargo, Nun consideraba que “entre el gobierno representativo y el socialismo no hay incompatibilidad ni práctica ni de principio” ya que implican niveles de acción diferentes y “la lucha por el restablecimiento del gobierno representativo en el plano de la política nacional de ninguna manera excluye la lucha simultánea por la democratización de los sistemas de autoridad en la familia, en el lugar de trabajo, en el barrio o en el sindicato”¹¹⁶ en un llamado a desarrollar formas de participación autónoma en cada nivel.

Por su parte, Portantiero y De Ipola consideraban que la crisis social “debe ser leída como construcción, como positividad, como productividad” en donde al haber sucumbido las certezas y haber cuestionado la centralidad de nuevos sujetos sociales se abre el camino para la afirmación de nuevos sujetos. Es allí donde los autores, en base a la distinción entre las *reglas normativas* y las *reglas constitutivas* de la acción política a su vez irreductibles, y el reconocimiento como regla constitutiva “del derecho legítimo a la existencia de una pluralidad de reglas normativas específicas”, rescataban la idea de “pacto democrático” que significaba “un compromiso que, respetando la especificidad

¹¹⁴ Nun, José, “La rebelión del coro”, *Punto de Vista*, n° 20, mayo de 1984, p.11.

¹¹⁵ Nun, José, “Democracia y socialismo”, *Punto de Vista*, n° 22, de 1984, p. 26

¹¹⁶ Nun, José, “Democracia...”, op.cit, p.26.

de los movimientos sociales, delimite un marco global compartido dentro del cual los conflictos puedan desenvolverse sin desembocar en la anarquía y la diferencias coexistan sin disolverse”. El pacto, que permitía apartarse tanto de la identificación de la política con la guerra como con el rito, aparecía como “el único esquema de referencia que permite reconciliar la existencia de una pluralidad, potencialmente conflictiva, de sujetos sociales, con un principio ordenador que intermedie en las oposiciones sin anularlas y haga valer los requerimientos de cooperación necesarios para la convivencia social”¹¹⁷. No bastaba con que el pacto existiese sino que era necesario que los sujetos sociales lo asumiesen como propio y “que asuman la necesidad de proyectarse más allá del horizonte de sus particularismos reivindicativos y acuerden la prioridad a la construcción de un orden colectivo vinculante”¹¹⁸. En la instrumentación del pacto hay una dimensión ética que supone reconocer al otro en su diferencia pero también “rehusarse a aceptar ninguna instancia (llámese clase, vanguardia, partido, etc.) ni como absoluta, ni como central, ni como depositaria de ‘misión histórica’ alguna; que supone, en fin, que si algo como la verdad existe en el campo de la política (...) (ella) se manifiesta allí bajo las formas de desplazamiento, la alternancia, de las respuestas fragmentarias, de las síntesis provisionarias –válidas en tanto se asuman como provisionarias”¹¹⁹. La democracia entonces, operaría como base de un orden plural en el cual el proyecto socialista podría desarrollarse o construirse.

El reacomodamiento de la izquierda dentro del campo intelectual permitió la confluencia de la izquierda intelectual que se agrupaba en *Punto de Vista*, con los miembros de *Controversia* y del Grupo de Discusión Socialista vueltos del exilio y esto permitió que Juan Carlos Portantiero y José Aricó pasasen a ser miembros del Consejo

¹¹⁷ De Ipola, Emilio, Portantiero, Juan Carlos, “Crisis social y pacto democrático”, *Punto de Vista*, n° 21, agosto de 1984, p.19.

¹¹⁸ *Ibid.*, p.19.

¹¹⁹ De Ipola, Emilio, Portantiero, Juan Carlos, “Crisis...”, *op.cit.*, p20.

de Redacción de *Punto de Vista*. Por otra parte, los intercambios y la confrontación de las posiciones en torno de la práctica de las izquierdas durante las décadas pasadas permitieron finalmente la convergencia de estos dos grupos con coincidencias teóricas y políticas, en el Club de Cultura Socialista que nació públicamente en julio de 1984. El “grupo fundador” estaba constituido por José Aricó, principal promotor del proyecto, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Juan Carlos Portantiero, María Teresa Gramuglio, Sergio Bufano, Marcelo Cavarozzi, Alberto Díaz, Rafael Filipelli, Ricardo Graciano, Arnaldo Jáuregui, Domingo Maio, Ricardo Nudelman, José Nun, Osvaldo Pedroso, Sergio Rodríguez, Hilda Sabato, Jorge Sarquís, Jorge Tula, Oscar Terán, Hugo Vezzetti, Emilio de Ipola.¹²⁰

Se constituyeron como Club para separarse por un lado del formato de asociación académica y por el otro, para “evitar que la denominación fuera interpretada como un eufemismo para anunciar la constitución de una nueva fuerza o partido político” y asumiendo en su ideario y estilo de funcionamiento “los valores recobrados por la sociedad argentina en el retorno del Estado de Derecho: la democracia, el pluralismo, el tratamiento argumentado de las disidencias, el respeto a las minorías y, en general, a la opinión ajena”¹²¹.

No se unieron, sin embargo, al Club intelectuales peronistas dado el fracaso del intento realizado en *Controversia* de acercar al peronismo de izquierda y al marxismo¹²², y a la falta de actualización de las temáticas que, dentro del peronismo recién comenzarán luego de la derrota de 1983. Es interesante destacar el surgimiento de la renovación intelectual del peronismo que se organizará en torno a la revista

¹²⁰ Club de Cultura Socialista, Breve Historia, en www.clubsocialista.com.ar.

¹²¹ Club de Cultura Socialista. Declaración de principios, op.cit., p.1.

¹²² Burgos, Raúl, *Los gramscianos...*, op.cit., p.288.

*Unidos*¹²³, que aparece en mayo de 1983, y que es una publicación medular para comprender las reflexiones del grupo de la renovación peronista, su crítica de los principales temas del justicialismo, y la postulación del cambio interno frente a los sectores ortodoxos. Esta revisión crítica de las ideas del peronismo coloca la problemática de la democratización en un lugar central en sintonía con las reflexiones de los miembros del Club de Cultura Socialista.

En la Declaración de Principios del Club Socialista se establecía que la institución era “un centro de análisis y discusión de los problemas políticos, sociales y culturales de la sociedad argentina” que funcionaría “como una institución civil y pública [que] aspira a contribuir a esa renovación atrayendo el esfuerzo de todos aquellos que se interroguen críticamente sobre el significado actual del socialismo como identidad ideológica, cultural y política.” La declaración de principios del Club de Cultura Socialista da cuenta de los cambios producidos por estos cuestionamientos mencionados, ya que el papel central se desplaza al concepto de “democracia” con una perspectiva que prioriza el rol de la democracia política y sus instituciones. Decían en la declaración de principios que:

“La democracia y la transformación social estarán en el centro de las preocupaciones del Club (...) El lugar privilegiado que le conferimos a la cuestión democrática tiene para nosotros un doble significado. En primer término, el del reconocimiento de que sólo en un contexto democrático puede expandirse un movimiento social de izquierda que impulse la transformación y adquiera una presencia relevante y hasta determinante en la vida de la sociedad argentina. En segundo término, el de la reafirmación de nuestra certidumbre de que el conjunto de libertades civiles y políticas asociadas con el funcionamiento de la democracia constituyen un patrimonio irrenunciable para una perspectiva socialista, aunque ese patrimonio requiere en forma imprescindible de su innovación y enriquecimiento”¹²⁴.

¹²³ Revista que comienza a publicarse en mayo de 1983 bajo la dirección de Carlos Alvarez. Su consejo de Redacción estaba compuesto por Arturo Armada, Roberto Marafioti, Vicente Palermo, Mario Wainfeld, Horacio González entre otros y contaba con las colaboraciones de Alvaro Abós, Nicolás Casullo y José Pablo Feinman. Sobre la revista Unidos véase Brachetta, María Teresa, “Refundar el peronismo. La revista Unidos y el debate ideológico en la transición democrática”, Tesis de Maestría, FLACSO, Mendoza, 2005.

¹²⁴ “Club de Cultura Socialista. Declaración de principios”, op.cit., p.1

Y si bien consideraban que en el espacio que abría la democracia era posible elaborar opciones de desarrollo independiente o de reorganización social, dejando de lado la idea de que la hora de la izquierda sólo puede abrirse con el fracaso del curso democratizador, es notable la ausencia de vocabulario propio del socialismo como clase o revolución frente al avance de ideas como transformación social o cambio histórico o la idea de rechazar “enfáticamente a aquellas posiciones que fetichizan la violencia como instrumento de los cambios históricos y que proponen una reducción de los temas de la política a los temas de la guerra”¹²⁵. O tal vez da cuenta del cambio de época en el cual la organización socialista propiciará el debate pluralista en torno a los temas de la democracia y la transformación social y el rechazo de “todo principio de ortodoxia que proporcione el criterio para medir la verdad o el error entre posiciones divergentes”¹²⁶.

Ahora bien, el Club no surgía exclusivamente con la idea de intervenir en el debate teórico de la renovación del pensamiento de izquierda, sino también con la idea de intervenir activamente en la vida política y cultural del país. Esto permitió que miembros del Club de Cultura Socialista se acercaran al Partido Radical y al presidente Alfonsín específicamente y que el Club como institución apoyara la propuesta alfonsinista. En esta primera “época de oro” del Club, en medio de un intenso debate, las ideas producidas nutrían a la Unión Cívica Radical y su brazo universitario Franja Morada a pesar de no tener una relación orgánica establecida¹²⁷. A pesar de los problemas que surgirán posteriormente, por el rechazo a la política de los derechos humanos implementada por el gobierno, la postura oficialista del Club continuará apoyando el alfonsinismo, frente al rechazo de otros intelectuales.

¹²⁵ “ Club de Cultura Socialista...”op.cit., p.1

¹²⁶ Ibid., p.3

¹²⁷ Burgos, Raúl, “Los gramscianos...”, op.cit., p.336

Capítulo 2: La formación del “Grupo Esmeralda”.

El proceso político

La voluntad de corte con el pasado que Alfonsín había planteado en su campaña electoral se manifestó a poco de asumir la presidencia. Los desafíos de su mandato abarcaban una amplia agenda que iba desde la democratización de las instituciones hasta la lucha contra el hambre, la modernización del Estado y de la educación, la reforma de la Constitución y la democratización de las Fuerzas Armadas y de los sindicatos, hasta la modernización de la economía. Sin embargo, la conformación del gabinete daba cuenta también de las relaciones que había establecido Alfonsín antes de llegar al poder ya que, si bien algunos miembros del gabinete pertenecían al partido como Raúl Borrás, Antonio Troccoli o el de Economía Bernardo Grispun, otros como el de Relaciones Exteriores, Dante Caputo o el de Educación, Jorge Sábato no eran miembros históricos del partido sino que eran miembros del Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA)¹²⁸ a los que se había vinculado el presidente durante la dictadura y da cuenta de que la voluntad del presidente de vincularse con extrapartidarios data de los orígenes de su presidencia e incluso desde antes de ella. Luego de asistir a principios de la década del ochenta a un seminario en San José de Costa Rica sobre el futuro de la democracia comenzó a relacionarse con

¹²⁸ El Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA) parte de una escisión que se produjo en 1974 cuando el instituto se independiza del Di Tella y se constituye en una asociación civil independiente. El núcleo básico de investigadores estaba compuesto por Dante Caputo, Jorge Federico Sábato, Jorge Roulet, Jorge Schvarzer, Jorge Luis Albertoni y Enrique I. Groisman. El centro contaba además con equipos específicos de investigación como el PEHESA en el que colaboraban historiadores como Luis Alberto Romero, Hilda Sábato o Leandro Gutiérrez y el Grupo de Estudios Agropecuarios en el que colaboraban Martín Piñeiro y Felipe Solá. El centro, que era plural políticamente y publicaba *El Bimestre Político y Económico*, revista bimestral que comenzó a publicarse durante el Proceso, realizaba trabajos de consultoría para organismos nacionales e internacionales. Se financiaba con el aporte de distintas fundaciones extranjeras.

varios intelectuales¹²⁹. El CISEA es uno de los centros que surgieron en la Argentina en el marco de la constitución de una nueva elite intelectual-estatal desde la década del sesenta y resultado del proceso de modernización e internacionalización de las ciencias sociales¹³⁰.

La relación entre Alfonsín y el CISEA¹³¹ se estableció a partir de uno de los miembros del grupo, Jorge Roulet, amigo personal del futuro presidente además de miembro del partido Radical, que a principios de los años ochenta acercó a Alfonsín al centro. Interesado por los temas de estudio y las publicaciones del grupo, comenzó a reunirse con sus miembros- inicialmente en la sede de Córdoba y Suipacha y luego en la de Hipólito Yrigoyen y Salta- y la relación se desarrolló hasta tal punto que llegaron a reunirse en un almuerzo semanal en el restaurante EL Globo. En las reuniones, en donde Alfonsín y los intelectuales del CISEA discutían temas de la actualidad política del momento, algunos de ellos tenían un papel más relevante como era el caso de Caputo, Sábato o Roulet. A medida que el proceso político se iba abriendo los miembros del grupo empezaron a ver en el político radical condiciones para ser candidato, a pesar de que la mayoría de ellos no tenía vinculaciones directas con el partido. Una vez comenzada la campaña presidencial y a partir de las conversaciones mencionadas comenzaron a elaborar, principalmente Caputo y Sábato, los discursos de Alfonsín para la misma. Varias de las consignas de la campaña salieron de las reuniones con el grupo así como también el libro *La cuestión argentina*, que fue elaborado en el CISEA para Alfonsín, o los discursos que presentaba en los seminarios internacionales a los que comenzaba a ser invitado. La relación no se limitaba a esto sino que también le

¹²⁹ Cfr. Basombrío, Cristina, “Los intelectuales del grupo Esmeralda y Alfonsín”, Tesis de Licenciatura de la Universidad de Tres de Febrero, inédita, 2000, p.1.

¹³⁰ Cfr. Plotkin, Mariano y Neiburg, Federico, “Elites estatales, elites intelectuales y ciencias sociales en la Argentina de los años 60. El Instituto Torcuato di Tella y la Nueva Economía”, en Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, volumen, 14, n°1, 2003.

¹³¹ Los datos de relación entre Alfonsín y el CISEA fueron obtenidos a partir de la entrevista concedida por Enrique Groisman en agosto de 2008.

aportaban lecturas que el futuro presidente posteriormente utilizaría en sus discursos. Dante Caputo y Jorge Sábato se afiliaron al radicalismo durante la campaña y estarían muy cerca del nuevo presidente. Por otra parte, Alfonsín creó con Roulet el Centro de Participación Política, durante la campaña, que sirvió como espacio para la formación de equipos y discusión de ideas¹³².

Del grupo originario del CISEA salieron dos ministros, como se mencionó anteriormente, Caputo que ocupó la cartera de Relaciones Exteriores y Sábato, la de Educación ya avanzado el gobierno radical. Pero no eran los únicos miembros del grupo que se incorporaron al nuevo gobierno. Jorge Roulet fue nombrado Secretario de la Función Pública y Enrique Groisman subsecretario de la Función Pública. Oscar Ozlak, perteneciente al CEDES, ocupaba la otra subsecretaría. La mitad del equipo del CISEA pasó a formar parte del gobierno.

Con su gabinete ya conformado, el presidente decidió hacer frente a la cuestión que daría el tono a la primavera democrática que fue el juzgamiento de las violaciones de los derechos humanos¹³³. La estrategia de Alfonsín buscaba limitar los alcances de la condena a los militares ubicados en cargos de responsabilidad por la represión, como las Juntas o los jefes de cuerpo, y los que hubiesen cometido “excesos” en la ejecución de las órdenes. Esta estrategia, conocida como la teoría de los tres niveles de responsabilidad¹³⁴, buscaba realizar un juicio ejemplificador que satisficiera la demanda de justicia de la sociedad. Las opiniones en el entorno presidencial estaban divididas entre los radicales tradicionales que compartían la idea de que los juicios debían ser simbólicos y el ala progresista del radicalismo, representada por Renovación y Cambio

¹³² Basombrío, Cristina, op.cit., p.2.

¹³³ Novaro, Marcos, *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*, Edhasa, Buenos Aires, 2006, p.156.

¹³⁴ La teoría distinguía a los militares que planificaron la represión, los que la habían puesto en marcha y los que cometieron los excesos en su cumplimiento, además de los que solamente habían cumplido órdenes.

o la Junta Coordinadora Nacional, que consideraban como fundamental a los juicios. Lo cierto es que detrás de estas decisiones de Alfonsín se encontraba un grupo de asesores técnicos y jurídicos que comenzaron a tener una gran influencia con los jueces de la Corte y la Cámara Federal¹³⁵. El grupo estaba dirigido por figuras extrapartidarias como Carlos Nino¹³⁶, jurista doctorado en Oxford, y Jaime Malamud Goti, además de los ministros involucrados en la cuestión militar como Raúl Borrás, Horacio Jaunarena, Antonio Tróccoli y Raúl Alconada Aramburu, y de ellos surgió la idea de reformar el Código Militar. Las concepciones sobre cómo implementar las medidas variaban dentro del mismo equipo desde una perspectiva “juridicista” que planteaba la necesidad de cumplir con la teoría de los tres niveles de responsabilidad hasta una “autodepuradora” que proponía que fueran las propias Fuerzas Armadas las que condenaran los excesos cometidos por sus pares. Esta última fue la elegida porque implicaba menores costos políticos al presidente al evitar o limitar la participación de la Justicia Civil.

Cinco días después de asumir el gobierno, Alfonsín envió al Congreso un proyecto que declaraba nula la ley de autoamnistía decretada por el gobierno militar y dictó dos decretos sobre la necesidad de juzgar a los ex comandantes por un lado y los jefes montoneros y del ERP por otro¹³⁷. Ese mismo día creó la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP) con el objetivo de esclarecer los hechos vinculados a la desaparición de las personas. Ernesto Sábato fue nombrado presidente de la Comisión¹³⁸ que llevó a cabo durante nueve meses la tarea de relevar miles de

¹³⁵Novaro, Marcos, *Historia...*, op.cit., p.158

¹³⁶Sobre la relación entre Alfonsín y Nino cfr.: Basombrío, Cristina, “Intelectuales y poder: la influencia de Carlos Nino en la presidencia de Alfonsín” en *Temas de Historia Argentina y Americana*, N° 12, Buenos Aires, UCA, Enero- Junio de 2008.

¹³⁷Cfr. Decretos 157/83 y 158/83

¹³⁸Los integrantes de la CONADEP fueron elegidos por el Poder Ejecutivo que nombró a 10 personas a las que se sumaban 3 representantes del Congreso. Los miembros eran Ernesto Sábato (escritor), René Favaloro (cardiocirujano), Jaime de Nevares (sacerdote católico), Marshall T. Meyer (rabino judío), Ricardo Colombres (jurista), Hilario Fernández Long (Ingeniero), Carlos Gattinoni (obispo metodista), Gregorio Klimovsky (filósofo), Magdalena Ruiz Guiñazú (periodista), Eduardo Rabossi y los diputados Santiago M. López, Hugo D. Pucili y Horacio Huarte. Los cargos se desempeñaron “ad honorem”.

casos de desaparición, tortura y ejecuciones, realizó viajes al interior del país y el exterior para recabar información, realizó el reconocimiento de “in situ” de los 340 centros clandestinos de detención y morgues y que, a pesar de la dificultad del trabajo debido a la destrucción de la documentación y la falta de colaboración de las Fuerzas Armadas y algunos jueces, pudo presentar el 20 de septiembre de 1984 un informe final de 50.000 conocido como el *Nunca Más*, que fue entregado a Alfonsín en la Casa Rosada, y que fue utilizado por la fiscalía en la acusación contra los ex comandantes.

El gobierno envió también el proyecto de reforma del Código de Justicia Militar, en donde se reconocía al fuero castrense la capacidad de juzgar los delitos pero habilitaba otra instancia en la Cámara Federal. A pesar de las tratativas previas la reforma del Código en el Congreso no cumplió con las aspiraciones del Ejecutivo debido a las reformas introducidas en la Cámara alta, en donde el oficialismo no tenía mayoría, y esto le impidió al gobierno cumplir con el compromiso establecido con las Fuerzas Armadas de recortar el número de responsables. Frente a esta situación los tribunales militares los absolvieron declarando la “falta de mérito”, lo que provocó el paso del tema a la Justicia Civil en octubre de 1984¹³⁹. Los Juicios a las Juntas, en los que fueron fiscales Julio César Strassera y Luis Moreno Ocampo, se llevaron a cabo a través de audiencias orales y públicas, entre el 22 de abril y el 14 de agosto de 1985. Se analizaron alrededor de tres mil casos. Cuando el 9 de diciembre se dictó la sentencia se produciría un hecho sin precedente en la historia que generaría un profundo malestar en las Fuerzas Armadas. El presidente optó por no intervenir en el accionar judicial mientras apoyaba el accionar de la CONADEP

Gracias a su política de los derechos humanos, Alfonsín se impuso como un líder indiscutido en materia de derechos humanos a nivel internacional, aunque eso no

¹³⁹ Novaro, Marcos, *Historia...*, op.cit., p.158.

impediría que se le abrieran varios frentes a nivel interior. En algunos de ellos tuvo que enfrentarse con el peronismo, al que había subestimado como opositor por sus divisiones internas, o con la jerarquía católica. Con el peronismo tuvo que enfrentarse por la Ley de Reforma Sindical tema que se desarrollaría todo a lo largo de 1984. La voluntad de reforma sindical que proponía la elección para la renovación de mandatos que aseguraran la competencia y el pluralismo, como lo pretendía el proyecto del ministro de Trabajo, Mucci, chocó con el poder sindical que, aunque muy golpeado, conservaba la capacidad organizativa para oponerse a las políticas oficiales. En medio de manifestaciones callejeras, el proyecto de Mucci, fue rechazado por un voto en el Senado luego de ser aprobado en Diputados y ello abriría paso a las movilizaciones políticas y paros de los años siguientes¹⁴⁰. Por otra parte, cuando las elecciones finalmente se realizaron probaron que el poder del peronismo no había disminuido además de que lograba establecer alianzas con sectores diversos del como la jerarquía católica que cuestionaba la política educativa y cultural del gobierno o los empresarios. En poco tiempo, vastos sectores presentaban animosidad contra el gobierno.

Sin embargo, los frentes más preocupantes para el gobierno eran el militar y el económico y esto llevó al presidente a una renovación de los elencos a principios de 1985. En el primero de ellos, los generales Pianta y Fernández Torres fueron reemplazados por Ríos Ereñú en la Jefatura del Ejército. En el frente económico, luego del fracaso de su política reactivadora el ministro de Economía Bernardo Grinspun fue reemplazado por Juan Vital Sourrouille. Grinspun y su equipo¹⁴¹ que tenían edades avanzadas cuando llegaron al ministerio y habían colaborado en la aplicación del Plan Prebisch durante la Revolución Libertadora o en el gobierno de Illia y posteriormente en

¹⁴⁰ Novaro, Marcos, *Historia...*, op.cit., p.165.

¹⁴¹ Entre ellos se encontraban Roque Carranza, Alfredo Concepción, Leopoldo Portnoy, René Ortuño, Aldo Ferrer, a los que se sumaban los más jóvenes Mario Brodersohn, Norberto Betania, Lucio Reca, Juan Becerra.

bancos cooperativos u organismos internacionales “por su trayectoria y manifestaciones públicas, (...) se presentaban más como políticos dedicados a la economía que como profesionales comprometidos con la gestión”¹⁴². El ministro había pretendido recomponer el ingreso a través de un incremento del salario real y la expansión del gasto público y había dispuesto un congelamiento de precios y salarios. Tanto estas últimas medidas como su estrategia gradualista encontraron la resistencia de sindicatos y empresarios. A esto se sumó la política por el problema de la deuda externa.

Cuando a fines del 1984, luego de un acuerdo con el FMI, se alzaron las tarifas el rechazo del sindicalismo fue total. El gobierno se alejaba ya de una política de expansión de la economía por la vía del consumo para priorizar ante todo la lucha contra la inflación. Fue entonces en febrero de 1985 que el presidente decidió el reemplazo del ministro de Economía por Juan Vital Sourrouille, secretario de Planeamiento, con la prioridad absoluta de cumplir con ese objetivo¹⁴³. El alejamiento de Grispun se inscribe en un proceso en donde la política dejará de ser uno de las dimensiones privilegiadas por el gobierno para dejar lugar a la economía. El Plan Austral presentado a la población luego de la llegada del nuevo equipo económico da cuenta de una nueva relación entre los empresarios y el gobierno, en donde luego del fracaso de la iniciativa original de disciplinar el capital, el gobierno “no sólo se tornó más dependiente de sus intereses coyunturales, sino que, sepultó, además, toda posibilidad de definir, impulsar, imponer un modelo económico autónomo”¹⁴⁴.

¹⁴² Heredia, Mariana, “La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín”, en Pucciarelli, Alfredo (coord.), *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo veintiuno Editores Argentina, 2006, p.168.

¹⁴³ Para ver las diferencias entre las políticas económicas de los dos ministros ver: Gerchunoff, Pablo, Llach, Lucas, *El ciclo de la ilusión y el desencanto, Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 2005.

¹⁴⁴ Beltrán, Gastón, “Acción empresaria e ideología. La génesis de las reformas estructurales”, en Pucciarelli, op.cit., p. 222.

Los nuevos funcionarios de Sourrouille eran “un grupo de economistas de gran prestigio académico, pero casi desconocidos a nivel del público¹⁴⁵ con un marcado perfil técnico que despertaba suspicacias dentro de los grupos de la Coordinadora por su acercamiento a la derecha. La mayoría de ellos tenía formación universitaria en el extranjero y había desarrollado la docencia y la investigación en el CEDES o el IDES pero “la prosapia radical de la mayoría de ellos era, en el mejor de los casos, cuestionable”¹⁴⁶ y esto provocaba resistencias también entre los miembros tradicionales de la UCR¹⁴⁷. Para ellos, el nombramiento de extrapartidarios junto con “Sourrouille se inscribía en un proceso de ‘desradicalización’ del gobierno, del cual Brodersohn, Caputo, López y Tomasini eran también fieles exponentes”¹⁴⁸

Por otra parte, esta incorporación de extrapartidarios da cuenta de la consolidación del poder del presidente frente al del partido que limita su activismo y esto muestra que “en la medida en que se reforzaba el liderazgo personalista del Presidente y éste manifestaba particular interés por las figuras intelectuales extrapartidarias, el partido ocupó un rol más bien secundario en la elaboración y debate de los lineamientos estratégicos de la acción pública.”¹⁴⁹

El cambio de política económica que sería llevado a cabo por el nuevo equipo comenzó a vislumbrarse cuando en abril de 1985 el presidente anunciaba desde la Casa Rosada la implementación de una “economía de guerra” y toda una nueva serie de cuestiones vinculadas a la economía se incluían entre los significados de la democracia.

¹⁴⁵ Algunos de los economistas procedían del peronismo como Roberto Lavagna, Pablo Gerchunoff, Roberto Frenkel y José Luis Machinea según relata Altamirano en op.cit. p.69

¹⁴⁶ Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 105.

¹⁴⁷ El nuevo gabinete estaba compuesto por Adolfo Canitrot, José Luis Machinea, Jorge Gándara, Juan Carlos Torre, Ricardo Carciofi, Roberto Lavagna y Roberto Frenkel. Los dos últimos tenían relaciones con el PJ.

¹⁴⁸ Heredia, Mariana, op.cit., p.176.

¹⁴⁹ Ibid., p.177

Este momento es un punto de inflexión claro en donde el presidente va a recurrir a otros recursos para consolidar su poder y hacer frente a los desafíos que se le presentaban.

El surgimiento del Grupo Esmeralda.

Estos desafíos crecientes a los que se enfrentaba el presidente llevaron a la mayor aproximación entre el campo cultural y el campo político en el período de la transición. Esta estuvo dada por la vinculación de un núcleo de intelectuales, agrupados bajo el nombre de “Grupo Esmeralda” y el presidente Alfonsín. El surgimiento del grupo como tal se debió a las acciones de Meyer Goodbar, sociólogo de la Universidad de Buenos Aires y asesor de empresarios, que se había acercado a Alfonsín durante la campaña electoral gracias a Roulet. Alfonsín le solicitó que constituyera un grupo que lo “ayudara a pensar. Así, viajó a París y se puso en contacto con gente que había hecho la campaña presidencial de Mitterrand. Allí se encontró también con Daniel Lutsky, quien luego integraría el Grupo Esmeralda”¹⁵⁰. Goodbar, que luego sería interventor de ATC y asesor de Alfonsín, tenía inicialmente la idea de formar un equipo que hiciera de soporte de la unidad presidencial. Compañero de luchas estudiantiles de Emilio de Ipola y Eliseo Verón pretendía darle a Alfonsín asesores de lujo y, para ello, convocó a un grupo de personas que comenzarían a reunirse a fines de 1984 y durante 1985 en una oficina alquilada en la calle Esmeralda¹⁵¹.

Meyer Goodbar y el psicoanalista Eduardo Issaharof contactaron el pequeño equipo de elaboración de ideas. Se formó así un primer grupo de Análisis de discurso coordinado por Margarita Graziano, venida del exilio venezolano donde había realizado una maestría en semiótica, y al que se incorporó Daniel Lutsky sociólogo. Gabriel

¹⁵⁰ Basombrío, Cristina, “Los intelectuales...”, op.cit., p5.

¹⁵¹ En 1986 se muda la oficina a Talcahuano y Corrientes.

Kessler, sociólogo, y Claudia Hilb, socióloga y con un posgrado en Ciencia Política en París se incorporarían en 1987. El objetivo era hacer un seguimiento de la imagen y el discurso presidencial y de los discursos que circulaban en el país, teniendo en cuenta que no existía en el ámbito estatal nada parecido a esta organización. Este grupo se encargaba de realizar encuestas de tipo cualitativo, ayudados por la empresa IPSA, cuyos informes enviaba a presidencia. Graciano y Lutzky elaboraban un informe escrito de sus trabajos en donde también incluían encuestas hechas por organismos públicos o pedidas por el Ejecutivo a organismos privados, y Claudia Hilb y Lutzky se reunían con Alfonsín y le informaban en Olivos los resultados de sus análisis. El trabajo de medios y opinión pública intentaba aportar al presidente una mirada crítica e independiente sobre su gestión¹⁵².

Goodbar e Issaharof armaron otro grupo con el objetivo de elaborar ideas para el discurso presidencial, con la idea de “aggiornar” la vieja tradición radical y darle a Alfonsín bases un poco más sólidas para las tareas que debería emprender. El modelo que los inspiraba era el de los “speechwriters” americanos de Roosevelt o los grupos de discursos franceses que colaboraban con el presidente Mitterrand. Para este segundo grupo Isajarof contactó a Fabián Bosoer, un estudiante de Ciencias Políticas de la Universidad del Salvador, a Pablo Guissani, periodista exiliado en Italia durante el Proceso, que había conocido a Alfonsín en Roma y que retornó en 1984,¹⁵³ y a Pedro Pasturensi, editorialista de Clarín que venía también del exilio en Italia. En 1986 Pasturensi contactó a Sergio Bufano, también periodista vuelto del exilio mexicano y vinculado al grupo de *Controversia*. A lo largo de 1984 y 1985 se incorporaron también Hugo Rapoport, historiador, Marcelo Cosin, publicista, Damián Tabarosky, que estudiaba Letras y las hijas de Goodbar, Eva y Laura estudiantes de Ciencias de la

¹⁵² Basombrío, Cristina, “Intelectuales...”, op.cit., p.14.

¹⁵³ Giussani se retira del grupo en 1986.

Educación y Sociología. ¹⁵⁴Más tarde si incorporó al grupo Carlos Soukiasian, estudiante de Ciencias Políticas.

El grupo era, en sus orígenes, semi secreto y dependía directamente de la “unidad presidencia” y el dinero para su sostenimiento provenía de fondos reservados. El conocimiento público de su existencia se debió a noticias que aparecieron en medios de la época como *El informador público*, un semanario dirigido por el español Jesús Iglesias Rouco que comenzó a editarse a mediados de los ochenta, *Ambito Financiero* o la revista *Humor*. Allí comenzaron a preguntarse acerca de quiénes eran los que estaban detrás de los discursos de Alfonsín, y sus ideas nuevas. Esto creó un mito en torno al grupo que se mantuvo a lo largo del gobierno del presidente y que sus organizadores no se ocuparon de aclarar.

Al principio comenzaron a reunirse durante tres meses, originalmente para conversar sobre diversos temas hasta que comenzaron a plasmar en textos los productos de esas conversaciones. Bosoer relata así la experiencia: “Empezamos a escribir y se empezó a hacer una dinámica propia. Así se hace el grupo de discurso. Empezamos a escribir los textos y se mandaban a Balcarce 50. Un día la secretaria me preguntó qué poner en el remitente y le dije “Grupo Esmeralda”.¹⁵⁵

El grupo tenía dos sectores, por un lado, los que escribían los discursos y, por otro lado, los intelectuales o ideólogos. A medida que avanzaba el año 1985 comenzaron a organizarse reuniones con intelectuales afines al gobierno. Parte del mito en torno al grupo está vinculado a quiénes eran los intelectuales que colaboraban con el proyecto alfonsinista de los cuales los que más se destacaron fueron Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola¹⁵⁶ y como señala Goodbar “la llegada de Emilio y de

¹⁵⁴ Cfr. Basombrío, Cristina, “Intelectuales...”, op.cit., p.6.

¹⁵⁵ Entrevista a Fabían Bosoer, 21/5/08.

¹⁵⁶ Portantiero y De Ipola se conocieron en 1961 cuando De Ipola, alumno de filosofía, desertó de la Federación Juvenil Comunista. Se cruzaron nuevamente en *Pasado y Presente* en 1963 y desde fines de

Negro, de Portantiero, dinamizó brutalmente al grupo. Yo creo que empezó a tomar una dimensión que permitió que hiciéramos un trabajo programático”¹⁵⁷. Algunos de ellos han dado cuenta de su participación como es el caso de De Ipola:

“Un empresario amigo, Meyer Goodbar, nos llamó a mí y a Portantiero para ver si queríamos colaborar en la elaboración de los discursos de Alfonsín. Yo pensaba que había que apoyar el proyecto de Alfonsín, en la medida en que me parecía un proyecto profundamente democrático, pero sabía que eso podía fallar”¹⁵⁸.

Pero además de Emilio de Ipola, Juan Carlos Portantiero, otros intelectuales estaban cerca del gobierno como Eliseo Verón y Francisco Delich, que era funcionario ya que participaba en el gobierno como rector de la Universidad de Buenos Aires y luego de la de Córdoba. Además colaboraban con el gobierno intelectuales del CISEA, del CEDES o del IDES aportando funcionarios en distintos cargos como se mencionó anteriormente. En el caso del sociólogo Juan Carlos Torre, colaborador del ministro de Economía Juan Sourrouille, y compañero y amigo de De Ipola y Portantiero, pero que había llegado a Alfonsín por Adolfo Canitrot, colaboraba tanto en el equipo de Sourrouille como asesorando a los miembros del Grupo Esmeralda en cuestiones económicas¹⁵⁹. Torre relata de esta manera, su acercamiento al grupo:

“Inesperadamente, en 1983, Juan Sourrouille me invitó a participar en el equipo económico de Alfonsín, donde trabajé hasta 1988. Fue una gran experiencia, porque me dieron la oportunidad de ver cómo se cocina el bacalao. (...) Como era el que más había escrito, también me encargaban la redacción de documentos y discursos. Así pude conversar mucho con Alfonsín, que pedía informes sobre distintos temas. También participé en el Grupo Esmeralda,

1964 dejaron de verse por diez años en los que De Ipola estudió en París. En 1974, cuando Portantiero se incorpora a FLACSO de Buenos Aires comenzó su amistad gracias al contacto diario. Dos años después se volvieron a encontrar en México en donde colaboraron en la creación del Grupo de Discusión Socialista. Ya de vuelta en Buenos Aires se vincularon con el presidente Alfonsín. Para una descripción de su relación cfr: “Palabras de Emilio de Ipola”, en el nombramiento de Juan Carlos Portantiero de Doctor Honoris Causa de FLACSO, Buenos Aires, 5 de septiembre de 2006.

¹⁵⁷ Citado en Basombrío, Cristina, “Intelectuales...”, op.cit., p.7.

¹⁵⁸ Entrevista a Emilio de Ipola en: Trimboli, Javier, *La izquierda en la Argentina*, Manantial, Buenos Aires, 1998, p.154.

¹⁵⁹ Entrevista con Juan Carlos Torre, 24 de febrero de 2009.

armado por Meyer Goodbar, donde estaban Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola. Eso me hizo ampliar y enriquecer mi visión”¹⁶⁰.

Las reuniones del Grupo Esmeralda se organizaban en torno a agendas elaboradas por el propio Alfonsín en colaboración con Goodbar e Issaharof. El grupo estuvo detrás de la elaboración del nuevo uso del concepto de democracia y la renovación de la cultura política para la sociedad surgida de la dictadura militar que eran los temas que se trataban en las conversaciones del grupo. Bosoer destaca que “el motor de todo esto era Alfonsín que estaba a la búsqueda de dadores de sentido”. Alfonsín percibía que si no contaba con un discurso sólido no iba a poder luchar las batallas que pretendía emprender y buscó precisamente en este grupo la reflexión sobre los cambios que debían realizarse tratando de unir las tareas de gobierno con el análisis a largo plazo.

Cuando comenzaron a escribir los discursos y a enviárselos al presidente, comenzaron a darse cuenta de que Alfonsín usaba los textos y no solamente en los discursos institucionales. Más allá de ello, se había conformado un grupo en donde los intelectuales eran bases de referencia pero el equipo no eran exclusivamente ellos sino que ellos tributaban al equipo.

En este sentido cabe destacar el rol crucial que en el grupo tenían los periodistas como Giussani o Bufano en su rol de mediadores entre la ciudadanía y el centro del poder político. Pablo Giussani¹⁶¹ había vuelto al país en septiembre de 1984 luego de 8 años de exilio y retomó su trabajo periodístico en el matutino *La Razón* invitado por su director, Jacobo Timerman. Pero había tenido intensos vínculos con la política y el periodismo desde los años sesenta cuando fue fundador y director de la revista *Che*, un proyecto periodístico de franco apoyo a Cuba en el que habían confluído sectores

¹⁶⁰ Torre, Juan Carlos, “El peronismo no se somete a los valores”, *La Nación*, 28 de mayo de 2005.

¹⁶¹ Giussani nació en Bolivia en 1927, llegó a Argentina a los 12 años y desde los 26 años se dedicó al periodismo luego de estudiar Filosofía en la Universidad de Buenos Aires.

socialistas y comunistas, y en el que colaboraba, entre otros, Juan Carlos Portantiero¹⁶². Posteriormente fue secretario de redacción del diario *Noticias*, al que renunció por discrepancias ideológicas con el diario montonero y más tarde fue columnista del anterior diario de Timerman, *La Opinión*. En 1984 había publicado su libro *Montoneros. La soberbia armada*, que inauguró el debate acerca de la historia recientemente transcurrida intentando vincular los despliegues militaristas de los montoneros con el fascismo y dando pie a que se lo acusara de avalar la teoría de los dos demonios. Desde su columna de *La Razón*, Giussani daba cuenta de los vaivenes de la política de la época, las divisiones del peronismo, las diferentes impresiones sobre el juicio a las juntas pero también realizaba una defensa del gobierno y del presidente al que estaba estrechamente vinculado.

El grupo se fue consolidando y ya avanzado el año 1985 comenzaron a tener reuniones quincenales con Alfonsín en la residencia de Olivos. Dentro del grupo de discurso había dos subgrupos como ya se mencionó, los redactores de los discursos que trabajaban directamente con Alfonsín y su vocero José Ignacio López, y los ideólogos. En sus reuniones se discutía la agenda que se había organizado para la reunión además de los temas que iba imponiendo la coyuntura como podían ser los discursos de apertura de sesiones del Congreso, para los cual acudían los ministros con sus informes, el discurso de la Cena anual con los militares, o temas específicos del momento político. A las reuniones asistían Meyer Goodbar, Margarita Graziano además del equipo de discurso.

Bosoer relata lo particular de la situación cuando ellos llegaban a Olivos. El edecán les mostraba la agenda de actividades del presidente y ellos veían que tenía toda la mañana para ellos. Se discutía la agenda, se conversaba y se daban opiniones sobre

¹⁶² Sobre la revista *Che* cfr.: Tortti, Ma. Cristina, “Debates y rupturas en los Partidos comunista y socialista durante el frondizismo”, Prismas, Revista de Historia Intelectual, n° 6, 2002, Universidad Nacional de Quilmes.

cómo abordar ciertos temas. “Alfonsín caminaba, escuchaba, pensaba en voz alta, se producían silencios incomodísimos. Pero Alfonsín decía: ‘No tienen idea lo importante que es para mí esto’”.¹⁶³ Y agrega: “Alfonsín tenía la percepción de que había que construir una discusión que no estaba dada”. Para ello se discutían lecturas propias de la época como Rawls, Macpherson o Nino en torno a los temas de la transición democrática, la convergencia, la reforma constitucional y la idea de que la democracia no era solamente gobierno democrático. Alfonsín mostraba una postura muy humilde frente a los intelectuales, a “los que sabían”, les pedía resúmenes de libros, como antes había hecho con el grupo del CISEA, que el equipo asesor luego enviaba.

Además Alfonsín tenía reuniones con los intelectuales del grupo Esmeralda a las que se sumaban, según el tema a tratar, intelectuales de los otros grupos como Torre o Nino¹⁶⁴. En ocasiones especiales o cuando se trabajaba sobre la elaboración del discurso de balance de gestión iban una o incluso dos veces por semana. De estas conversaciones surgieron los principales discursos de Alfonsín como el de abril del 85 en donde convoca para defender la democracia y anuncia la economía de guerra o el de Semana Santa anterior al acuerdo. En ellos el grupo tenía una importante participación.

El discurso alfonsinista introduce cambios respecto del discurso político anterior. Tal vez por primera vez “el tema del ‘destino de grandeza’ no fue el principal pivote ideológico. El argumento de que la Argentina ‘alcanzará su glorioso destino cuando se eliminen los obstáculos que traban su crecimiento’ estuvo casi ausente del discurso presidencial entre 1983 y 1989, y ningún sector en particular fue designado como culpable de la decadencia argentina”¹⁶⁵. En sus discursos el presidente transmitía la idea de que el país era una construcción colectiva rompiendo con el pensamiento

¹⁶³ Entrevista a Fabián Bosoer, 21/5/08.

¹⁶⁴ Basombrío, Cristina, “Intelectuales...”, op.cit., p.13

¹⁶⁵ Armony, Víctor, “El país que nos merecemos: mitos identitarios en el discurso político argentino”, *deSignis*, Revista de la Federación Latinoamericana de Semiótica, n° 2, 2002, p.319-330.

mágico que animaba los discursos tanto de peronistas como de antiperonistas enfatizando la idea de construcción de una empresa común, en lugar de la de un futuro providencial¹⁶⁶. El concepto principal del discurso alfonsinista es el de democracia, que se asocia a conceptos como fuerza movilizadora, libertad, rectitud de procedimientos, ética, moralidad administrativa, sufragio, previsibilidad, reconciliación y se opone a otros como inmoralidad pública o autoritarismo. En el diagnóstico de la situación, el discurso plantea que la salida del régimen autoritario dejó secuelas tanto culturales, como políticas, sociales y económicas, pero establece la prioridad por la restauración de las dos primeras¹⁶⁷. Es entonces que, con una mirada donde lo político prevalece sobre lo económico, “el objetivo central de la nueva construcción focaliza no sólo en la legitimidad sino también la gobernabilidad, en la erradicación del autoritarismo de la cultura y las instituciones. En ese marco se privilegian los temas institucionales, de cultura política, las reglas del juego y la vigencia de los derechos humanos. Se rota de la centralidad del Estado a la centralidad del régimen democrático”¹⁶⁸. En el contexto de las teorías de la transición propias de los años ochenta, la mirada se corría del Estado al análisis del régimen político y esta “autonomización del régimen político” conducía a priorizar estrategias de tipo institucional o a la “transformación de las creencias y comportamientos políticos autoritarios, es decir en la transformación de la cultura política”¹⁶⁹. Es así como en el discurso político de Alfonsín, realizado por el Grupo Esmeralda, las virtudes de la democracia tienen una fuerza argumentativa propia y las posibilidades de reforma y cambio de una cultura política que ésta podía generar parecían ilimitadas.

¹⁶⁶ Ibid., p.7

¹⁶⁷ Bonetto, María Susana, “La construcción de la democracia en los discursos presidenciales. Argentina (1983-1999), Buenos Aires, p.6. en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo_codigo=2487874>

¹⁶⁸ Ibid., p.6

¹⁶⁹ Bonetto, María Susana, “La construcción...”, op.cit., p.6.

El discurso más representativo de este período es el denominado “Convocatoria para una convergencia democrática” de diciembre de 1985, más conocido como el discurso de Parque Norte, y que fue presentado por el presidente en el plenario de delegados del Comité Nacional de la UCR y transmitido por televisión. Hacía menos de un mes que el radicalismo se había impuesto en las primeras elecciones legislativas y el gobierno contaba con una enorme popularidad debida también a la solución del diferendo con Chile o los éxitos del Plan Austral. En la redacción de este discurso que “fijó los grandes temas de la agenda política de entonces”¹⁷⁰ colaboraron intelectuales como Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ipola y miembros estables del “Grupo Esmeralda”, como Pablo Guisani, como lo relata el propio de Ipola:

“colaboramos junto con otros en la elaboración y discusión de muchas de las ideas que dieron forma y contenido a ese discurso. Todavía reconocemos (...) en nuestra contribución —que estuvo lejos de ser la única- un intento de otorgarle un sentido no meramente formal a la construcción de la democracia en la Argentina.”¹⁷¹

El discurso define a la sociedad democrática por el pluralismo definido como reconocimiento del otro y capacidad para aceptar las diversidades y las discrepancias y asumir como legítimos el disenso y el conflicto. Pero este “ejercicio responsable de las divergencias” supone “un consenso básico entre los actores sociales.” Ahora bien, esta sociedad democrática implica la existencia de “sujetos democráticos” que son aquéllos que han hecho suyos los valores éticos de la legitimidad del disenso, el pluralismo como principio y como método, la aceptación de las reglas básicas de la convivencia social, el respeto de las diferencias y la voluntad de participación. Y esta emergencia de sujetos democráticos, en una sociedad con arraigadas tradiciones autoritarias, “es una tarea, una empresa”.

¹⁷⁰ Portantiero, Juan Carlos, De Ipola Emilio, “Luces y sombras de un discurso trascendente”, *La Ciudad Futura*, n° 25/26, Octubre de 1990/Enero de 1991, p.7

¹⁷¹ De Ipola, Emilio, “Veinte años después (Parque Norte: razones del fracaso de un intento inédito de enfrentar la crisis Argentina), en Novaro, Marcos- Palermo Vicente, (comps.) *La Historia reciente*, op.cit., p.51-52

El discurso, que promovía una ruptura con los recurrentes problemas de la inestabilidad argentina y en el cual se cuestionaba la voluntad hegemónica de los grupos facciosos, origen del autoritarismo, la violencia y la intolerancia, propias de la cultura política argentina ¹⁷², pretendió ser “un llamado por encima del partido oficial, realizado desde el gobierno, (...) y cuyos destinatarios eran los actores de la transición, en la suposición-algo ingenua- de que a partir del 82 se había conformado una sólida voluntad antiautoritaria en nuestra sociedad” como explica de Ipola. La “idea fuerza, inspirada en el proceso postfranquista, era que el paso de la transición a la consolidación debía sostenerse sobre un sistema de pactos”¹⁷³, o un sistema de acuerdos fundamentales para lograr, un consenso suprapartidario en el cual la UCR partido “tradicionalmente reacio a la idea de acuerdo” era el polo dinamizador¹⁷⁴. Veinte años después De Ipola evalúa que la desconfianza de la dirigencia política en esta tarea iba a ser una parte esencial del fracaso para lograr los objetivos del discurso.

El discurso de Parque Norte está recorrido por una idea “a la española” de que la democracia sólo puede consolidarse por un sistema de pactos¹⁷⁵ que era, por otra parte, una idea central del pensamiento de Portantiero y De Ipola desde los principios de la transición, como se vio anteriormente. Se mencionan el “pacto social”, el “pacto democrático”, el “pacto de garantías” o el “pacto de transformación”. De Ipola explica la intención de diferenciar dos dimensiones, por un lado el “pacto de garantías” que buscaba el mínimo consenso sobre las reglas del juego que posibiliten el disenso dentro del marco institucional y un “pacto de transformación” que buscaba establecer un acuerdo sobre temas básicos de reforma poniendo el acento en la resolución de los

¹⁷² Aboy Carlés, Gerardo, “Parque Norte...”, op.cit., p. 46.

¹⁷³ Portantiero, J.C., De Ipola, E., “Luces y sombras...”, op.cit., p.7.

¹⁷⁴ De Ipola, Emilio, “Veinte años...”, op.cit., p.53.

¹⁷⁵ Portantiero, J.C., De Ipola, E., “Luces y sombras...”, op.cit., p.8.

problemas del desarrollo económico-social de una manera innovadora¹⁷⁶. Y todo esto partiendo de la base de que la crisis nacional no se limitaba a lo institucional sino que implicaba también a un modelo de desarrollo agotado.

Sobre estas premisas se propuso un trípode conceptual que incluía la democracia participativa, la modernización y la ética de la solidaridad. En cuanto a la democracia participativa Alfonsín planteaba en su discurso que “frente a un mundo agresivo donde reinaban la violencia, la desconfianza; la desunión y la indiferencia, los argentinos se habían acostumbrado a defenderse buscando refugio en la privacidad de los ámbitos más cercanos a su vida cotidiana”, (...) “de esta manera se redujo el espacio social en el cual transcurría la vida, y así se fueron perdiendo formas de unión y solidaridad tradicionales en nuestro país”. Fue la democracia la que comenzó a sentar las bases para revertir esa situación “de encierro” en que vivían los argentinos y en la cual los argentinos comenzaron a encontrar su lugar y a conocer el del otro. Es en este doble movimiento en el que se afirma la esencia de la democracia y se posibilita la participación que no puede ser impuesta y “necesita del estímulo y del apoyo del conjunto de las instituciones públicas y privadas”¹⁷⁷. Es entonces como el presidente considera necesario crear las condiciones para que se afiancen los valores de solidaridad y tolerancia para permitir desarrollar el movimiento de participación. Ahora bien la relación entre la democracia participativa y la democracia Alfonsín la explica de la siguiente manera:

“El concepto de esta democracia participativa que buscamos impulsar, representa una extensión e intensificación del concepto moderno de democracia, y no se contrapone en modo alguno a democracia formal. Toda democracia es formal, en tanto implica normas y reglas para contener, delimitar y organizar la actividad política y el funcionamiento de las instituciones del Estado y la sociedad. Y toda democracia, por definición, implica también la participación de

¹⁷⁶ De Ipola, Emilio, “Veinte años...”, op.cit., p.54.

¹⁷⁷ Alfonsín, Raúl, “Convocatoria para una convergencia democrática”, discurso pronunciado por el Dr. Raúl Alfonsín ante el plenario de delegados del Comité Nacional el día 1/12/ 85, Unión Cívica Radical, Comité de la Capital Federal, 1985, p. 7.

la ciudadanía en las decisiones políticas. El precepto constitucional según el cual el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes, no excluye otros mecanismos de participación. De lo que se trata, entonces, es de ampliar las estructuras participativas fijadas por la misma Constitución, y de dar canales de expresión adecuados a los partidos políticos, las organizaciones sociales, los municipios, las instituciones barriales y vecinales”¹⁷⁸.

Como explica Nino, uno de los asesores del presidente Alfonsín durante su gobierno, la puesta en vigencia de una democracia participativa, que implica la implementación de un sistema que combine la representación clásica con “la intervención directa de los ciudadanos en las decisiones que le conciernen” puede ser útil para prevenir la “crisis de la democracia” y se conecta con la ética de la solidaridad, otro de los pilares del trípode alfonsinista. La apertura a la participación directa de los ciudadanos permite por un lado paliar el fenómeno conocido como “alienación del poder”, consistente en pensar el gobierno como perteneciente a otros y generar una identificación con el gobierno que consolida el sistema democrático. Por otra parte, permite la canalización de las demandas sociales poniendo en vigencia la ética de la solidaridad, al ser los propios interesados los que deben tomar las decisiones “internalizan la idea de que es imposible satisfacer al mismo tiempo todas las necesidades y aspiraciones y que deben fijarse un orden de prioridades” reduciendo la presión sobre el sistema¹⁷⁹. Además la participación supone la descentralización del poder porque sólo hay intervención efectiva de las decisiones de la gente cuando estas decisiones se toman en los ámbitos en donde se desarrolla la vida de los ciudadanos. Agrega Nino que “la participación de los ciudadanos debería ejercerse principalmente en los niveles provinciales, comunales o barriales lo que requiere una gran desconcentración del poder en beneficio de las provincias, municipios, consejos vecinales, entidades prestatarias de servicios de educación, salud, energía,

¹⁷⁸ Alfonsín, Raúl, “Convocatoria...”, op.cit., p.8.

¹⁷⁹ Nino, Carlos Santiago, “La participación como remedio a la llamada ‘crisis de la democracia’”, en Aznar, Luis et al., *Alfonsín: discursos sobre el discurso*, Buenos Aires, Eudeba-Fucade, 1986, p.134-135

comunicaciones, transportes, etc”¹⁸⁰. Esto por supuesto no implica que se pueda plebiscitar cualquier cuestión sino que las consultas populares deben limitarse a grandes cuestiones de índole general y cuestiones más específicas pueden puedan ser resueltas por los interesados en los ámbitos en los que ellos están involucrados. La instauración de mecanismos directos de intervención para completar el sistema representativo se trató de implementar a través del “luego frustrado proyecto de reforma de la constitución” que además de incluir el sistema semiparlamentario de gobierno “”introducía institutos como el plebiscito y el referéndum como herramientas con las que se apelaría a la opinión de los ciudadanos sin la intermediación de sus representantes”¹⁸¹.

En cuanto a la modernización, la tercera parte del tríptico redactada por Juan Carlos Torre¹⁸² y tal vez la más innovadora en la opinión de sus ideólogos, era entendida de una manera integral, no como una modernización pensada y practicada “exclusivamente como un modo de reducir costos, de preservar competitividad y de acrecentar ganancias” que sería socialmente injusta “puesto que deja por completo de lado las consecuencias que los cambios que introducidos por ella acarrearán respecto del bienestar de quienes trabajan y de la sociedad en su conjunto”¹⁸³. Separándose de los modelos de modernización autoritaria, el presidente postula una modernización económica, por supuesto, pero que incluye también el desarrollo científico y tecnológico, con el consecuente papel que esto implica para la Universidad, y el desarrollo de tecnologías de punta. Esta modernización, que es vista de una manera integral y sólo es posible en el marco de la democracia y la equidad, implica también

¹⁸⁰ Nino, Carlos Santiago, “La participación...”, op.cit, p.135.

¹⁸¹ Portantiero, J.C., De Ipola, E., “Luces...”, op.cit, p.8.

¹⁸² Entrevista con Juan Carlos Torre, 24 de febrero de 2009.

¹⁸³ Alfonsín, Raúl, “Convocatoria...”, op.cit, p.9.

crear una sociedad flexible en todos los órdenes que implica mejorar la calidad de vida de los hombres,

“en ese sentido el proceso procura modernizar no sólo la economía, sino también las relaciones sociales y la gestión del Estado, dotando a los ciudadanos de cuotas crecientes de responsabilidad, a fin de asociarlos a una empresa común. La modernización no es un tema exclusivo de las empresas, es toda la sociedad la que debe emprender esa tarea y con ella la Nación, redefiniendo su lugar en el mundo.”¹⁸⁴

La mejora en la gestión del Estado y el debate acerca de su papel y las relaciones con la sociedad debe ser tomada como uno de los temas clave separándose de los estatistas y de los privatistas y la modernización se plantea sin abdicar de la ética de la solidaridad.

Esta convocatoria implicaba que “la democracia no debe ser restaurada sino construída en nuestro país”, ya que en un país en el cual las relaciones sociales “no han estado sujetas a un pacto de convivencia” y con un trasfondo histórico caracterizado por la ausencia de un “universo normativo globalmente reconocido e institucionalizado” sólo hubo lugar para “una ficción de democracia”. Esta construcción implica la adopción de rutinas democráticas asumidas y practicadas por el conjunto ya que “las *normas constitutivas* de la democracia presuponen y promueven el pluralismo y, por tanto, la pacífica controversia de propuestas y proyectos acerca del país que anhelamos”¹⁸⁵.

Las notables ausencias del discurso fueron tal vez las que llevaron a que el proyecto de que “la democracia se consolidaría en base a un sistema de pactos” fracasara. La voluntad de construcción de una sociedad diferente asumía que los actores sociales vinculados a la vieja cultura política autoritaria se habían transformado y que una nueva cultura política basada en la tolerancia y el pluralismo estaba instalada.

¹⁸⁴ Alfonsín, Raúl, “Convocatoria...”, op.cit., p.11.

¹⁸⁵ Alfonsín, Raúl, “Convocatoria...”, op.cit., p.14.

Tampoco quedaba clara la capacidad de la sociedad para construir ese amplio consenso necesario para el desarrollo del proyecto¹⁸⁶.

De Ipola mismo, veinte años después señala que el fracaso se debió también a “errores y confusiones inherentes al contenido del discurso”, el

“discurso que subestimaba los obstáculos objetivos y parecía no tener clara magnitud de las dificultades que habría de encontrar; dificultades de las que se hablaba poco y se las centraba en lo cultural, en hábitos perversos de nuestra moral colectiva, en aspectos psicosociales y en una lectura más bien 'culturalista' de los hechos sociales; que caía en la indefinición y casi omisión de la figura del enemigo: los grupos de poder económico, clerical y militar, los que muy pronto mostrarían sus afilados dientes; que pecaba de optimismo moral y sobreestimaba su percepción también optimista de un sujeto democrático ya constituido e inmovible”¹⁸⁷.

En el propio discurso hay un apartado que señala las dificultades para el desarrollo del proyecto pero como los mismos autores del discurso explicaron, la priorización de los temas de cultura política y la mirada culturalista y la posterior práctica gubernamental “manifestaron permanentemente la verdadera dificultad, la limitación intrínseca del proyecto: el optimismo antes los impulsos morales, la sobreestimación de la presencia de un ‘sujeto democrático’ mayoritario en nuestra sociedad, la vacilación en distinguir, más allá de lo genérico, a los enemigos puntuales de la propuesta democrática, los grupos de poder económico, militar, clerical y cultural que socavaron siempre la tarea emprendida con grandes ilusiones desde diciembre de 1983”¹⁸⁸. Es así como entre las trabas impuestas por aquéllos y los propios problemas del oficialismo la propuesta global de reconstrucción democrática del discurso de Parque Norte desde una plataforma de ‘centro izquierda’ separada tanto del ‘anacronismo populista’ como del ‘conservadorismo bárbaro’ no logró imponerse en la sociedad. Portantiero y de Ipola concluyen que “es muy difícil poner en marcha una

¹⁸⁶ Borón, Atilio, “Los dilemas de la modernización y los sujetos de la democracia”, en Aznar, op.cit., p.57-58

¹⁸⁷ De Ipola, Emilio, “Veinte años...”, op.cit, p.56.

¹⁸⁸ Portantiero, J.C., De Ipola, E., “Luces ...”, op.cit., p.8.

política de reformas sin que exista una fuerza o una coalición de fuerzas dispuestas a luchar para llevarla a cabo”.

El discurso alfonsinista era criticado también desde la Renovación Peronista, que, luego de las elecciones de noviembre, se posicionó en un lugar central en la política nacional¹⁸⁹. Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Menem exhibieron un temario modernizado para enfrentarse con el radicalismo alfonsinista intentando a la vez preservar su identidad. Así, “el lenguaje de la Renovación tomará la forma de un compromiso entre los tópicos nuevos, que en general procedían del temario instituido por el alfonsinismo, y los tópicos del bagaje nacional-popular peronista”¹⁹⁰. En el documento del 31 de diciembre de 1985 los renovadores cuestionan la definición liberal que tienen de la democracia los “teóricos del alfonsinismo” llamando a “nacionalizar” los términos de la discusión. Altamirano explica que detrás de la crítica renovadora está la contraposición entre la democracia liberal o formal y la democracia real o social a través de la cual los renovadores pretendían ubicarse en el lugar del cambio progresista¹⁹¹.

Pero la crítica al alfonsinismo la realizarán también los intelectuales de la Renovación en la revista *Unidos* desde donde se intentaban legitimar como opción de partido desde una perspectiva nacional popular¹⁹². Según la revista el discurso de Parque Norte “reflejaba la operación político cultural del alfonsinismo para decretar la muerte del proyecto nacional-popular” y era “la evacuación de la política como historia de luchas populares y su reemplazo por las nuevas formas más profesionales, la de los saberes técnicos, más eficiente para administrar la crisis”¹⁹³. *Unidos* dedicó

¹⁸⁹ Altamirano, Carlos, ““La lucha por la idea”: el proyecto de la renovación peronista”, en Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, (comps.), *La historia...*, op.cit., pag. 64

¹⁹⁰ Ibid., pag. 65.

¹⁹¹ Ibid., pag.67.

¹⁹² La recusación de *Unidos* al alfonsinismo está tomada de Brachetta, María Teresa, “Refundar...”op.cit.

¹⁹³ Brachetta, María Teresa, “Refundar...”, op.cit., p.113.

prácticamente un número entero de la revista a analizar el discurso citado en el cual su director, Carlos “Chacho” Alvarez afirmaba que el discurso significaba “la puesta de sol de toda idea de revolución...El triunfo del futuro sobre el pasado”¹⁹⁴ lo que le permitía al peronismo volver a situarse dentro de una tradición transformadora y revolucionaria frente al alfonsinismo que convertía a la política más en “servicios profesionales que en voluntad colectiva”.

Por su parte, Horacio González se ocupaba de impugnar el discurso de la ética de Parque Norte que describía como una “Ética” con mayúsculas, por su alejamiento del conflicto y su pretensión de fundarse en reglas universales y ahistóricas, sin posibilidad de ser problematizadas. Decía González que “la democracia es así una ‘cultura categórica’ ciertamente más imperativa que un partido leninista, que va creando subjetividades de acuerdo a necesidades sociales establecidas de antemano”¹⁹⁵. De esta manera, agregaba, el alfonsinismo se pretendía como árbitro universal y no como parte en una disputa en la que era un contendiente más. En este número, en el que discutían el alfonsinismo desde diversos enfoques, éste se convierte en el contendiente principal del peronismo y por ello advertían sobre el peligro de mimetizarse con la alternativa política que había triunfado en 1983, y de olvidarse de sus luchas y el compromiso con la transformación social que caracterizaba su identidad peronista. De ahí que la pregunta de *Unidos* fue cómo pensar propuestas políticas para los nuevos problemas sin caer en las viejas consignas y revisando a la vez su relación con el sindicalismo y con la nueva marginalidad. Para ello era necesario también objetivar los conflictos que el alfonsinismo se empeñaba en diluir lo que hacía afirmar a Mario Wainfeld que “sigue existiendo un ‘campo popular’ opuesto a enemigos irreconciliables. El radicalismo niega esa realidad; afirma que el enemigo de la democracia es el ‘autoritarismo’...Es

¹⁹⁴ Citado en *Ibid.*, p.114.

¹⁹⁵ González, Horacio, “El alfonsinismo, un bonapartismo de la ética”, *Unidos*, n°9, abril 1986, cit. En Brachetta, op.cit., p.115.

una falacia. Enemigos no son los brumosos ‘autoritarios’, sino los tangibles titulares de intereses que contradicen los de las mayorías nacionales...”¹⁹⁶. Esto suponía que era el peronismo de la renovación al que le cabía la actualización de las temáticas de la democracia, que no estaban fijadas en el discurso del presidente, apropiándose de las nuevas problemáticas.

Por otra parte, se criticaba también el proyecto de la modernización alfonsinista al que veían como una nueva versión del desarrollismo setentista en una visión de la sociedad donde no se enfrentaban proyectos e intereses y donde la política ya no era entendida como movilización social y estrategia de masas. La revista no quería mirar entonces la modernidad como un “mundo técnico científico” que había sustituido el conflicto social en una democracia que se volvía banal y manipuladora. Alvarez criticaba también la degradación de los significados de la democracia y la política como la “burocratización y profesionalización, la extinción de la preocupación por la agregación y articulación social y su reemplazo por la inquietud de escrutar sólo la demanda de la opinión pública, la estatalización de la política, la desmovilización militante, el protagonismo de los tecnócratas, la mercantilización electoral, la muerte de las convicciones profundas, de los antagonismos y las pasiones y el aplanamiento ideológico”¹⁹⁷. Las críticas al alfonsinismo y sus ideólogos eran también un llamado a la Renovación a la reconstrucción de su propia narrativa frente a la que construían Alfonsín y los intelectuales que lo acompañaban y que reflejaban también el espíritu de la época.

Además de las críticas de los opositores, el otro aspecto conflictivo para el Grupo Esmeralda era la relación con el partido Radical. Los colaboradores del grupo no tenían relación con el partido, provenían todos ellos de la izquierda, en algunos casos de

¹⁹⁶ Wainfeld, Mario, “No lloremos la historia que no fue”, *Unidos*, n°9, abril 1986, cit. en Brachetta, M. T., op.cit, p.119.

¹⁹⁷ Brachetta, op.cit, p.125.

una izquierda comprometida con la lucha armada, y de un pasado profundamente antidemocrático. El descubrimiento de la democracia, el triunfo del radicalismo y de un presidente amplio que convocaba a gente de diferente extracción política los entusiasmó para colaborar con el gobierno en un intento de “otorgarle sentidos a la difícil construcción de la democracia en la Argentina” expresando una “inquietud de izquierda democrática”¹⁹⁸, pero eso no implicaba vincularse al Partido. La relación del grupo con el partido era nula e incluso, ante los discursos preparados con el grupo, los radicales planteaban que no sabían cómo implementar las ideas desarrolladas por el grupo de discurso dando cuenta de una distancia que dificultaría el accionar del presidente. En este sentido, se podría afirmar que la convergencia entre los intelectuales y Alfonsín en la necesidad de modernizar el partido radical, no permeó al partido. Los intelectuales del Grupo Esmeralda, como antes los del CISEA vieron a Alfonsín como una persona que trascendía al partido y que “encarnaba la posibilidad de afirmar una república democrática. Alfonsín era para ellos un garante de democracia, una “instancia convocante”, capaz de llegar a cabo un proceso de transformación. Rebasaba los límites partidarios tradicionales y desbordaba su infraestructura partidaria”¹⁹⁹. Los miembros del Grupo Esmeralda veían en la figura de Alfonsín un “auténtico demócrata”, que se paraba a “la izquierda de su partido y que rompía con una tradición política argentina, tendiente a identificar al líder político, con un jefe de facción”²⁰⁰. Sin embargo, y tal como testimonia Juan Carlos Torre “el partido nunca vio al alfonsinismo como algo muy cercano” y a pesar de la debilidad por la gente de ideas que tenía Alfonsín y la incorporación de extrapartidarios a los que daba mucha libertad, el presidente “logró

¹⁹⁸ Portantiero, J.C., De Ipola, E., “Luces...”, op.cit., p.9.

¹⁹⁹ Entrevista a Juan Carlos Portantiero en Basombrió, Cristina, “Los intelectuales...”, op.cit., p.11.

²⁰⁰ Entrevista a Emilio de Ipola en Basombrió, op.cit., p.12.

renovar desde el gobierno pero no logró renovar el partido”²⁰¹. El partido lo va a secundar mientras tenga buen desempeño.

Mientras tanto y, a pesar de las críticas, el año terminaba bien para el gobierno, que había vencido holgadamente en las elecciones parlamentarias de noviembre de 1985²⁰². Además “batió al peronismo en algunos de sus reductos tradicionales en las provincias del norte del país.” Las elecciones junto con el Plan Austral reforzaron el prestigio de Alfonsín lo que redundó no sólo en el régimen político sino también en el partido²⁰³.

Los obstáculos, las dificultades y los “enemigos” comenzaron a verse más claramente a medida que avanzaba el año 1986 demostrando que “subsistían en pie los grandes sectores corporativos que tradicionalmente habían limitado la acción del poder político”²⁰⁴. Este año comenzó con el debate parlamentario sobre la deuda externa. Allí nuevamente la Renovación Peronista de la mano de Cafiero fue la encargada de enfrentar al gobierno probando “la falta de vocación transformadora del gobierno radical”²⁰⁵. Pero el enfrentamiento más fuerte contra el ideario alfonsinista por parte de la renovación peronista tuvo lugar en el número de abril de la revista *Unidos* en donde el “blanco central era el ‘Discurso de Parque Norte’, pronunciado por Alfonsín poco antes, en donde la revista no disimulaba que el objeto del cuestionamiento no era únicamente la palabra presidencial. Apuntaba más allá, a ‘ciertos profesionales de la ideología científica’, como se nombraba en la presentación del número a quienes se reputaba como autores del mencionado discurso”²⁰⁶. Las críticas giraban en torno a la idea de que con la democracia y las libertades civiles no era suficiente, sino que debía

²⁰¹ Entrevista con Juan Carlos Torre, 24 de febrero de 2009.

²⁰² Para ver una crónica casi diaria del año 1985 por parte de uno de los colaboradores de Alfonsín ver: Giussani, Pablo, *Los días de Alfonsín*, Legasa, Buenos Aires, 1986.

²⁰³ Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia...*, op.cit.p106.

²⁰⁴ Romero, José Luis, *Breve historia de la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 1996, p.194.

²⁰⁵ Altamirano, Carlos, “La lucha...”, op.cit, p.69.

²⁰⁶ Altamirano, Carlos, “La lucha...”, op.cit., p.71.

complementarse con la justicia social; y que el alfonsinismo, carente de proyecto, se limitaba a administrar la crisis. Comenzaba aquí el ocaso de la “primavera democrática” y el avance de la Renovación fue uno de los principales responsables de este ocaso.

En abril luego de un discurso convocando a la fundación de una “Segunda República”, el gobierno pone en marcha un programa de cambios institucionales entre los que se incluyen la reforma de la Constitución, pero también la reforma del Estado y el traslado de la Capital de Viedma en el marco de una política de descentralización. Una institución creada con este espíritu, el Consejo para la Consolidación de la Democracia estudiaba el tema de la reforma constitucional proponiendo el cambio del régimen de gobierno a un sistema semi-parlamentario, el acortamiento del período presidencial o reformas al Poder Judicial. Al mismo tiempo trabajaba con sus colaboradores más cercanos en el intento de “cooptar a un sector del peronismo para conformar un ‘Tercer Movimiento Histórico’ que, presumiblemente, consolidaría el predominio electoral del radicalismo”²⁰⁷. Pero ni la oposición en el Congreso, ni los sindicatos, la Iglesia o los empresarios parecían dispuestos a establecer los consensos básicos para respaldar las reformas.

Esta agenda de temas del gobierno es defendida por los intelectuales afines a lo largo de 1986 en una nueva revista aparecida en agosto del mismo año: *La Ciudad Futura*. El nuevo proyecto editorial, surgido del Club de Cultura Socialista, contaba con José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula como directores y en el Consejo Editorial y la Redacción aparecían nombres vinculados tanto al exilio mexicano como al grupo de la revista *Punto de Vista*²⁰⁸. En su primer número explicaban su proyecto editorial de la siguiente manera:

²⁰⁷ Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia...*, op.cit., p107.

²⁰⁸ Estaban allí en la Redacción: Sergio Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Ibarlucía, Héctor Leis y Osvaldo Pedroso. En el Consejo Editorial: Carlos Altamirano, Emilio de Ipola, Rafael Filipelli, Julio Godio, Oscar

“*La Ciudad Futura* aspira a ser un terreno crítico de confrontación de las distintas voces que animan un proyecto de reconstitución de la sociedad argentina sobre bases democráticas y socialistas. Se concibe, por tanto, como una de las formas de organización de una presencia cultural de izquierda, que en las condiciones del país y del mundo requiere de un profundo y radical cuestionamiento de toda su tradición y de sus instrumentos de análisis.

A nadie se les escapa que las categorías de ‘socialismo’ y de ‘izquierda’ apelan a una multiplicidad de propuestas y de experiencias, muchas de las cuales aparecen hoy ante nosotros como negadoras en la práctica de un movimiento que hizo de la emancipación humana la razón de su existencia. Ni el ideal socialista ha dado lugar a transformaciones sociales que permitan definir caminos ciertos para la conquista de una sociedad libre e igualitaria, ni la cultura de izquierda demuestra ser capaz de medirse con los problemas de las sociedades complejas. Y la nuestra lo es. El ideal socialista y la cultura de izquierda están en crisis; es hora ya de reconocerlo si se quiere salvar al socialismo como proyecto y movimiento.

(...) Pero la necesidad de mantener viva la virtualidad de una sociedad mejor, al tiempo que se despliega una reflexión crítica de lo existente, reclama una constante autorreflexión crítica de la propia izquierda, un cuestionamiento de su tendencia a definir de una vez y para siempre una imagen determinada de sociedad y una forma cristalizada de movimiento. Esto es lo que debate la izquierda en el mundo; esto es lo que deberíamos discutir aquí si se pudiera erosionar el inmovilismo de una izquierda detenida en el tiempo, congelada en viejas propuestas que no pueden dar cuenta de una realidad distinta”²⁰⁹.

Pero a la vez que establece claramente como un adversario a la izquierda tradicional por su incapacidad para reconocer los procesos de cambio, identifica a otros:

“También aquí las fuerzas de la vieja Argentina se han unido en santa cruzada para acosar el fantasma. La iglesia y los polizontes, los militares cavernícolas del proceso y los gremialistas maléficos, los fascistas y los comunistas, los intelectuales de izquierda y de derecha. ¡Qué conmovedora unanimidad! ¡Sirios y troyanos exorcizando juntos al demonio! Pero en realidad, ¿qué es lo que los une? Una común irritación contra una Argentina que cambia, un mismo deseo que aquello que irrumpió en octubre de 1983 no se consolide, una idéntica definición de la nueva mayoría política como ilegítima”²¹⁰.

En un intento de definición de su lugar en la política argentina, agregan que: “no somos alfonsinistas, ni radicales, ni socialdemócratas. Somos simplemente socialistas que tenemos una convicción compartida” y terminan el texto uniendo el ideal socialista al ideal democrático una de las ideas rectoras del grupo: “El socialismo no puede ser la

González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, José Nun, Juan Pablo Renzi, Sergio Rodríguez, Daniel Samailovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti.

²⁰⁹ *La Ciudad Futura*, n°1, agosto de 1986, pag.3.

²¹⁰ *La Ciudad Futura*, n°1, op.cit., pag.3.

liquidación de la democracia, sino su plena realización. Sólo en un contexto democrático puede expandirse un movimiento social de izquierda que impulse la transformación y gravite en la vida nacional”²¹¹.

Como se mencionó más arriba entonces, la agenda de la nueva publicación coincidía en varios puntos con la que pretende instalar el presidente radical a pesar de que los temas propios de intelectuales de una izquierda renovada también están presentes. Se discutirá entonces los cambios internos del socialismo, el nuevo rol de los intelectuales y el pasaje “de la revolución a la democracia” pero los principales temas de 1986 están analizados en sus páginas. Se defendía, por ejemplo, la existencia de una república laica ante el debate en torno al tema del divorcio vincular, instalado por el gobierno pero que se convierte en político luego de que la Marcha para la Defensa de la Familia, organizada por sectores católicos, es apoyada por FAMUS, Jorge Abelardo Ramos, el senador Saadi o Jorge Triaca defendiendo la familia frente al “avance del aborto, la pornografía, la drogadicción y la homosexualidad”. Pero también se defendía al Congreso Pedagógico en un artículo de Adriana Puiggrós sobre el Congreso Pedagógico del siglo XIX con el que se inicia un debate sobre la reforma pedagógica que continuará en los otros números²¹².

En el primer número se publicó un suplemento titulado “¿Una segunda República?” donde Portantiero analizaba el tema de la Reforma Constitucional planteado por el presidente a principio de año. Más allá de las críticas a aquellos que, vinculados tanto a la industria periodística o a la izquierda “intelectualmente pregramsciana” pero también al oficialismo, pretendían instalar una “cortina de humo” limitando la atención de la propuesta al traslado de la Capital Federal a Viedma, lo que Portantiero buscaba en su artículo es enfocar en el vasto tema, propuesto por el

²¹¹ *La Ciudad Futura*, n°1, op.cit., pag.3.

²¹² Puiggrós, Adriana, “El Congreso Pedagógico de 1882. Educación, modernización y democracia”, *La Ciudad Futura*, n°1, agosto de 1986, p.8.

presidente, de la reforma del Estado. No se mencionaban entonces los temas lanzados al debate de

“fortalecer el poder de las provincias, de los municipios, de los entes autárquicos y, en general, de facilitar mecanismos que faciliten la participación directa de la sociedad en las decisiones que la afectan. Se habla también de que la democracia debe ser un ejercicio de la vida cotidiana (...) De la participación de la población en el control de la administración. De la modernización de la justicia y el establecimiento del juicio oral en el orden nacional. Por fin, de la necesidad de una reforma de la parte orgánica de la Constitución del 53, tendiente a combinar elementos del régimen presidencialista con elementos de los sistemas parlamentarios, para que el congreso tenga una ingerencia mucho mayor en los asuntos del estado.”²¹³

Más allá de remarcar la importancia de estas reformas para la vida política argentina y de que los temas pertenecen a la tradición programática de la izquierda, Portantiero insistía en la defensa de un modelo democrático similar al propuesto en el discurso de Parque Norte. Frente a los reclamos opositores del carácter formal de los avances realizados, el autor coincidía en que el régimen se halla necesitado de ampliación y “que los mecanismo indirectos de la democracia representativa deberían ser complementados por otros más participativos”²¹⁴. Pero esta ampliación de la participación ciudadana no es una tarea simple ya que “la democracia en Argentina es mucho más una cuestión de creación (...) que de reinstalación. Forzosamente se plantea entonces el tema de la construcción de bases para un nuevo orden político”²¹⁵. Portantiero consideraba que no se puede lograr la reforma democrática del Estado, o sea, el aumento de la ingerencia de la sociedad en la trama pública, sin una reforma constitucional. Y si bien la reforma democrática suponía varias dimensiones que incluían la cultura política argentina, el autor destacaba la importancia de lo institucional, en la cual las reformas deberían ir desde la descentralización de los recursos del poder hasta la reforma de instituciones como las Fuerzas Armadas, pero en

²¹³ Portantiero, Juan Carlos, “Una Constitución para la democracia”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, p.17.

²¹⁴ *Ibid.*, p.17.

²¹⁵ Portantiero, Juan Carlos, “Una Constitución...”, *op.cit.*, p.17.

donde el carácter del parlamento resulta decisivo. En este aspecto, proponía combinar aspectos del presidencialismo con un fortalecimiento del papel del Parlamento introduciendo la figura del Primer Ministro, junto con la introducción de mecanismos como el referéndum, el plebiscito o la iniciativa popular para dar la posibilidad a una participación más directa de la población. Así es como estaría planteada transición del autoritarismo a la democracia para los socialistas.

Contrastaba esta visión de franco apoyo a las reformas institucionales propuestas por el presidente, y discutidas en el seno del Grupo Esmeralda, con la posición crítica de Beatriz Sarlo unas páginas más adelante. Sarlo distinguía dos perfiles del Dr. Alfonsín, el del candidato que en su campaña electoral tenía un discurso cauto, tradicional y previsible, y el del presidente que cambiaba su discurso por “intervenciones más locuaces sobre el presente y el futuro institucional argentino. Pasábamos de una era de escasez de mensajes o de mensajes repetidos, a la era de la abundancia y, en consecuencia, del consumo simbólico acelerado”²¹⁶. Y si bien tomaba la convocatoria del presidente a fundar una segunda República, le formulaba una serie de preguntas que marcan el tono crítico de su lectura:

“¿Sobre qué nuevo bloque social y político tiene el Dr. Alfonsín pensado asentar la segunda (República)? Parece un gesto, más que un acto fundacional, la invitación a esta nueva República, cuando es evidente que los restos de la anterior conservan influencia, capacidad de respuesta y de amenaza. ¿En este proceso de fundación las fuerzas armadas serán consideradas como lo único eterno? ¿Podemos pensar una República futura sin fuerzas armadas? La reforma económica es parte central de cualquier proyecto con vocación originaria: ¿una segunda República arrojada al debate sin sus *bases*, sin el diseño económico-social que permita abrir el círculo de discusiones, reformas, conflictos y acuerdos que avalarían un pacto fundador?”²¹⁷

Y si esto nos remite a las críticas que se le realizaron al discurso de Parque Norte por no medir el alcance de los posibles enemigos al proyecto, también agregaba Sarlo que antes de hablar de reforma política el presidente debería comenzar por reformar su

²¹⁶ Sarlo, Beatriz, “Perfiles de un presidente”, *La Ciudad Futura*, n°1, agosto de 1986, p.36.

²¹⁷ *Ibid*, p.36

propio partido ya que “el actual estilo de ‘aparato’ y máquina de poder en algunas de sus ramas no parece montar el mejor escenario para la reforma de los partidos que estaría en la base de una reforma de las costumbres políticas”²¹⁸. El voluntarismo del presidente se ponía de manifiesto ante la propuesta de incluir un primer ministro, o de cambiar la Capital Federal a Viedma y la autora se preguntaba por la causa de “este exceso de propuestas generales que van desalojándose unas a otras” y que la sociedad no terminaba de asimilar. Concluía Sarlo diciendo:

“Decíamos al principio que la abundancia de sentidos es propia de la democracia. Ello no significa, sin embargo, que el Presidente deba considerarse como único responsable de alimentar esa abundancia. (...) Una insalvable superficialidad acecha las propuestas del ejecutivo que no tiene medios para difundirlas ni siquiera en las filas de su propio partido.”²¹⁹

Por su parte, Emilio de Ipola, retomando conceptos desarrollados en *Punto de Vista* en 1984 en torno a las reglas normativas y constitutivas de la democracia, afirmaba que el “el consenso que fundaría a la democracia sería aquel que afirmara la imposibilidad de un consenso unánime, aquél que sostuviera que la unificación de la sociedad sobre la base de un cuerpo de convicciones, valores y creencias por todos compartidos es algo inviable y, sobre todo, indeseable”. La incapacidad de la izquierda argentina de entender esto se debía al hecho de que “la izquierda democrática argentina no ha logrado articular productivamente a su tradicional cultura contestataria una (nueva) cultura del *orden*”²²⁰. El autor explica cómo la construcción y consolidación de un orden democrático no presentaba un carácter conservador sino que era “la empresa que más profundos cambios requiere en la sociedad y en el sistema político argentinos. Desde la ampliación y modernización del sistema educativo hasta las reformas dirigidas a la democratización del estado; desde la erosión de los hábitos autoritarios aún

²¹⁸ Sarlo, Beatriz, “Perfiles...”, op.cit, p.36.

²¹⁹ Ibid.p.36

²²⁰ De Ipola, Emilio, “Cultura, orden democrático y socialismo”, *La Ciudad Futura*, n° 1, agosto de 1986, p.34.

persistentes en nuestra cultura política hasta la incrementación sustantiva de la descentralización político-administrativa y de la participación ciudadana” todos los ámbitos aparecen comprometidos en la tarea de “inventar la democracia al mismo tiempo que se la consolida”²²¹. Y este programa equivalía a un reto para los que asumían una perspectiva socialista tanto por hacer valer la crítica como por defender la tesis de una mayor equidad social como condición necesaria para la consolidación de la democracia y que “esas palabras no sucumban en la retórica y el olvido”.

El acompañamiento ideológico al gobierno y especialmente a su presidente es una nota constante en los primeros números de *La Ciudad Futura* como puede observarse en sus editoriales. En el número 2 de octubre de 1986 se manifestaba en el editorial al apoyo al discurso televisivo del presidente en el que convocaba a una “convergencia democrática” y reivindicaba “la posibilidad de articulación de niveles de competencia leal y de niveles de búsqueda consensual”. Pero el escenario político argentino no estaba exclusivamente ocupado por los partidos, sino que presentaba un enfrentamiento hostil entre el poder político del gobierno y el poder social que expresaban los sindicatos. De ahí el llamado al diálogo entre sindicalismo y estado frente al paro general del 9 de octubre, y el patoterismo de los dirigentes sindicales que no ayudaba ni a la democracia ni a la clase trabajadora porque al extremar “hasta la facciosidad su corporativismo innato, lo que hace es aislarlo del conjunto del pueblo”²²². La contribución de la revista estará, afirmaba el editorial, en la construcción de un gran debate sobre los temas fundamentales y el llamado a la reconciliación entre el sindicalismo y la democracia política²²³.

²²¹ De Ipola, Emilio, “Cultura, orden democrático y socialismo”, *La Ciudad Futura*, n°1, agosto de 1986, p. 35

²²² “Convergencia política. Divergencia social”, *La Ciudad Futura*, n°2, octubre de 1986, p.2

²²³ “Convergencia política...”, op.cit., p.2.

Y si esto implicaba por un lado reubicar el rol de los intelectuales socialistas y su intervención para que la discusión sea más transparente e incluya a más ciudadanos “volviendo menos opaco y enigmático el discurso económico del gobierno, hasta ahora más dirigido a una audiencia de banqueros que al pueblo”, también se abre al nivel de las decisiones o políticas particulares en donde “se plantea el desafío intelectual y político de diseñar propuestas que se abran al máximo de igualdad, participación e intervención, en el marco de una regulación de conflictos que no juegue sólo a la estabilidad democrática sino que simplemente la presuponga como condición para el cambio”²²⁴. Esto implicaba su opinión en los problemas de la coyuntura como son el tema de la ley de defensa que revisa las relaciones entre las fuerzas armadas y la democracia²²⁵ o el ya mencionado problema sindical²²⁶ presentes en los diversos números de la revista.

Capítulo 3: Punto Final y la “democracia posible”.

La coyuntura se complicaba en diversos ámbitos pero, especialmente, en lo referido a las relaciones con las fuerzas armadas. A fines de abril de 1986 estalló el escándalo por las “Instrucciones a los Fiscales Militares”, con las cuales el presidente buscaba acelerar los procesos judiciales con el objetivo de lograr absoluciones. Estas instrucciones que fueron entregadas en secreto y que pretendían pasar inadvertidas para la opinión pública para evitar un posible desgaste sobre la figura presidencial y su gestión, incluían entre sus puntos el principio de Obediencia Debida y dan cuenta de la

²²⁴ Sarlo, Beatriz, “Los intelectuales en los mil días de la democracia”, *La Ciudad Futura*, n°2, octubre de 1986, p.5.

²²⁵ Ver “La ley de defensa” y López, Ernesto, “La ley de defensa: fuerzas armadas y democracia” en *La Ciudad Futura*, n° 2, octubre de 1986, p.4 y 10.

²²⁶ Ver Godio, Julio, “¿Unidad temporaria o formación de un bloque sindicalista peronista estable?”, *La Ciudad Futura*, n°3, diciembre de 1986, p.5.

ambigüedad de la política presidencial que daba un discurso a la sociedad y otro a las fuerzas armadas²²⁷. Ante una filtración al periodismo el ministro de Defensa, Germán López, se vio obligado a dar a conocer el contenido mientras que, enterados de los cambios, los miembros de la Cámara Federal porteña, Carlos Arslanián, Jorge Torlasco y Jorge Valerga Aráoz amenazaron con renunciar. Torlasco renunció dos días después y los otros dos aceptaron quedarse a cambio de rectificaciones en el proyecto. Alfonsín decidió entonces revisar la iniciativa y en su discurso a la Asamblea Legislativa del 1° de mayo anunció que daría nuevas instrucciones para procesar a los responsables de tomar las decisiones y los que conocían la ilicitud de las órdenes y habían cometido hechos aberrantes. Pocos días después rectificó en una conferencia de prensa las Instrucciones, dándoles públicamente un sentido apuesto al de su texto²²⁸.

El 16 de mayo las organizaciones de Derechos Humanos organizaron la “Marcha contra la Impunidad” en la que se rechazaba el doble discurso presidencial, e importantes miembros del partido y de la Coordinadora como César Jaroslavky, Nosiglia y Marcelo Stubrin se sumaron a ella poniendo de relieve los problemas internos del partido entre los dirigentes tradicionales y las nuevas generaciones que buscaban posicionarse políticamente. El ministro Germán López renunció a propósito de ello y Jaunarena, el Secretario de Defensa, fue nombrado en su lugar. La repercusión política de la marcha fue muy importante, no sólo por la participación del oficialismo en contra de funcionarios del gobierno, sino también por el masivo apoyo de la oposición política que contribuyó a poner en guardia a los militares. Como si esto fuera poco, luego de un atentado contra el presidente en Córdoba, el 11 de junio siguiente el presidente volvió a rectificar punto por punto las Instrucciones a pesar de que las dejaba

²²⁷ Sobre la gestación de las “Instrucciones a los fiscales militares” ver, Verbistky, Horacio, *Civiles y militares*, op.cit., p. 155 y ss.

²²⁸ Verbistky, Horacio, *Civiles...*, op.cit., p.169.

vigentes y el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas las aplicó con Astiz y Menéndez.

En el entorno del presidente se decidió atribuir la responsabilidad del escándalo de las instrucciones a miembros del gabinete, y así es como el ministro Jaunarena fue interpelado públicamente en el Senado el 3 de julio.

Mientras en el Congreso se discutía una nueva ley de defensa el presidente decidió tomar medidas orientadas a controlar el malestar existente dentro de las fuerzas armadas. El cambio estuvo dado por la iniciativa del presidente de comprometerse personalmente en la finalización de las causas a los militares en actividad ya que “Alfonsín y su ministro Jaunarena temían que si el gobierno no tomaba la iniciativa para descomprimir el frente militar, podría verse obligado más adelante a conceder una costosa amnistía, que no entraba en sus planes”²²⁹. Luego del fracaso de la iniciativa de obtener una solución judicial, Alfonsín encargó a Malamud Goti y Ricardo Entelman la preparación de una opción legislativa que incluía el pase de las causas a la justicia federal lo que implicaba “la tardía admisión de que las Fuerzas Armadas no estaban dispuestas a autodepurarse”²³⁰. Esta iniciativa, que se conocerá como “Ley de Punto Final” implicaba además que se fijaría un plazo máximo de treinta días para la recepción de denuncias y de sesenta días para los procesamientos luego de los cuales, las causas prescribirían y las personas involucradas en crímenes contra los derechos humanos no podrían ser juzgadas. El presidente y su equipo esperaron hasta la condena de Camps por la Cámara Federal el 2 de diciembre para que Alfonsín dijera su discurso por cadena nacional de radiodifusión anunciando el Punto Final el 5 de diciembre, proyecto que buscaba, decía el presidente, la integración de las fuerzas armadas al Estado y la construcción de la unión nacional.

²²⁹ Verbitsky, Horacio, *Civiles...*, op.cit., p.253.

²³⁰ Ibid, p.255

Las críticas al proyecto provinieron de muchos sectores como los organismos defensores de los derechos humanos, pero el golpe más duro para el presidente fueron aquellas dirigidas por los miembros de la ex Conadep, que publicaron un documento adverso. Sin embargo, “la más cerrada oposición al proyecto provino del propio radicalismo” y como se calculaba que habría varios diputados en contra del proyecto el presidente mismo se encargó de reunirse con los legisladores para conseguir apoyo para la ley a quienes les “exigió una verticalidad sin peros” como dice Verbistky²³¹. La oposición de la Juventud Radical era particularmente dura y el presidente llegó a amenazar con su renuncia si no apoyaban el proyecto que fue votado finalmente el 22 y 23 de diciembre en el Congreso, a pesar de los problemas que tuvo para ser aprobado en la Cámara de Diputados debido a las dudas de un número importante de diputados oficialistas, algunos de los cuales en el momento de votar explicaron que lo hacían por disciplina partidaria. El 24 de diciembre la ley fue promulgada por Alfonsín.

Sin embargo, pese a los ingentes esfuerzos del gobierno para lograr que se aprobara la ley y que entrara en vigencia durante el período de feria judicial, ella no evitó que se abrieran una importante cantidad de causas, ya que los jueces de las Cámaras Federales del país iniciaron procesos a más de 300 oficiales de menor graduación, suspendiendo las ferias y abriendo nuevas causas.

En *La Ciudad Futura* se hicieron sentir las consecuencias del intento del presidente de resolver el conflicto con las fuerzas armadas y el tono del editorial del número 3, de diciembre de 1986 antes de la sanción de la ley, desplegaba los conflictos que se les presentaban a los intelectuales cercanos al gobierno y dan cuenta de las mismas tensiones inherentes al discurso presidencial. Allí se preguntaban:

“¿Pero la verdad de las cosas es la misma cuando se la mira desde el vértice del poder que cuando se lo hace desde el seno de la sociedad? Existen

²³¹Verbistky, Horacio, *Civiles...*, op.cit., p.282.

lógicas distintas. Y también responsabilidades disímiles. Percepciones encontradas. Exigencias no siempre aceptables por quienes estamos alejados de las responsabilidades de gobierno”²³²

El cuestionado proyecto por el cual se pretendía establecer plazos para el juzgamiento de los militares involucrados en los crímenes cometidos durante la dictadura es evaluado de una forma ambigua:

“Inaceptable desde el punto de vista simple, implacable, maniqueo, ‘irresponsable’ si se quiere, de la ética, el proyecto también es objetable desde consideraciones políticas. Por lo que se refiere al proyecto en sí y por el problema y las circunstancias que dan lugar al mismo. El proyecto es en sí mismo cuestionable, pues su implementación no cumpliría con los fines de fortalecer la frágil democracia que transitamos. No obstante, no es fácil obtener un diagnóstico claro y consensual respecto de la necesidad y características de una salida política que establezca bases sólidas para la integración de las fuerzas armadas al orden constitucional y legal del país”²³³

El editorial, que intenta compatibilizar la mirada de la sociedad y la del gobernante, abrió un debate en torno al tema. La nota de Héctor Leis en el mismo número criticaba la medida legal ya que argumentaba que la democracia no resulta favorecida con el doble discurso del gobierno ni tampoco cuando no se hace público el sentido fuerte de la misma. Leis agrega que:

“El mal llamado proyecto de ‘Punto Final’ intenta olvidar y perdonar los crímenes cometidos por algunos de los miembros de las fuerzas armadas. Cabe preguntar entonces por la conveniencia y necesidad. (...) Lo que no se dice es que dicha medida se inscribe mejor en la lógica de la guerra que en la lógica de la moral. Esta última reclama una sola ley para todos los miembros de una comunidad. La primera, en cambio, reivindica una ley diferente para cada uno de los bandos enfrentados. En nuestro caso, esta medida representaría una demorada toma de partido a favor de la posición adoptada por las fuerzas armadas en la lucha contra la guerrilla. (...) Es imposible sustraer de la justicia (o mejor, del Poder Judicial) la consideración de tales delitos, so pena de dañar severamente a nuestra incipiente democracia.

La medida que aquí discutimos es antidemocrática y anuncia un futuro de incertidumbre para los ciudadanos y ciudadanas de este país. A un espacio lleno de incertidumbres habrá de agregarse una nueva: para eliminar las incertidumbres de algunos cuadros de las fuerzas armadas la civilidad en su conjunto pasará a vivir en la incertidumbre del destino final de una democracia que no saber medir a todos con la misma vara. Por tanto, ¿por qué aceptar la autocritica de las fuerzas armadas respecto de su papel en la última dictadura

²³² “El ‘Punto Final’, la política y la ética”, *La Ciudad Futura*, n°3, diciembre de 1986, p.4.

²³³ *Ibid.*, p.4

mientras ellas puedan mantener bolsones privilegiados de impunidad? No existe mejor autocrítica que la aceptación del castigo cuando se ha cometido un crimen.”²³⁴

En el siguiente número de marzo de 1987, con la ley ya aprobada, el debate continuaba. Luego de un artículo de Julio Godio en donde planteaba que toda la sociedad debía hacerse cargo de lo acontecido²³⁵, Emilio de Ipola criticaba tanto el artículo de Leis del número anterior como la solicitada “Sobre el ‘Punto Final’”, de ese mismo número y firmada por intelectuales vinculados al Club de Cultura Socialista y a *Punto de Vista*,²³⁶ de rechazo a la medida. De Ipola encontraba que la ley otorgaba privilegios jurídicos a miembros de las Fuerzas Armadas que delinquieron, lesionaba la independencia del poder judicial y llevaba a la conclusión de que la medida era una “agachada” frente a las presiones del poder militar. Pero De Ipola criticaba también la falta de argumentos con la que Leis afirmaba en su artículo que las actitudes del gobierno denotaban una toma de partido a favor de las fuerzas armadas. Rechazaba además la solicitada que utilizaba “descontextualizando” frases de los discursos presidenciales y a “los autores-firmantes” de la solicitada que ellos

“saben bien que, más allá de las promesas incumplidas y de la majestad del derecho -que nadie niega- hay un problema que encarar y si es posible superar; que ese problema no es de fácil solución y que hasta hoy nunca pudo ser solucionado satisfactoriamente. Para que la integración nacional pueda erigirse sobre bases institucionales sólidas hay que afrontar y resolver el problema de las Fuerzas Armadas. (...) Con este enfoque, quizá sea posible ser más comprensivo y menos olvidadizo respecto de la acción del gobierno en materia de derechos humanos.”²³⁷

²³⁴ “El ‘Punto Final’...”, op.cit., p.4.

²³⁵ Cfr. “Lo que termina y lo que empieza”, *La Ciudad Futura*, n°4, marzo de 1987, p.3 y 4.

²³⁶ La solicitada estaba firmada por Carlos Altamirano, José Aricó, Ana María Bovo, María Calderari, Jorge Carvajal, Ema Cibotti, Isidoro Cheresky, Diana Chorne, Alberto Díaz, Jorge Dotti, Ricardo Forster, María Teresa Gramuglio, Ricardo Ibarlucía, Elizabeth Jelin, Juan Carlos Korol, Jorge Kors, Héctor Leis, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, José Nun, María Matilde Ollier, Adriana Puiggrós, María Ester Rapalo, Juan Pablo Renzi, Nannina Rivarola, Sergio Rodríguez, Lidia Rossi, Hilda Sabato, Daniel Samoilovich, Norma Santoandre, María Inés Silberber, Guillermina Tiramonti, Jorge Tula y Hugo Vezzetti.

²³⁷ De Ipola, Emilio, “Composición tema punto final”, *La Ciudad Futura*, n°4, marzo de 1987, p4.

La cercana posición en la que se encontraba De Ipola de Alfonsín por su participación en el Grupo Esmeralda, le hacían, por un lado, rechazar la ley de Punto Final por ser un retroceso político que no resolvía el problema pero, por otro lado, “comprender” la acción del gobierno de la misma manera que el editorial del número anterior de la revista, cayendo en las mismas ambigüedades propias del discurso presidencial.

En el mes de abril de 1987 se desató la crisis militar cuando un jefe de Regimiento se negó a cumplir con la ley de Punto Final y detener a un oficial que se había negado a asistir a una Cámara Federal. Durante la Semana Santa se acuartelaron varios regimientos a lo largo del país, aunque el más importante fue el de Campo de Mayo, con la pretensión de presionar al gobierno y exigir una solución política al problema militar. Como relata Romero, “el conjunto de la civilidad, así como todos los partidos políticos, respondió solidarizándose con el orden constitucional, salió a la calle, llenó las plazas y exigió que depusieran su actitud”²³⁸. La movilización civil espontánea e impulsada por las diferentes organizaciones permaneció en las calles por varios días incluso cuando el orden constitucional se vio seriamente atacado cuando las fuerzas que debían reprimir a los rebeldes, que se dieron a conocer con el nombre de “carapintadas”, se negaron a hacerlo. La estrategia del presidente para enfrentar la rebelión combinaba “dos caminos diferentes pero complementarios: el aislamiento político y la represión militar del grupo amotinado, para inducir al resto a aceptar un nuevo marco de negociación”²³⁹. El primero se manifestaba en esta enorme movilización popular que se expandía desde Córdoba al resto del país.

Cuando el jueves 16 de abril Alfonsín pronunció el famoso discurso del Jueves Santo en el Congreso de la Nación, dirigido a toda la sociedad movilizada o lo que el

²³⁸ Romero, José Luis, *Breve historia...*, op.cit., p.196.

²³⁹ Pucciarelli, Alfredo Raúl, “La República no tiene Ejército. El poder gubernamental y la movilización popular durante el levantamiento militar de Semana Santa.”, en *Los años de Alfonsín...*, op.cit., p.122.

llamó un “verdadero Cabildo abierto de la democracia argentina”, afuera del edificio se reunía una multitud de 300.000 personas. Allí el presidente planteó los dos objetivos articuladamente²⁴⁰ en un discurso donde las ideas del Grupo Esmeralda, redactor del mismo, se mezclaban con las ya conocidas intervenciones del presidente recitando el preámbulo de la Constitución Nacional. Alfonsín explicó al público cómo la defensa de la democracia y los principios de libertad y orden que la caracterizan estaba siendo jaqueada por un grupo de hombres que pretendían obligar al gobierno a convertir en materia de negociación su política y cómo él no iba a “hacer concesiones ante iniciativa o presión alguna que pretenda limitar, condicionar o negociar el igualitario sometimiento de todos los ciudadanos –con o sin uniforme- a los dictados de la ley”²⁴¹. Continuaba explicando cómo se pretendía imponer al orden constitucional una legislación que iba a consagrar la impunidad de los condenados o procesados en las violaciones a los derechos humanos y agregaba:

“No podemos, en modo alguno, aceptar un intento extorsivo de esta naturaleza; nos lo impide la ética, nos lo impide nuestra conciencia democrática, las normas constitucionales, así como las que rigen a las Fuerzas Armadas basadas en la disciplina.

También nos lo impide la historia, de la que los argentinos hemos extraído una clara enseñanza: ceder ante un planteamiento semejante sólo significaría poner en juego el destino de la Nación.

Entonces, aquí no hay nada que negociar, la democracia de los argentinos no se negocia.

Se terminó para siempre el tiempo de los golpes, pero también se terminó el tiempo de las presiones, los pronunciamientos y los planteos (...)

No hay nada que negociar. Y mucho menos ante decisiones autónomas y legítimas de la Justicia. Ningún ciudadano puede negociar con la Justicia ni con ningún otro poder del Estado sobre su situación procesal. (...)

Ninguna institución del Estado, ningún partido político ni ninguna organización social están dispuestos a patrocinar la negociación de lo innegociable, la justicia tampoco se negocia”²⁴².

²⁴⁰ Ibid., p.122

²⁴¹ Raúl R. Alfonsín, discurso ante la Asamblea Legislativa, jueves 16 de abril de 1987, en Privitello, Luciano y Romero, Luis Alberto, *Grandes discursos de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 2000, p. 421.

²⁴² Alfonsín, Raúl R., discurso ante la Asamblea Legislativa, op.cit., p.421.

Pero el discurso terminaba diciendo que “reafirmaremos en hechos concretos, los criterios de responsabilidad que permitan la definitiva reconciliación de los argentinos”²⁴³. El presidente no explicaba cuáles serían esos hechos concretos, dejando abierta la puerta a las concesiones posteriores. Alfonsín convocó luego a una reunión para el día siguiente con Ríos Ereñú y los comandantes para coordinar la represión que pese a los resquemores iniciales finalmente aceptaron la movilización de tropas. Frente a ellos el contraste que representaba la masiva movilización de los civiles que “crecieron en número y se hicieron muchedumbre. Rompieron la inercia del individualismo y la indiferencia, y a medida que pasaban las horas se iban recreando, se iban reproduciendo, iban generando múltiples iniciativas, adueñándose por sí mismos o por medio de sus propias organizaciones del espacio público en todo el país”²⁴⁴. En medio de un escenario confuso, donde los peronistas convocaban a Campo de Mayo, grupos diversos circulaban por la Plaza de Mayo, algunos periodistas se abocaron a la militancia antigolpista por los medios de comunicación y la CGT convocaba a un paro para el lunes siguiente, se llegó a una instancia de virtual enfrentamiento entre civiles y militares en Campo de Mayo mientras se rompía la cadena de mandos. Lo que estaba claro ante la desobediencia de las órdenes es que la represión estaba cada vez más lejos. Sin embargo, el doble discurso no era exclusividad del Ejército, que mostraba su complicidad en una “rebelión por omisión”, sino también de los políticos que buscaban tranquilizar la situación ocultando la gravedad de los hechos²⁴⁵.

Durante el día sábado tanto el presidente como sus colaboradores directos ocultaron la generalización de la desobediencia anunciando el inminente control del grupo rebelde por parte de tropas leales, hecho que sabían falso, y ocultaron también las

²⁴³ Ibid., p.423

²⁴⁴ Pucciarelli, Alfredo Raúl, “La República no tiene ejército...”, en *Los años de Alfonsín...*, op.cit., p.125.

²⁴⁵ Pucciarelli, Alfredo Raúl, “La República...”, op.cit., p.127.

negociaciones en curso. Pero tanto las negociaciones del gobierno como la reacción corporativa de los militares fueron generando reacciones populares espontáneas: por un lado, una multitud comenzó a acercarse a Campo de Mayo y otra multitud de autoconvocados comenzó a recorrer la distancia entre la Plaza del Congreso y la Plaza de Mayo dejando entrever que si el gobierno no lograba resolver el conflicto, “si los amotinados mantenían su tesitura y el gobierno no contaba con fuerzas leales para reducirlos, el desafío se resolvería, por primera vez en la historia de nuestro país, de un modo diferente, a través de la resistencia civil”²⁴⁶. Fue ese mismo sábado a la tarde en que se elaboraba el futuro acuerdo con las conversaciones entre Rico y el ministro de Defensa y en donde se acordó la promulgación de la “obediencia debida” y la renuncia del Comandante en Jefe del Ejército.

La multitud que seguía reunida y creciendo en Campo de Mayo y en la Plaza de Mayo el domingo a la mañana hacía preanunciar un desborde. Cerca de medio millón de personas reunidas enfrente de la Casa de Gobierno esperaba la palabra del presidente. La CGT decidió convocar a un paro desde el lunes si los militares no se rendían mientras Jaunarena terminaba de trabajar en el acuerdo cerrado en día anterior con Rico. Cuando todo estaba casi listo para que el presidente anunciara la finalización del conflicto el jefe de los amotinados reclamó que el presidente les garantice personalmente el cumplimiento del acuerdo. El presidente decidió entonces trasladarse a Campo de Mayo, pero antes anunció en el balcón que iría personalmente a exigir a los sublevados que se rindieran. Pucciarelli describe críticamente la actitud de Alfonsín diciendo que “la maniobra resultó perfecta, con su extraordinario manejo de los distintos aspectos de la ceremonia plesbicitaria transformó una claudicación o, por lo menos, una injustificada concesión a la demanda rebelde acordada previamente, en un

²⁴⁶ Ibid, p.130.

engañoso acto de suprema valentía y arrojo que agrandaba su figura.”²⁴⁷. La reunión que desde lo militar significó la corroboración del acuerdo con Jaunarena, desde lo político estableció la pérdida de credibilidad del presidente y su gobierno, ya que allí el presidente no intimó a los rebeldes a rendirse como creía que sucedía el pueblo expectante, como tampoco revelaría ante la población los términos del acuerdo.

Cuando volvió dijo unas palabras, con un marcado tono desmovilizador a pesar del apoyo que le había brindado la movilización popular, que quedarían grabadas en la memoria de todos los argentinos, no solamente por el comienzo poco feliz con la frase “Felices Pascuas” sino por el elogio del desempeño en Malvinas de los amotinados pero además, por la disculpa sobre las decisiones que los llevaron a provocar la crisis institucional. El discurso, este sí de su propia autoría, ocultaba la realidad y dejaba sin respuestas a la población que escuchaba desconcertada la justificación de lo realizado por los carapintadas:

“¡Felices Pascuas! Los hombres amotinados han depuesto su actitud (...) Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos héroes de la guerra de las Malvinas, que tomaron esta posición equivocada y que reiteraron que su intención no era provocar un golpe de Estado. (...)

Para evitar derramamiento de sangre he dado instrucciones a los mandos del Ejército para que no se procediera a la represión, y hoy podemos dar todos gracias a Dios: la casa está en orden y no hay sangre en la Argentina.

Le pido al pueblo que ha ingresado en Campo de Mayo que se retire. Es necesario que así lo haga y les pido a todos ustedes que vuelvan a sus casas a besar a sus hijos, a celebrar las Pascuas en paz en la Argentina”²⁴⁸.

El ocultamiento de las verdaderas causas que llevaron al presidente a tomar esta decisión permitió mostrar como un triunfo la derrota política del gobierno. Pocos días después era enviada al Parlamento la Ley de Obediencia Debida que permitiría una amnistía encubierta, tal como había sido reclamada por los militares. El proyecto, que fue rápidamente aprobado, “permitía exculpar a la mayoría de los oficiales que habían participado en la represión” y “el conjunto de la sociedad lo vivió como una derrota y

²⁴⁷ Pucciarelli, Alfredo Raúl, “La República...”, op.cit, p.138.

²⁴⁸ Alfonsín, Raúl R., discursos, op.cit., p.424.

como el fin de una de las ilusiones de la democracia, incapaz de doblegar a un poder militar que seguía incólume²⁴⁹.

El conflicto de Semana Santa marcaría el punto culminante de la ambigua estrategia gubernamental por controlar el problema militar y provocaría no solamente la caída en la imagen del presidente y del gobierno, como se vería más adelante en las legislativas de septiembre, donde el oficialismo fue derrotado por el peronismo, sino que, el cambio de política referido al tema de los derechos humanos tampoco calmaría los ánimos de los militares carapintadas que continuarían sus reclamos con dos nuevos levantamientos que terminaron por acentuar la debilidad del gobierno que no lograba controlar a la corporación.

La situación en la que se encontraban los miembros del Grupo Esmeralda también era compleja como revela el análisis de los discursos antes citados. No necesariamente lo que ellos escribieran para el presidente, ni los discursos que Alfonsín pronunciara, podían evitar modificar las decisiones políticas de un presidente que se veía forzado a tomar medidas con las que, en muchos casos no coincidían. Pero la extrema cercanía con el presidente en la que se encontraban les permitía también “comprender” los motivos de estas decisiones. “Yo fui a todas las movilizaciones y firmé todas las solicitudes en contra de Punto Final, pero también entendía la difícil situación en la que él estaba. Lo llamaban de todo el mundo para decirle que termine con los juicios, que le iban a hacer un golpe ... y uno entendía”²⁵⁰

El número de *La Ciudad Futura* de junio de 1987 comienza con un editorial titulado “La democracia amenazada por la revancha”, una nota que reflexiona sobre la coyuntura política, dos solicitudes en defensa de la democracia y diversos artículos sobre la cuestión militar. A pesar que hay secciones destinadas a la cuestión sindical o la

²⁴⁹ Romero, José Luis, *Breve historia...*, op.cit., p.197.

²⁵⁰ Entrevista con Sergio Bufano.

universitaria o la política internacional, el tema del ataque a la democracia por parte de las fuerzas armadas es central en la revista. Los argentinos tuvieron que ver nuevamente las tapas de las revistas pobladas “con imágenes de botas, de gorras militares, de uniformes verdeolivas” y la discusión se concentró en vocablos como pronunciamientos, presiones castrenses y cadena de mandos y “espectro de golpe de estado o de la guerra civil... estremeció a una comunidad que no logra sacudirse de los rezagos de una historia recurrente”²⁵¹ además del ingreso en el Congreso de un proyecto de Obediencia Debida enviado por el Poder Ejecutivo. La pregunta según los editores es “¿dónde está el límite de lo negociable?, ¿en qué momento el razonable juego de concesiones y exigencias intrínseco a toda comunidad se fisura en desmedro de la fortaleza democrática invocada?”. Es de la resolución de ese conflicto de lo que depende la continuidad de la transición a la democracia que estaba mostrando sus debilidades y conflictos.

El tema de cómo insertar a las fuerzas armadas en la sociedad y los hechos acontecidos fueron interpretados por colaboradores de la revista de manera diferente. Marcelo Lozada planteaba el empecinamiento en el error por parte de las Fuerzas Armadas²⁵² pero Beatriz Sarlo analizaba el tema de otra manera. Sarlo describía la actitud de los militares que no permitían que los civiles avancen sobre su corporación para juzgar su accionar durante la última dictadura y que se cerraban sobre su visión del pasado. Pero esta visión corporativa daba cuenta de la gran separación entre la corporación militar y el avance de los valores democráticos que se manifestaron en el conflicto de Semana Santa. La división era clara: “(...) los militares no quieren saber. No quieren que se sepa. La victoria da todos los derechos y legitima,

²⁵¹ “La democracia amenazada por la revancha”, *La Ciudad Futura*, n° 5, Buenos Aires, junio de 1987, p.2

²⁵² Ver: ¿Una historia que recién empieza? ; Lozada, Marcelo, *El lugar de la justicia*, *La Ciudad Futura*, n°5, op.cit., pags. 3/6

retrospectivamente, todos los avatares de combate. Hay que aprobar a libro cerrado. Quizás, las presiones de los militares exaccionen del poder civil una disposición acorde con este principio de olvido. Pero hay otras zonas que ya no pueden controlar: los diarios del juicio a los comandantes existen; existe el informe de la CONADEP, el programa y el libro *Nunca más*; perdura la memoria de los que fueron torturados y asesinados, de los chicos secuestrados (...) Esta historia, que el triunfo no clausura, va a seguir siendo escrita. Es muy probable que se dé vuelta la página como los militares exigen. Sí, en lo inmediato, obtienen la intangibilidad de sus pasado, de todos modos ese pasado seguirá siendo una cuestión abierta”²⁵³. Y esta división que plantea tan bien, se debe a que hay sectores de la Argentina que no están dispuestos a olvidarse del pasado, a la construcción de una conciencia moral colectiva reconstruida en el recuerdo de los crímenes. Pero al exigir “un *bill* de impunidad, los militares demuestran su incapacidad para el cambio: sus argumentos son la amenaza del uso de la fuerza” y el gobierno y la sociedad no les dan lo que piden serán los responsables de la ruptura del orden político, algo “secundario respecto respecto del orden y la cohesión militar”. Con este razonamiento “se confirma la visión fundadora y fundante de todo orden que los militares, impertérritos, tienen de sí mismos”. La escisión entre la corporación militar que no cambió y la sociedad que ha cambiado hace plantear a los militares de nuevo una opción bélica, o una opción binaria. Y el gobierno, “lanzó una propuesta porque considera que el poder militar no puede ser vencido con la movilización de las energías sociales que apoyaron la democracia en los sucesos de abril” aunque esto no frene la voracidad militar²⁵⁴.

Lo que quedaba al descubierto es que a pesar de la importancia del repudio golpista por parte de la población civil que se decidió a defender la causa de la

²⁵³ Sarlo, Beatriz, “Y ellos avanzan”, *La Ciudad Futura*, n° 5, Buenos Aires, junio de 1987, p.5.

²⁵⁴ Sarlo, Beatriz, “Y ellos avanzan”..., op.cit., p.6.

democracia, esa misma democracia de ninguna manera estaba consolidada en la Argentina y además que el poder político era débil. Y aquí, intelectuales que habían simpatizado con políticas del gobierno no pueden más que sentirse decepcionados o desalentados frente al rumbo de los acontecimientos frente a otros que acompañan las medidas del gobierno. En *La Ciudad Futura* se observa a través de sus editoriales especialmente, aquella ambigüedad ya mencionada entre el dilema de la ética y el pragmatismo de “no dejar de lado el análisis de la realidad tal cual ella se manifiesta”²⁵⁵ especialmente luego del nuevo levantamiento militar de febrero de 1988. Esto lleva a los directores a una justificación de la Obediencia Debida,

“en medio de la delicada guerra de posiciones que el poder civil libra frente a los militares, la reciente crisis avaló de hecho- no de derecho ni moralmente- la necesidad de que hubiera un instrumento como la discutible Ley de Obediencia Debida. De no ser así, no nos engañemos, se hubiera reeditado el curso de Semana Santa”²⁵⁶

Sin explicaciones, en el siguiente número el Consejo editorial es reemplazado por un Consejo Asesor en el que los miembros vinculados al sector de *Punto de Vista* o con una mirada crítica hacia la postura de la dirección ya no están presentes. Se retiraron Carlos Altamirano, Jorge Liernur, José Nun, Beatriz Sarlo y Hugo Vezzetti y no se observan debates en torno a las posturas alfonsinistas de allí en adelante. Estas disidencias se harían patentes también en el Club de Cultura Socialista en donde la postura proalfonsinista de algunos de sus miembros llevaría a la ruptura de la unión inicial.

A pesar de la caída en la imagen presidencial, de su mal desempeño en las elecciones de 1987 y del desencanto general que se produjo en la población ante la abdicación de los principios que lo habían llevado al poder y el retroceso frente a las presiones de la corporación militar, el acompañamiento por parte de los miembros del

²⁵⁵ “Los militares ante al sociedad”, *La Ciudad Futura*, n° 10, Buenos Aires, abril de 1988, p.2

²⁵⁶ *Ibid*, p.2.

Grupo Esmeralda a Alfonsín continuó hasta el final de su mandato. La lealtad hacia el presidente de los que integran el grupo, que habiendo estado con el presidente cuando este estaba en el apogeo de su poder, no pueden retirarse cuando su estrella parecía apagarse da la nota de la estrecha relación que habían establecido con Alfonsín. Sin embargo, las apuestas ya no eran las mismas y el tema de cómo enfrentar la coyuntura dominaba las conversaciones del grupo con el presidente.

Culmina aquí, como dice Pucciarelli, “la primera etapa de la gestión alfonsinista, signada por la marcada impotencia gubernamental para traducir en políticas estatales efectivas la gran promesa democrática del período electoral”²⁵⁷. Con la disolución de la promesa se fortalece una nueva derecha y se disuelve el bloque político prodemocrático que había acompañado al presidente desde el principio de su gestión. Además el discurso ético es abandonado por el pragmatismo político en el que se introduce “una estrategia argumental que acepta el hecho de que otras decisiones podrían haber sido más justas, más adecuadas o más convenientes, pero las considera inalcanzables”²⁵⁸. Estos episodios marcan el comienzo de un nuevo período marcado por el desencanto y la falta de credibilidad de la población, y el comienzo también de un deterioro institucional que llevaría a la deslegitimación de la representación democrática que, no es claro que estuviese en el origen del nuevo ciclo democrático, pero que definitivamente se consolidaría luego de la debilidad exhibida por el gobierno de Alfonsín para hacer frente a la corporación militar.

²⁵⁷ Pucciarelli, Alfredo Raúl, “La República...”, op.cit., p145.

²⁵⁸ Ibid., p.145

Conclusión

En la compleja evolución de la relación entre intelectuales y política desde los años sesenta en la Argentina se despliegan distintos modelos de intelectuales que van desde aquellos que realizan una mirada exclusivamente teórica de la política, pasando por otros para los cuales el compromiso con la política implicaba la toma de las armas, hasta el caso de los intelectuales que se incorporaron al Estado para satisfacer las demandas de la burocracia estatal en el marco del proceso de modernización de las ciencias sociales.

Entre la intelectualidad de izquierda la idea de que la revolución era un hecho inminente marcó las acciones y las apuestas de muchos que eligieron apoyar la voluntad de transformación revolucionaria de la sociedad ya que, el éxito de la Revolución Cubana, permitía marcar un camino a seguir a lo largo de Latinoamérica. Y si la mayoría de los intelectuales y miembros del campo cultural de la época apostaron la revolución, esto no podía dejar de influir en la producción cultural, cuando la lucha armada era considerada la más válida de las opciones de compromiso político. Esto llevará a muchos de ellos a la militancia pero también abrirá un amplio debate sobre la identidad del intelectual y en muchos casos al desarrollo de actitudes antiintelectualistas que desdibujaron el lugar del intelectual en el campo cultural.

Sin embargo, el mundo que soñaban los intelectuales de los sesenta y setenta no sólo no llegó sino que concluyó en muchos casos en una de las peores tragedias de la que pueda dar cuenta la historia argentina. La muerte, el exilio y la desilusión con la evolución de la democracia real del orden socialista, marcaron los pasajes de intelectuales comprometidos con la revolución al descubrimiento de la democracia como el único sistema en el que, en definitiva, se respetaban las libertades individuales.

Esto implicó rupturas con concepciones teóricas defendidas durante los años sesenta y setenta como eran el marxismo o el estructuralismo, en el marco de crisis de los grandes paradigmas, y la apertura a una concepción de la política en el cual la democracia era el sustento básico para la construcción de diferentes proyectos políticos como el socialista. Pero este pasaje implicaba también una recuperación de la palabra y la escritura como único medio válido para expresarse ante el abandono de las ilusiones anteriores lo que conllevó la revalorización del rol específico del intelectual como productor de sentido sobre el mundo social.

Este es particularmente el recorrido realizado por los intelectuales y periodistas que se vincularon con el presidente Alfonsín en el primer gobierno de la transición a la democracia en la Argentina. La presente tesis intentó, más allá de relatar la evolución intelectual de este grupo vinculado a la nueva izquierda argentina durante los años sesenta y setenta, dar cuenta de cómo estos pasajes permitieron a los intelectuales colocarse frente a la política en un lugar totalmente nuevo en el que trataron de conciliar las lógicas del campo político y el campo un grupo de intelectuales y periodistas reunidos en el Grupo Esmeralda persiguió intelectual y, el caso del Grupo Esmeralda, es paradigmático en el sentido de la cercanía que intelectuales tuvieron con el poder político sin necesariamente pertenecer al mismo.

La idea general que guió el trabajo es mostrar cómo se desarrolló la construcción de sentido en torno a un personaje político. La tarea del grupo través de la redacción de los discursos y el acompañamiento del presidente Alfonsín tuvo la intención de construir en torno del presidente la imagen de un moderno líder socialdemócrata al estilo de los líderes europeos, que fuese además superador de las antiguas antinomias y problemas de la cultura política argentina.

Y si en algunos aspectos las decisiones de gobierno hacen pensar que el discurso estuvo por arriba de la gestión o que el discurso intentó más bien justificar acciones de un gobierno apremiado por los problemas o que el discurso dejaba entrever una actitud voluntarista que les hacía creer que a través de él se podían modificar políticas, no puede dejarse de lado la importancia que significó, tal vez gracias al discurso, la instalación de una cultura política democrática que era uno de los objetivos fundamentales del presidente. La relación de intelectuales y periodistas en el Grupo Esmeralda da cuenta de la recomposición cultural que se intenta producir en los primeros años de la transición democrática y la fuerte voluntad del presidente y de los intelectuales de la construcción de un sistema de convivencia democrática.

La existencia de “usinas ideológicas” no es un hecho nuevo en la historia argentina, pero está claro a través de lo expuesto que el Grupo Esmeralda ocupó un lugar especial en relación a otros grupos que se vincularon con la política. Como afirma Nicolla Miller, los intelectuales en América Latina en general y en Argentina en particular, fueron sistemáticamente excluidos de la participación en los altos niveles de producción de políticas públicas y eran empleados en vez en los niveles más bajos de la burocracia estatal o el servicio diplomático. No sólo no se encuentran casos de intelectuales ocupando cargos ejecutivos sino que tampoco se los encuentra frecuentemente como asesores de políticas públicas incluso de áreas en las que podían ejercer un rol clave, como es por ejemplo el caso de la educación²⁵⁹. Esta afirmación muestra la originalidad que presenta la existencia del grupo Esmeralda²⁶⁰ en las relaciones entre campo cultural y campo político en la Argentina. Este grupo de intelectuales, que vieron en el presidente Alfonsín la persona indicada a través de la cual

²⁵⁹ Miller, Nicola, “The Anxiety of ambivalence: intellectuals and the State in Twentieth-century Argentina, Chile and México”, en Mariano Plotkin y Ricardo González Leandri, *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Madrid, 2000, p.164.

²⁶⁰ Juan Carlos Torre la define como una experiencia “exótica”.

se podrían lograr cambios en la Argentina, no fue una elite intelectual que se incorporaba al aparato burocrático pero tampoco eran técnicos sin ningún compromiso con el proceso político en desarrollo. La ambivalencia de la posición en que se encontraban, en donde el lugar de intelectuales tal vez se confundía con el de los políticos, deja sin embargo abierta una reflexión. Según Max Weber el “sentido de la distancia”, cualidad decisiva para el político, es aquella que permite que la realidad actúe sobre sí con serenidad. La falta de distanciamiento, una característica que los intelectuales de su época cultivaban, era el pecado mortal de los políticos²⁶¹. La pregunta que queda entonces, sin intentar caer en una mirada normativa sobre la función del intelectual, es si el compromiso con el proyecto del presidente Alfonsín no provocó una “falta de distanciamiento” que permitiera mostrarle al presidente las consecuencias de sus acciones.

Es en este sentido también que pueden comprenderse los debates que se generaron en el propio campo intelectual por el apoyo de los intelectuales al presidente a propósito de Punto Final y Obediencia Debida. Es evidente que el acercamiento al poder generó cambios en estos mismos intelectuales que hacen suyos otros valores además de los propios y cómo la distancia preserva el punto de vista del grupo crítico. Por otra parte, esto también da cuenta de las distintas lógicas que rigen los distintos campos como explica Bourdieu.

Cabe destacar, por otra parte, desde la mirada del político, la apertura por parte de Alfonsín a vincularse desde una época temprana con personas vinculadas al campo intelectual y muchas de ellas ajenas al universo radical, como puede verse en la cantidad de extrapartidarios que poblaron diversas áreas del gobierno, debido a esa debilidad por la gente de ideas mencionada a lo largo del trabajo. En el caso del Grupo Esmeralda, no

²⁶¹ Weber, Max, *La ciencia como profesión. La política como profesión*, Madrid, Espasa Calpe, p.135.

solamente el presidente se reunía semanalmente con intelectuales y periodistas que no pertenecían a la tradición del partido gobernante sino que ninguno de ellos tuvo después una vinculación activa o militancia en el radicalismo. Ello ayuda también a explicar cómo la acción del Grupo Esmeralda contribuye a elevar el discurso y por ende la gestión del presidente pero no logró penetrar al partido que vivió la experiencia como algo ajeno. Y si bien la relación más personal establecida entre el presidente y este grupo de intelectuales estuvo marcada por la autoridad intelectual de Juan Carlos Portantiero²⁶² superó ampliamente la relación del presidente con este intelectual.

²⁶² Conversaciones con Alfonsín en el Homenaje a Portantiero en www.clubsocialista.com.ar.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos, “Estudio preliminar” a *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino VI, Buenos Aires, 2001.
- Aricó, José M., *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2005.
- Armony, Víctor, “El país que nos merecemos: mitos identitarios en el discurso político argentino” en *deSignis*, Revista de la Federación Latinoamericana de Semiótica, n°2, 2002.
- Aznar, Luis et al., *Alfonsín: discursos sobre el discurso*, Eudeba-Fucade, Buenos Aires, 1986.
- Blanco, Alejandro, *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2006.
- Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- Bourdieu, Pierre, “El campo intelectual: un mundo aparte”, en *Cosas Dichas*, Gedisa, Barcelona, 2000.
- Brachetta, María Teresa, “Refundar el peronismo. La revista Unidos y el debate ideológico en la transición democrática”, Tesis de Maestría, FLACSO, Mendoza, 2005.
- Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo Veintiuno de Argentina Editores, Buenos Aires, 2004.
- Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Gerchunoff, Pablo, Llach, Lucas, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Ariel, Buenos Aires, 2005.

- Gilman, Claudia, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2003.
- Gillespie, Richard, *Soldados de Perón, Los Montoneros*, Grijalbo, Buenos Aires, 1987.
- Giussani, Pablo, *Los días de Alfonsín*, Buenos Aires, Legasa, 1986.
- González Bombal, Inés, “Nunca más: el Juicio más allá de los estrados”, en *Juicio, castigos y memorias. Derechos Humanos y justicia en la política argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1995.
- King, John, *El Di Tella*, 2º ed., Asunto Impreso Ediciones, Buenos Aires, 2007.
- Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Homo Sapiens Ediciones, Rosario, 2003.
- Novaro, Marcos, *Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner*, Edhasa, Buenos Aires, 2006.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente, *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004.
- Nun, José, Portantiero, Juan Carlos (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987.
- O'Donnell, Guillermo, *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1997.
- O'Donnell, G., Scmitter, P. y Whitehead, L., (comps), *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1989.
- Paramio, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin del siglo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1990.

- Patiño, Roxana, *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, en Cuadernos de Recienvenido/4 en: www.infoamerica.org
- Patiño, Roxana, “Culturas en transición: reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta”, www.radc.oas.org.
- Plotkin, Mariano y González Leandro, Ricardo (Editores), *Localismo y globalización. Aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Instituto de Historia, 2000.
- Plotkin, Mariano y Neiburg, Federico, “Elites estatales, elites intelectuales y ciencias sociales en la Argentina de los años 60. El Instituto Torcuato di Tella y la Nueva Economía”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, volumen 14, n°1, 2003.
- Privitello, Luciano y Romero, Luis Alberto, *Grandes discursos de la Historia Argentina*, Buenos Aires, Aguilar, 2000.
- Pucciarelli, Alfredo, (coord.), *Los años de Alfonsín. ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Siglo Veintiuno de Editores Argentina, Buenos Aires, 2006.
- Romero, José Luis, *Breve historia de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Sarlo, Beatriz, “Estudio preliminar” a *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Ariel Historia, Biblioteca del Pensamiento Argentino VII, Buenos Aires, 2001.
- Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*, Siglo XXI de Argentina Editores, Buenos Aires, 2002.
- Tarcus, Horacio, *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007.
- Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.

- Trímboli, Javier (Entrevistas), *La izquierda en la Argentina*, Buenos Aires, Manantial, 1998.

- Verbistky, Horacio, *Civiles y militares*, Buenos Aires, Ediciones Contrapunto,

Revistas

- La Ciudad Futura

- Punto de Vista.

Entrevistas.

Fabián Bosoer

Sergio Bufano

Enrique Groisman

Carlos Soukiasian

Juan Carlos Torre